
DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
EL CRÁTER
FANTASMA

El cráter fantasma

Kenneth Robeson
Doc Savage/32

CAPÍTULO I

EL MISTERIO DEL HARPOON

EL hombre tenía sólo un brazo. Por consiguiente, para cargar el revólver, tenía que agacharse y asir el cañón entre las rodillas mientras metía cartuchos nuevos en el cilindro. El arma había estado cargada ya; pero estaba cambiando los cartuchos por miedo a que se hubieran mojado, al parecer.

El aire de la noche estaba cargado de una bruma que calaba. Estaba muy oscuro allí, junto a las muelles de Nueva York.

El manco había estado merodeando por los alrededores furtivamente.

Apenas había hecho ruido. Una vez, más de cinco minutos antes, asustó a un gato que estaba escarbando en un cubo de basura; pero eso había hecho un ruido muy ligero nada más.

—¡Demonios! —dijo el hombre, entre dientes—. ¡Quieren matar a cerca de veinte de nosotros!

Mascullό algo ininteligible y acabó diciendo:

—¡Maldita sea su estampa! ¡Bien saben que no recurriré a la Justicia en busca de protección!

El hablar entre dientes fue una equivocación. A unos seis metros escasos de distancia, el segundo merodeador lo oyó.

Este otro tenía dos brazos bien rellenos de músculos y su rostro se distinguía, principalmente, por la falta de espacio entre los ojos y, el exagerado tamaño de su mandíbula.

El hombre llevaba un trozo de cable de acero, de sesenta centímetros de longitud, envuelto en cinta aisladora. Era un instrumento que podía matar a un hombre.

El de la maza aguardó. El manco avanzaba directamente hacia él.

En la parte superior de la ciudad, un tren de Elevado pasó en dirección Sur.

Allá en el puerto, sonó la campana de una boya. Por encima de sus cabezas rugió el trueno; pero no se vio relámpago alguno.

El hombre del cable de acero alzó su arma. Sacó la lengua, como si estuviese a punto de pegar fuerte.

El trueno volvió a rugir, haciendo un ruido como si rebotara de nube en nube, hasta que, entre los almacenes próximos al muelle, dejaba ecos parecidos a los de un enorme barril de metal.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer sobre los cantos del arroyo. Eran muy frías.

El hombre del cable retiró la lengua, respiró hondamente, y volvió a sacarla, preparándose para descargar el golpe mortal.

Recibió una sorpresa.

Sonó un ruido delante de él. También se percibió un sonido semejante al que produce un escape de aire en un neumático.

El hombre del cable saltó hacia delante. Sacó una lámpara del bolsillo.

Creyó que el manco había caído. Quería aprovechar la coyuntura.

La lámpara de bolsillo proyectó un cono blanco. El hombre emitió un gruñido. Intentó detenerse, resbaló sobre el húmedo empedrado, cayó de espaldas y las gruesas gotas de lluvia le mojaron la cara.

Se volvió, se levantó y, sin volver la cabeza, echó a correr.

Se había dejado la lámpara de bolsillo atrás. Seguía encendida y tirada de tal forma, que la luz le enfocaba a él. Llevaba impermeable de marino y suéter.

Corría alocado, dando grandes saltos y no miró hacia atrás mientras se halló dentro del campo iluminado por la lámpara de bolsillo. Había visto una aparición.

La aparición era enorme y negra, brillante por la lluvia, y estaba inclinada sobre el cuerpo yacente del manco.

Éste, en realidad, no estaba tendido del todo. Cabeza y hombros estaban alzados, porque la fabulosa figura negra le tenía cogido por el cuello.

Un instante después se oyó el ruido de algo que arrastraba y el gorgoteo de un charco, como si hubieran arrastrado algo por él. El

almacén más cercano se hallaba a una veintena de metros. Rechinó una tabla del suelo en su interior.

Las grandes gotas de lluvia caían como cosas sólidas sobre el tejado del almacén. Volvió a sonar el trueno. El tren elevado traqueteó hacia la parte baja de la ciudad.

Dentro del almacén apareció un haz de luz del grueso de un lápiz. Lo proyectaba evidentemente una lámpara de bolsillo. Fue iluminando, poco a poco, todo el cuerpo del manco.

El hombre estaba atado ya con tiras de ese cordón fuerte, alquitranado, que usan los marineros. Tenía sujetos tobillos y muñecas, atados unos a otras por detrás, de forma que le fuera imposible rodar.

Le habían metido una esponja en la boca, a modo de mordaza, sujetándolo con un alambre, para que no pudiera deshacerse de ella.

El manco había cambiado de una forma sorprendente. Tenía dos brazos ya.

Era evidente que había llevado uno de ellos al costado por medio de una faja de lona. Ésta le había sido arrancada. El delgado haz luminoso recorrió la faja, tirada en el suelo.

La luz iluminó varias veces el brazo que había estado sujeto debajo de la chaqueta de tal suerte que resultara casi invisible. Era como si la cuestión del brazo fuera un misterio que requiriera solución.

La lámpara de bolsillo no proyectaba luz suficiente para que se viera la gigantesca aparición negra que estaba haciendo el examen.

Apagóse la luz. El rechinar de una tabla fue el único ruido que se oyó al marcharse la negra figura.

No había durado mucho aquello. Aun se oía el ruido del tren elevado. Un oído muy agudo hubiera podido percibir aún el ruido de los pasos del hombre del cable de acero que huía, de no haber estado lloviendo.

El hombre del cable de acero había experimentado de pronto una fuerte antipatía hacia el único punto iluminado que se veía por los muelles.

Era éste una solitaria bombilla eléctrica, protegida por una jaula de alambre, que brillaba sobre la plancha que conducía, a través de una escotilla abierta en un costado, al interior de un barco.

El hombre cruzó la plancha sin aminorar la marcha. Se detuvo en seco contra el cañón de una escopeta corta.

—¿Dónde está el incendio? —gruñó una voz, detrás de la escopeta.

El hombre del cable de acero, en lugar de contestar preguntó a su vez:

—¿Dónde está el capitán Wapp?

—¿Has visto un fantasma? —rió el de la escopeta.

—¿Dónde está el capitán Wapp? —aulló el primero.

—En su camarote —respondió el otro echándose a un lado—. ¿Qué pasa?

El otro siguió corriendo, sin contestar.

El capitán Wapp tenía que pasar de lado por más de una puerta de su barco.

Era muy ancho. Pero nunca se veía obligado a agacharse, ni siquiera para pasar por las bajas puertas de las mamparas en el fondo de la nave. El hombre más bajo de su tripulación era más alto que él por una cabeza.

Su cinturón era una cuerda de algodón que en otros tiempos había sido blanca. Tal vez no le habría sido posible encontrar un cinturón de cuero lo bastante largo. La cuerda en cuestión se abrochaba por medio de un cierre de oro, incrustado de diamantes y de un tamaño bastante regular.

Se estaba limpiando las uñas con una navaja grande. Cuando la puerta se abrió con violencia, torció la navaja de forma que la empuñadura apuntara hacia la puerta. El mango de aquella navaja era una de esas armas novedad que disparan un cartucho del calibre 22.

—Mucha prisa trae —dijo, secamente.

El recién llegado aun llevaba el cable de acero forrado de cinta aisladora.

—¡Aquí ocurre algo muy raro! —exclamó.

El capitán Wapp desmontó distraídamente el mecanismo de disparar de la empuñadura de la navaja. Éste hizo un leve chasquido.

—Mal asunto es ése —gruñó,— cuénteme qué pasa lo más aprisa posible.

El otro sujetó su cable maza con las dos manos y habló

atropelladamente.

—Estaba montando guardia sobre cubierta como me ordenó usted, ¿comprende? —dijo—. De pronto vi a un hombre que se alzaba entre mí y una luz lejana —alzó el cable— maza —. Me preparé para sacudirle, ¿comprende?, porque sus movimientos parecían bastante sospechosos.

—Obró usted bien —dijo el capitán.

—Sólo que no lo hice —observó el otro—. No tuve ocasión de zumbarle al tipo ése con mi acariciados favorito. Le enganchó otra cosa.

Pareció despertarse el interés del capitán Wapp.

—¿Otra cosa? —inquirió.

—No parecía nada humano —gruñó el hombre—. Era grande y negro. Y que me ahorquen si hizo el menor ruido. No era ninguno de los hombres de Braski.

Guardaron silencio. La campana de la boya tañía lentamente en el puerto. El trueno rugía incesantemente, sonando, amortiguando, en el camarote.

En la plancha de desembarque se hallaba estacionado el centinela con su rifle. Estaba muy alerta e intrigado. De vez en cuando miraba por encima del hombro, como si esperase que viniese alguien procedente del camarote del capitán Wapp y le dijese lo que ocurría.

Los truenos se sucedían unos a otros. Un relámpago iluminó todo el firmamento por el Sudoeste. El resplandor permitió ver las mojadas planchas del muelle, los charcos, las gruesas gotas de lluvia.

También iluminó débilmente al centinela, de forma que se le veía claramente desde el muelle; pero él no se dio cuenta de eso.

—¡Maldita sea la estampa de ese cerdo de Braski! —murmuró el centinela—. Maldito sea Hezemiah Law, su Cráter Fantasma y todo el asunto. Tenemos que matar a la mar de gente, por añadidura.

Frunció el entrecejo, alzó el rifle, y suspiró.

—Pero, ¡qué rayos!, Un millón de dólares es un millón de dólares! —agregó—. Y no es de despreciar una parte de ellos.

Estaba tan absorto en sus pensamientos y en su monólogo, que cuando una voz gritó detrás de él: “¡Eh, usted! ¡Mire hacia acá un momento!”, sufrió un sobresalto. Volviéndose, miró en dirección al

interior del barco. La voz había sonado extraña y muy débil.

—¿Qué quiere? —gruñó.

La voz débil y extraña volvió a oírse.

—Mire con atención —decía.

El centinela esforzó la mirada. No pudo ver a nadie. Le pareció raro. Era raro, en efecto, pero no tanto que no fuese susceptible de explicación.

El hombre sabía muy poco del arte del ventrílocuo. Por consiguiente, ni soñó siquiera que aquella voz procedía del muelle y no del interior del barco.

Tampoco sabía que el autor de la engañosa llamada —una forma gigantesca vestida de negro— estaba deslizándose silenciosamente plancha arriba.

El primer aviso que tuvo del peligro que le amenazaba fue el sentir la mano que le asía por el cuello. Intentó gritar. Sus cuerdas vocales se negaron a funcionar.

Procuró disparar el rifle; pero, cosa rara, el arma se le escapó de entre los dedos y fue recogida por el hombre de negro antes de que pudiese hacer ruido sobre cubierta.

El centinela intentó ver las facciones de su adversario. También fracasó en ello. El enorme hombre estaba envuelto de pies a cabeza en una tela negra, seguramente seda que parecía impermeable.

Empezó a experimentar una dejadez misteriosa. Parecía ser producto de la terrible presión ejercida sobre un punto especial de su cuello.

Al principio, la presión había resultado dolorosa; pero ya no le producía más que una especie de cosquilleo. El cuerpo del centinela pareció quedarse dormido. Veía, pero no podía mover un solo músculo.

Sus ojos, incluso, sólo podían mirar lo que tenía inmediatamente delante, porque carecía de fuerzas para hacerlos girar en sus órbitas.

El fantástico gigante negro dejó al centinela tendido completamente impotente y se dirigió al interior del barco.

El rayo de luz, de una delgadez increíble, emitido por su lámpara de bolsillo se veía a intervalos, moviéndose de un lado a otro. Descansó sobre un salvavidas que alguien debía haber bajado de cubierta.

El salvavidas llevaba el nombre del barco: *Harpoon*.

En su camarote del *Harpoon* el capitán Wapp amartilló y desamartilló, distraído, el mecanismo de su navaja.

—Alguien ha estado rondando por aquí —dijo lentamente—. Apostaría a que se trata de un enviado de Braski.

El hombre del cable de acero sacudió su arma. Se golpeó con ella una pierna.

—No se preocupa usted bastante, capitán —se quejó—. Eran dos. Tal vez uno de ellos fuera enviado de Braski, es cierto. Esperábamos que Braski intentara algo. Pero... ¿quién era el otro?

—¿El otro? Un policía tal vez.

—No; no hay policías mancos. Y... ¿cuándo se ha visto que un policía trabaje como trabajaba aquel tipo de negro?

—Me temo que este asunto va a darme muchos dolores de cabeza —dijo Wapp.

—Escuche —gruñó el otro—; ¿por qué no podemos largarnos de aquí? Vayamos al Cráter Fantasma y acabemos de una vez.

El capitán movió negativamente la cabeza.

—Es demasiado peligroso.

—¿Se refiere a la mujer?

Wapp volvió a negar con la cabeza.

—No; la mujer se la puede uno quitar del paso sin dificultad. Se trata de Oliverio Orman Braski.

El otro se dio dos golpes en la pierna con su original arma.

—¿Braski sabe lo bastante para dar que hacer? —preguntó.

—Podría echarlo todo a perder. Y lo haría.

—Húndale —sugirió el otro—. Cháfele los sesos y déjele tirado en un callejón. ¡Rayos! ¡Tenemos que matar a cerca de veinte personas, de todas formas!

El capitán exhaló un profundo suspiro.

—Durante una semana entera hemos estado intentando hacer eso precisamente —dijo—. Y... ¿qué hemos adelantado?

El hombre del cable —maza frunció el entrecejo con inquietud.

—¿Cree usted que el viejo Hezemiah Law huele algo? —inquirió, con ansiedad.

—Law es un hombre muy listo. Pero no creo que lo sea bastante.

El otro volvió a fruncir el entrecejo.

—Bueno —dijo—; tenemos que manejar este asunto con mucho

cuidado. Tratándose de un millón de dólares, tal vez…

—Es algo más que eso —le interrumpió Wapp—. Por lo que yo he visto, ese Cráter Fantasma contenía lo bastante para que cada uno de mis tripulantes pudiera recibir por lo menos…

Sonó un disparo en el pasillo. Un hombre soltó una maldición y luego empezó a gritar alarmado.

El capitán Wapp corrió a la puerta y la abrió de un tirón. Tenía la navaja pistola casi escondida en una mano. El hombre del cable de acero le pisaba los talones.

No salieron al pasillo, sino que asomaron cautelosamente la cabeza.

Uno de los tripulantes se hallaba en el corredor, acurrucado contra un mamparo muy rígido, sin mover una sola parte de su cuerpo salvo sus facciones, a la par que aullaba terriblemente. Tenía los brazos doblados de una forma grotesca.

—Ese maldito se fue a popa —gimió el hombre.

E intentó recoger la pistola que yacía a sus pies. Sus brazos tan extrañamente doblados se negaron a funcionar.

Sin salir del camarote, el capitán profirió su maldición.

—¿Qué dice usted? —rugió.

—A la puerta de su camarote —gimió el marinero—. Era negro. No tenía forma. Creí que era un montón de ropa o algo así, para la lavandera. Cuando me acerqué, me echó el guante.

Soltó una exclamación de dolor al intentar mover los brazos.

El capitán gritó:

—¿Por dónde se fue?

—Hacia popa. Ya se lo dije.

El capitán Wapp dio un salto y dio a cada uno de los brazos del hombre un tirón terrible. El dolor hizo que el hombre rompiera a llorar. Pero se le enderezaron los brazos. Sólo habían estado descoyuntados.

—¡Levántese y ayude a buscarle! —ordenó Wapp, con brusquedad.

Corrieron a popa, dando la alarma, encendiendo el excelente sistema de alumbrado de que estaba equipado el barco.

No vieron a nadie. A nadie que hubiese observado algo sospechoso, salvo el centinela de la plancha, que no se hallaba en situación de hablar.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Wapp.

El centinela nada dijo, nada hizo, obrando como hombre vivo y, sin embargo, muerto. Más asombrado que enfurecido Wapp se volvió a su compañero. No hizo pregunta alguna en palabras; pero el otro leyó su expresión.

—No sé lo qué sería —dijo—. La misma cosa que se apoderó del manco en tierra.

Instalaron rápidamente potentes focos a lo largo de la borda, focos que, sin duda alguna, eran empleados en alta mar para trabajar de noche. Tan completa iluminación reveló la exacta naturaleza del *Harpoon*.

Era un barco ballenero, de tipo moderno, gigantesco y panzudo, con una especie de plancha a popa por la que podían arrastrarse las ballenas hasta el interior de la nave, donde se hallaba la instalación necesaria para el tratamiento de los cetáceos.

El capitán Wapp y sus compañeros, no habiendo encontrado nada, se quedaron junto a la borda, murmurando entre sí, intrigados.

Sin que los que se hallaban a bordo del *Harpoon* tuviesen conocimiento de ello, una figura siniestra y fantástica vigilaba. La figura, enorme y negra, se hallaba entre las sombras del muelle, más allá del brillo de los focos.

El extraño ser había saltado a tierra antes de que hubiera podido organizarse el registro.

No permaneció mucho rato allí observando.

Se alejó y el silencio de su marcha casi resultaba sobrenatural.

Unos momentos después, el gigante se detuvo en el lugar en que el manco o, mejor dicho, el hombre que fingía serlo, había sido atado fuertemente.

El monstruo de la noche se detuvo allí rígido, y sonó en la obscuridad a su alrededor un sonido fantástico.

Era bajo y extraño, una nota musical que ninguna palabra hubiera sido capaz de describir. No era un silbido. No parecía producto de las cuerdas vocales.

Tenía las características de un trino.

Probablemente, lo más fantástico era que el sonido no parecía salir de un lugar determinado, sino del propio aire, como si fuera la ventrílocua nota de un pájaro tropical. Lo cierto era que el sonido

aquel tenía una cualidad musical altamente inspiradora.

También era seguro que el extraño ser de las tinieblas estaba haciendo aquel ruido. Y, sin duda alguna, el trino denotaba sorpresa por un descubrimiento que acababa de hacer.

El manco había desaparecido.

Los trozos de cordel alquitranado que habían servido para atarle, yacían en el suelo del almacén.

El gigante de las sombras sacó su lámpara de bolsillo que proyectaba el hilillo de luz infinitamente blanca. Buscó. No existía señal visible alguna que revelara adónde había ido el manco ni cómo había logrado quedar en libertad.

Después de un rato, el oscuro titán salió del almacén y bajó por una calle.

Estaba muy obscura.

El gigante de la noche llegó a un automóvil parado. No se veía el menor rayo de luz en el coche; pero cuando abrió la portezuela, se escapó un raudal de luz.

Era un sedan provisto de gruesas cortinas. Bañado en luz, el gigante empezó a cambiar su aspecto.

Se quitó una capa de caucho de un color negro mate, con una capucha que servía para proteger contra la lluvia y para hacerle casi invisible en la obscuridad. Se quitó unos guantes negros.

El que quedó revelado era un individuo asombroso, un gigante, una figura hercúlea cuyo cuerpo parecía hecho de bronce.

El sedan era grande. Sin embargo, estando el hombre a su lado, el coche no parecía grande. El desconocido no era grueso. Su cuerpo era una masa de músculos.

Había otras cosas poco corrientes en el hombre de bronce, aparte de sus características físicas. Sus ojos, por ejemplo, eran como lagos de oro, siempre en movimiento y poseídos de una cualidad magnética. Su cabello, de un matiz broncíneo poco más oscuro que su piel, era liso y se adhería a su cabeza como un gorro de metal.

Se metió en el sedan.

Había dos hombres allí. Uno de ellos habló:

—Doc —dijo—, ¿qué averiguaste?

CAPÍTULO II

LA PRISIONERA DEL HARPOON

DOC Savage, hombre de milagros y misterio, nada replicó. Era ésta una costumbre singular que tenía, desconcertante para los extraños, pero natural para los que conocían al hombre de bronce.

Era conocido en el mundo entero. Había hecho cosas que habían dejado boquiabierto y sobresaltado al mundo. También había hecho cosas aún más sorprendentes de las que el mundo nada sabía.

Era hombre de profesión tal vez única: se dedicaba a ayudar a toda persona que se hallara en apuros. Había sido preparado desde la infancia hasta ser una asombrosa combinación de genio mental y fuerza física, para su profesión.

Ésta le llevaba, con frecuencia, de un extremo a otro del planeta.

A Doc Savage le ayudaba un grupo de cinco hombres casi tan extraordinarios como él. Aquellos que se hallaban en el coche eran dos de ellos.

Sin decir una palabra, el hombre de bronce sacó un telegrama del bolsillo y lo desplegó. Era un mensaje local. Según las indicaciones, había sido impuesto en Nueva York mismo. Decía:

BARCO BALLENERO HARPOON PUDIERA INTERESARLE PUNTO MÁS VALE VAYA CON CUIDADO.

No llevaba firma.

Uno de los otros dos hombres se inclinó hacia delante. Apenas tenía mayor estatura de un muchacho a medio crecer; pero debía pesar más de doscientas cincuenta libras y el vello que tenía en las muñecas parecía compuesto de clavos oxidados.

Habló, y su voz era muy suave, casi como la de una criatura.

—Investigamos ese telegrama mientras andabas tú por el barco, Doc —dijo—. Parece haberlo expedido un manco.

—¿No hay más información, Monk? —inquirió Doc.

—No —respondió el individuo que más parecía un gorila que un ser humano.

Monk era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, cuyos trabajos como químico industrial eran conocidos en muchas partes del mundo.

El tercer ocupante del coche se inclinó hacia delante, descansando la aguda barbilla en el bastón negro que llevaba. Era hombre delgado, con la boca grande y móvil del hombre dado a la oratoria, y su traje, de etiqueta, era inmaculado.

—¿Qué averiguaste en el *Harpoon*, Doc? —inquirió.

—Me tropecé con un manco —dijo Doc—. Pero tenía dos brazos, en realidad.

El hombre del bastón frunció el entrecejo.

—No comprendo —aseguró.

—Un disfraz, Ham. Tal vez fuese el que envió ese telegrama tan raro. Tal vez no.

Ham cambió la barbilla de posición. Ham era el general de brigada Teodoro Marley Brooks, reconocido por muchos como el más astuto abogado salido de la Universidad de Harvard. Y lo parecía.

—¿Y el Harpoon? —inquirió.

El hombre de bronce sacudió lentamente la cabeza.

—Aquí se prepara algo raro —contestó—. Se relaciona con un tal Braski, un hombre llamado Hezemiah Law y un lugar denominado Cráter Fantasma. Parece existir algo también que representa unos millones de dólares.

—Eso es un poco vago —observó Monk, con su voz infantil.

—Todo resultó un poco enigmático —asintió Doc—. Esperaba oír algo más, pero un marinero bajó por el pasillo mientras yo escuchaba, y me descubrió. ¿Dónde está Johnny?

—¿Eh? —parpadeó Monk.

—Johnny —repitió Doc—. ¿Dónde está?

—¡Ah!... Fue a ayudarte a investigar. Supongo que no daría contigo. Seguramente estará de vuelta muy pronto.

Doc Savage se apeó del coche. Sus movimientos eran rápidos, sin parecerlo.

—Más vale que investiguemos —dijo—. La cosa parece andar

mal en las proximidades de ese ballenero.

El hombre de bronce abrió un compartimiento del coche. El automóvil parecía estar equipado de numerosos escondites por el estilo. El aparato que sacó se asemejaba mucho a una linterna mágica.

Era evidente que su base contenía una batería potente. Doc dio al interruptor. En cuanto los ojos podían apreciar, nada ocurrió. No proyectaba luz.

Doc enfocó al húmedo suelo con el aparato. Donde nada se había visto anteriormente, aparecieron pequeñas manchas luminosas. Medían éstas unos cinco centímetros y brillaban como el fósforo.

Era de observar que dondequiera que pisaban Doc y sus ayudantes, dejaban las mismas señales. Un detenido examen hubiera demostrado que el tacón de sus zapatos no era de cuero, sino de una fibra porosa impregnada de una composición química.

—Johnny salió en esta dirección —señaló Monk.

Siguieron las señales dejadas por los tacones de Johnny. Ninguno de trío hizo comentario alguno sobre el extraño fenómeno de las pisadas luminosas, porque ya estaban acostumbrados a verlas.

La linterna proyectaba rayos ultravioleta o lo que ha dado en llamarse “luz negra” y no era tan complicada que no pudiese comprenderla con facilidad un electricista experimentado cualquiera.

La composición de los tacones era más compleja, habiendo sido ideada por Monk el químico maestro, en combinación con Doc Savage.

Se trataba simplemente de la mezcla de esas substancias químicas que son fluorescentes al ser expuestas a los rayos ultravioleta, cualidad nada fuera de lo corriente, puesto que la poseen muchas substancias, la vaselina vulgar entre ellas.

La distancia entre huella y huella demostraba que Johnny tenía las piernas largas en extremo. El rastro conducía a la vecindad del almacén en que Doc Savage había dejado atado al hombre que pasaba por manco.

Era fácil de comprender lo ocurrido. Johnny habría oído algún ruido. Tal vez el prisionero habría golpeado el suelo con los

tacones.

—Conque Johnny le puso en libertad —dijo Doc, secamente.

Monk rió.

—¡Lo colorado que se va a poner Johnny! Por una vez en su vida, apuesto a que no se le ocurrirá ninguna palabra kilométrica.

Johnny era Guillermo Harper Littlejohn caballero que antaño ostentara la cátedra de investigación de Ciencias naturales en una Universidad que se dedicaba más a los conocimientos profundos que a la gimnasia y a los deportes. Era otro de los cinco ayudantes de Doc.

—Veamos a dónde ha marchado —sugirió Ham.

Las huellas luminosas de Johnny abundaban en torno al lugar en que había yacido el prisionero; pero por fin se dirigían hacia una puerta lateral. El barro blando del exterior aun conservaba las huellas y éstas indicaban que el hombre a quien había desatado y él se habían marchado juntos.

El rastro conducía a una calleja y, en la obscuridad de ésta, Doc Savage descubrió trozos de cristal, así como señales de lucha en la acera de cemento.

Monk recogió los trozos de cristal y los examinó.

—El monóculo de Johnny —dijo—. Aquí es donde recibió lo que acostumbran recibir los buenos samaritanos. El falso manco le largó un zurriagazo.

—Pero… ¿dónde está Johnny? —inquirió Ham.

Eso, según resultó, había de permanecer siendo un misterio. El rastro luminoso de Johnny acababa en la calleja.

—Le dejaron sin conocimiento y se lo llevaron —dijo Monk.

Doc Savage empezó a dar órdenes.

—Vosotros dos seguid buscando a Johnny —dijo—. Tened cuidado.

Monk preguntó:

—¿Qué vas a hacer tú, Doc?

Luego el químico hizo una mueca de desencanto. No había sido lo bastante rápido haciendo la pregunta. Doc Savage había desparecido ya en la obscuridad. No se oía el menor ruido que indicara la dirección que había seguido.

Monk suspiró y gruñó:

—Intenciones me dan de traerme a mi cerdo *Habeas*. Es mejor

que un perro sabueso.

El elegante Ham respondió:

—Ese puerco es inútil y demasiado lo sabes tú.

—¡Maniquí picapleitos! —gruñó Monk indignado—. Voy a telefonear a mi laboratorio y decirle a mi secretario que me traiga a *Habeas*.

Se pusieron a andar en la obscuridad, insultándose mutuamente en voz baja y con vehemencia, de una forma que hubiera inducido a creer a un extraño que se hallaban a punto de llegar a las manos.

Ham y Monk siempre se hallaban así. Nadie recordaba haber oído a ninguno de los dos dirigirle una palabra cortés al otro sin embargo, se profesaban tal cariño el uno al otro como era posible profesarse entre dos hombres, habiendo cada uno de ellos arriesgado la vida varias veces en diversas ocasiones para salvar la del otro.

Habeas Corpus era la mascota de Monk, un cerdo de grotesco aspecto y asombrosa inteligencia. Habeas era, también, el principal objeto de aversión de Ham.

A pesar de discutir entre sí, ambos iban muy alerta por si daban con el rastro de Johnny. Fue Monk quien oyó un pequeño ruido. Paró a Ham con más violencia de lo que era absolutamente necesario.

—¡Mico indecente..! —exclamó Ham, entre dientes.

—¡Chitón! ¡Creo que hay alguien delante de nosotros!

Una voz nueva y completamente desconocida habló en la obscuridad, a sus espaldas.

—Hay alguien detrás de ustedes —dijo—. ¡Vuélvanse y véanlo!

Monk y Ham giraron, volviéndose, no hacia atrás, sino hacia los lados, tirándose en opuestas direcciones. Obraron con la perfecta coordinación de hombres que se han entrenado ya en trances apurados. Su separación se basaba en el principio de que es más difícil luchar contra dos fuegos que contra uno.

Detrás de ellos, un hombre lanzó una maldición, en el preciso instante en que se encendía una lámpara de bolsillo. El que se maldijo había tenido la intención, evidentemente, de iluminarles con la lámpara.

—¡Aprisa! —gritó el hombre—. ¡No dejéis que se escapen!

Era evidente que había numerosos hombres en la obscuridad.

Monk tropezó con alguien. Descargó un formidable puñetazo. Dio en algo sólido.

El que lo había recibido patinó sobre el suelo mojado, acabando por caer de espaldas.

Al otro lado, Ham dio una vuelta a la empuñadura de su bastón. Se abrió éste, saliendo un estoque cuya punta estaba embadurnada de una substancia química compuesta por Doc, que hacía perder el conocimiento inmediatamente al introducirse en una herida.

Ham agitó el estoque de un lado para otro. Lo hizo despacio, con el propósito de herir levemente nada más.

Un hombre cargó contra Ham por detrás. El abogado intentó volver la punta de su estoque, fracasó y cayó. El que le había atacado rodó encima de él, no hiriéndose contra el estoque por pura suerte.

Se hallaban en una callejuela estrecha; que pareció poblarse bruscamente de sordo rumor de lucha, sordo hasta que Monk se puso a rugir y a bramar como hacía siempre que se encontraba en una pelea. Pero no armó jaleo mucho rato.

Sus rugidos de amortiguaron de pronto, como si alguien se le hubiese sentado encima de la cabeza. Poco después, reinó el silencio.

—Atadles —dijo el hombre que había hablado primero.

Monk logró hacer una pregunta débil por entre la mano que le tapaba la boca.

—¿Son ustedes del *Harpoon*? —inquirió.

El jefe de los atacantes rió con aspereza y dijo, con satisfacción:

—Hemos tenido un golpe de suerte, muchachos. Deben ser dos tripulantes del *Harpoon.*

Sacaron unos rollos de cinta aisladora y ataron con ellas las muñecas de Ham y de Monk. No se les amordazó.

—Suelten un grito y le amordazaremos de una manera que no les va a gustar —les advirtió el hombre.

Monk intentó separar las muñecas. Su fuerza era enorme. Pero no logró librarse de la cinta aisladora que le rodeaba las muñecas.

El jefe de los desconocidos retrocedió unos pasos y la lámpara de bolsillo que llevaba en la mano acertó a iluminar su propia persona.

Era un hombre delgado, con pelo increíblemente negro en

cabeza, barbilla muñecas. Sus ojos eran redondos y brillantes. A Monk le hacía recordar un enorme gato negro.

—Sí; son tripulantes del *Harpoon* —volvió a decir.

—¿Por qué crees tú eso, Braski? —le preguntó uno del grupo.

—¿No nos preguntaron si éramos nosotros del *Harpoon*? —dijo —. Esperaban que fuéramos compañeros suyos.

Monk gruñó:

—¡Se han equivocado ustedes!

Braski rió. No era una risa muy agradable.

—Dónde está el Cráter Fantasma? —preguntó.

—¿Ese sitio otra vez? —Monk se encogió de hombros—. No lo sé; pero seguramente no me querrá creer cuando se lo diga.

Braski se acercó y le metió un pulgar en el ojo izquierdo a Monk. Fue un acto de verdadera crueldad y Monk se retorció y gimió mientras cuatro hombres luchaban por sujetarle.

—¿Dónde está el Cráter Fantasma? —volvió a preguntar Braski.

—¡Maldita sea su estampa! —rugió el químico—. ¡No lo sé!

Se repitió el procedimiento con Ham.

—¡No tengo la menor idea de lo que es el Cráter Fantasma ni de dónde está! —exclamó, con voz llena de angustia.

—Tal vez no lo sepan —dijo un hombre.

—El capitán Wapp lo sabe —dijo Braski, con sequedad—. Iremos a preguntárselo. Tenemos que quitarle del paso de todas formas.

—¿Y la muchacha? —inquirió el hombre.

—Nos apoderaremos de ella si no podemos hacerlo del capitán Wapp —gruñó Braski—. Estoy casi seguro de que Wapp la tiene prisionera para que no podamos encontrarla y averiguar por ella dónde está el Cráter Fantasma.

El otro pareció dudar e inquirió:

—¿Cómo conseguiremos subir a bordo? Tendrán centinelas apostados por todo el ballenero.

Braski volvió a reír, desagradablemente, y le dio un puntapié a Monk.

—Tal vez tengan un santo y seña o algo así —dijo—. Estos dos amigos nuestros sabrán cuál es. Nos ayudarán a entrar, si en algo tienen la pelleja.

Monk gruñó:

—Hermano, se está usted preparando un verdadero lío. No

pertenecemos al *Harpoon.*

Braski dijo:

—¡No mienta!

Y le dio en un ojo con el pulgar.

Echaron a andar en dirección al *Harpoon*. El grupo parecía componerse de cerca de una docena de hombres y todos ellos iban armados.

Los focos del ballenero estaban ya apagados; pero una bombilla solitaria brillaba sobre la plancha. Había dos hombres allí.

No llevaban armas a la vista; pero el modo como conservaban la mano cerca del bolsillo de sus impermeables era fácil de interpretar.

El grupo de Braski y los prisioneros se detuvieron en la obscuridad para discutir en asunto.

Monk, encontrándose cerca de Ham, susurró:

—¡En buen jaleo estamos metidos! Hemos de dar un santo y seña o recibir un balazo. Y no conocemos ningún santo y seña. Tal vez fuera mejor que les dijéramos que pertenecemos al grupo de Doc Savage.

—¡No! —contestó Ham, con énfasis—. No han dicho una palabra que indique que saben que Doc Savage está metido en este asunto. Más vale que callemos eso. Tal facilitemos así el trabajo de Doc.

—No obstante…

Monk se interrumpió. Estaba pensando en las numerosas ocasiones en que el tener algo que ver con Doc Savage era equivalente a una sentencia de muerte.

Doc era enemigo declarado de todos cuantos se hallaran fuera de la Ley.

Braski les miró, gruñendo:

—¿De qué andan susurrando ustedes dos?

—Del tiempo —respondió Monk—. Me parece que a alguien le va a llover tanto encima que va a quedar calado hasta los huesos.

—Son ustedes muy listos, ¿eh? Bueno; hagan su parte. Acérquense a esos dos centinelas y llévenos a bordo. Y si fracasan, van a ser ustedes los dos primeros en quedar tiesos de un tiro.

Monk gruñó:

—¡Escuche! ¡Yo, en su lugar, no intentaría eso!

—¡Andando! —ordenó Braski.

—Tenemos las manos atadas —le hizo ver Monk.

—Eso pronto quedará arreglado —contestó Braski. Cortó la cinta aisladora—. Ahora, ya están ustedes andando.

Se les empujó hacia la plancha del ballenero. Monk iba el primero, nada más que porque le habían el cañón de una pistola contra la espalda. La plancha viró bajo sus pies. Los dos centinelas se metieron la mano en el bolsillo.

—¡Procure convencerlos bien! —susurró Braski, amenazador, al oído de Monk.

Éste echó el pecho hacia fuera, se dirigió tranquilamente hacia el primer centinela, y dijo: —¿Dónde está el capitán Wapp? Tenemos algo importante para él.

El centinela, con gran asombro de Monk, sonrió expansivamente y dijo:

—Usted es el amigo del capitán, ¿no? Hemos estado esperándole a usted y a los suyos.

—Uh, uh —murmuró Monk. Luego, al hacerse más fuerte la presión de la pistola en su espalda, agregó apresuradamente:—¡Seguro! ¡Somos amigos de todo el mundo!

Los centinelas se echaron a un lado y uno de ellos gritó por el pasillo:

—¡Aquí están los amigos del capitán!

—Traedlos al camarote —ordenó una voz.

Entraron en el pasillo, conducidos por uno de los centinelas. Avanzaron menos de un metro. Se oyó una puerta que se cerraba de golpe delante de ellos. Otra se cerró detrás. Su guía dio media vuelta, con una pistola en la mano.

—¡Conque creíais que erais muy listos...! —rugió—. Te conocemos, Braski! ¡Soltad esas pistolas y alzad las manos!

—¡Qué ensalada de tiros se va a armar! —murmuró Monk.

Y dio un salto hacia arriba.

Había una bombilla en el techo, protegida con alambre. Monk dio en ella con ambas manos, aplastando el alambre, rompiendo la bombilla y cortándose ligeramente las manos.

Era la única luz que había en aquel trozo de pasillo. Quedaron sumidos en profunda obscuridad.

Inmediatamente se armó un jaleo ensordecedor. Disparó un revólver.

Alguien soltó un grito de dolor. Sonaron tiros.

Monk se dejó caer de bruces, razonando que darían pocas balas en el suelo.

Buscó el tobillo de Ham. Un pié le dio de lleno en la cara.

Lo asió, conoció por la pequeñez del pie y por los botines que lo cubrían que era Ham quien le había dado el puntapié, y tiró, retorciendo un poco el tobillo de su compañero para vengarse del puntapié.

Un hombre cayó sobre ellos. Monk le echó las manos al cuello, sintió que un líquido caliente le majaba las manos, y soltó. El hombre aquel había recibido un balazo en el cuello y estaba muerto ya.

Monk gritó unas palabras en un dialecto que hubiera resultado inteligible para una docena de hombres, a lo sumo, en el mundo civilizado.

Era el idioma de los mayas, lengua que Doc y sus hombres habían aprendido en una de sus numerosas aventuras y que usaban ahora para comunicarse entre sí cuando no deseaban que les comprendiese ninguna otra persona.

Monk no había hecho más que advertir a Ham que tenía la intención de dirigirse al otro extremo del pasillo.

—Y yo también —le contestó Ham en el mismo idioma.

Corrieron pegados a la pared y se reunieron al extremo del corredor. Por la cantidad de gritos y disparos, era evidente que gran número de los tripulantes del *Harpoon* habían acudido al ataque.

—Dejemos que luchen entre sí —propuso Monk, hablando siempre el idioma de los mayas—. Creo que están entrando por una puerta de este lado. Quitémonos del paso.

—Esa es una de las pocas buenas ideas que has tenido tú en tu vida —asintió Ham.

Les costó muy poco trabajo dar con la puerta. Aun reinaba la obscuridad, rasgada tan sólo por los fogonazos, que no iluminaban lo bastante para que se les viera. Un marinero tropezó al entrar por la puerta y cayó con estrépito.

Monk se agachó, dirigió un golpe a la sien del hombre, dio en el suelo por equivocación la primera vez, y luego corrigió la puntería y dejó al hombre sin conocimiento.

Echó fuera a Ham de un empujón y luego salió él. Se aplastaron contra un lado.

—¡Duro con los canallas! —aullaba una voz.

El que gritaba apareció un instante después. Era un hombre tan ancho que tenía que pasar de lado por las puertas de los mamparos.

Monk y Ham le reconocieron por la descripción que de él había hecho Doc Savage: era el capitán Wapp.

El pasillo estaba bastante oscuro y el capitán pasó corriendo por delante de los dos ayudantes de Doc sin verlos, metiéndose de lleno en la pelea.

—¡Coged a ese Braski! —bramó—. Le retorceremos el pescuezo!

Monk escuchó el jaleo del que se habían escapado. Aullaban los hombres, repercutían los disparos y completaba la sinfonía una serie de blasfemias.

—Cuando se hayan rebajado un poco unos a otros, iré yo y zumbaré a los dos bandos —rió Monk.

El químico no se daba cuenta de que se estaba jactando. Tal vez hubiera sido posible hacer lo que decía. Indudablemente él creía poderlo hacer. Siempre se sentía sí en una pelea.

Pero sus esperanzas no se realizaron. Braski y sus ayudantes se abrieron paso, al parecer, por el otro extremo del pasillo, porque el ruido de lucha se fue alejando con una rapidez que huían.

—¿Les seguimos? —propuso Ham.

—¡Rayos, no! —gruñó Monk—. Echemos un vistazo a esta Arca de Noé.

Todos los tripulantes del *Harpoon* debían haber acudido a la pelea, porque nadie molestó a Monk y Ham cuando bajaron por un pasillo y subieron una escala. No tenían la menor idea de dónde iban, ya que en su vida habían estado a bordo de barco ballenero moderno. No tardaron en encontrarse sobre cubierta. Se asomaron a la borda.

Unos hombres bajaban, a todo correr, por la plancha. El capitán Wapp, debajo de la bombilla de la misma, saltaba agitando su navaja que era a la par pistola. Dio órdenes a sus hombres a voz en grito.

—Braski y su cuadrilla deben haberse escapado —murmuró Monk, con sentimiento.

—Su intentona por averiguar el lugar en que se halla el Cráter Fantasma no parece haberle llevado muy lejos, en efecto —asintió Ham, con sequedad.

Monk echó a andar por cubierta.

—Veamos qué suerte tenemos por aquí.

Braski les había dejado las lámparas de bolsillo y ahora hicieron uso de ellas, abriendo puertas y asomándose a las bodegas.

Encontraron numerosos depósitos, calderas y otra maquinaria para la extracción y el tratamiento de la esperma. Había por todas partes un olor penetrante y nada agradable.

—Apuesto a que no viven aquí abajo —murmuró Monk—. Probemos las cubiertas y la proa.

Se dirigieron hacia la proa poco a poco, subiendo y alejándose de los depósitos de esperma; pero no del olor. Ham no hacía más que hacer muecas.

Era muy delicado en todo, además del vestir, y el aspecto del ballenero le hacía muy poca gracia.

Rebuscó en un cuarto y encontró arpones de repuesto, escopetas y los cartuchos explosivos que se usan en la pesca de la ballena.

—No hay nada aquí —decidió.

Monk encontró otra puerta, con el cerrojo echado por fuerza.

—Con toda seguridad no hay nadie aquí dentro —gruñó.

Descorrió el cerrojo y metió dentro la cabeza y la lámpara de bolsillo.

Un instante después se oyó un ruido semejante al que haría una bola de billar al caer al suelo. Monk se dejó caer, sacudiendo la cabeza.

—Tengo una pistola —dijo una voz de mujer, con brusquedad, desde dentro del cuarto que había estado cerrado—. Me parece que la usaré.

Ham se quedó sin saber qué hacer. No podía ver a la persona que hablaba.

—Cuidado —gruñó Monk, desde el suelo—. Intentó darme con algo… seguramente con la pistola de que habla.

—Usen la mano izquierda, tengan mucho cuidado y échenme sus pistolas —ordenó la voz femenina.

Monk y Ham vacilaron.

—No llevamos pistolas —repuso Monk.

Hubo otra pausa. Nadie se movió ni dijo nada.

Aun en el suelo, Monk gruñó:

—No creo que sea capaz de darme un tiro ninguna mujer.

Se puso en pie.

—Mucha fe pones en tus encantos —le dijo Ham, siempre con los brazos en alto.

Hubo otro silencio.

—Salga usted de ahí, señora —dijo el químico.

Nueva espera.

—No me sabe bien la estratagema —dijo la voz femenina.

La mujer salió. Su expresión era de disgusto, derrota y algo de miedo. No llevaba pistola; pero sí una especie de porra flexible que parecía hecha de una media de seda rellena de algo duro. Sería aquello con lo que había dado a Monk.

Éste frunció el entrecejo. Normalmente hubiera sonreído con aquella sonrisa que tan sorprendentemente agradables hacia sus facciones. Pero aun le dolía la cabeza.

La joven no era ni anormalmente alta ni notablemente baja. Tampoco tenía su figura nada especialmente llamativo, aun cuando poco dejaba que desear.

Pero tenía la cabellera del color de miel obscura y su piel era casi del mismo color. Ojos, labios y nariz eran exquisitos. Tomada en conjunto, era hermosa aunque sin exageración.

Monk alargó bruscamente la mano y asió el arma que llevaba. Ella la entregó con desprecio.

Monk la examinó. Dentro de la media de seda había trapo y, entre él, fragmentos de fuentes de barro, en trozos muy pequeños: una taza, un platito y un plato grande, todo ello desmenuzado también.

—Sus amigos no creían, verdaderamente, que tuviese yo nada con que hacer un arma —dijo ella con sequedad—. Tendré más suerte la próxima vez.

—¿Amigos nuestros? —rió Monk—. Se ha equivocado usted, señorita…

Aguardó, ella no dio su nombre.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Usted debiera saberlo —respondió ella.

—¡Quiá! No pertenecemos al *Harpoon*. Es más: si nos encontrara aquí la tripulación, lo pasaríamos bastante mal.

—¡Oh!

La muchacha frunció el entrecejo. Pareció llegar a una

conclusión.

—Soy Nancy Law —dijo.

—Nancy Law —repitió Monk—. Bueno y... ¿qué?

—¿No les mandó a ustedes Berguan a buscarme?

Monk empezó a mover negativamente la cabeza; pero Ham se apresuró a interrumpirle.

—Es usted amiga de Braski, ¿no? —inquirió el abogado.

—Soy amiga de cualquier persona que me saque de aquí —dijo la muchacha, con vehemencia.

—En tal caso, vayámonos de este barco —sonrió Ham.

Se dirigieron a la cubierta superior y la borda avanzando con más cautela ahora que les acompañaba la joven.

Ham le preguntó a Nancy Law:

—¿Por qué la tenían presa?

—Para evitar que Berguan se apoderara de mí, según les oí decir. Pero eso lo debían saber ustedes ya. ¿No se lo dijo Braski?

—Indirectamente, sí —se apresuró a contestar Ham.

Llegaron al puente y, so pretexto de explorar el terreno, Ham llamó a Monk a un lado.

—Le dejaremos creer que somos de la cuadrilla de Braski —susurró el abogado—. Me parece que así nos será más fácil averiguar lo que pasa.

—No me parece muy buena idea —murmuró Monk, que tenía la costumbre de llevarle la contraria a su compañero siempre que le era posible.

Se había desvanecido ya toda la excitación alrededor del ballenero, aun cuando el capitán Wapp, grotesca figura ancha y baja, seguía de pie junto a la luz de la plancha. A juzgar por las apariencias Berguan y su cuadrilla habían logrado escaparse.

Monk y Ham se deslizaron hacia proa con la muchacha y llegaron a una amarra tan gruesa como la pierna del químico. Éste bajó por ella hasta el muelle con la facilidad de un mono.

La muchacha le siguió sin gran dificultad y luego bajó Ham. Fue muy sencillo. Nadie les molestó.

—Lo más probable es que tengan centinelas alrededor —gruñó Monk—. Ham, más vale que tú y yo echemos una ojeada.

Se fueron en distintas direcciones. No estuvieron ausentes más que tres o cuatro minutos. Monk por su parte a nadie encontró y

decidió que sería posible escapar dando un rodeo.

Volvió al lugar en que había dejado a la muchacha. Ham estaba allí ya. El químico escudriñó la obscuridad.

—¿Dónde esta Nancy Law? —preguntó.

—Eso me estaba preguntando yo —dijo Ham, con brusquedad.

—¿Eh?

—Se ha largado. Nos ha dado esquinazo.

CAPÍTULO III

EN BUSCA DEL CRÁTER FANTASMA

MONK y Ham quedaron mirándose el uno al otro. Tronaba más que nunca y relampagueaba con frecuencia, de forma que podían verse a intervalos.

—Fuiste tú el que tuvo la luminosa idea de hacerle creer que éramos de la cuadrilla de Braski —le acusó Monk—. Apuesto a que ése es el motivo de que se largara.

—¡Tú fuiste quien propuso dejarla sola! —contestó Ham, con ira —. ¡Tienes las mismas ideas que un mico!

Se dirigieron al otro extremo del muelle, avanzando con cuidado, escuchando atentamente esperando encontrar algún rastro de la joven.

El único ruido que se oía sin embargo era el que el capitán Wapp y sus hombres hacían cerca del plancha del ballenero. Este ruido era lo bastante para instigar a los dos hombres a que se alejaran de la vecindad.

Ham, perdido sin su bastón, propuso:

—Creo que mi bastón se quedó en la callejuela en que nos hicieron prisioneros. Voy a buscarlo.

Encontraron el bastón estoque sin dificultad, Ham esgrimió el arma con evidente satisfacción.

—¿Qué habrá sido de Doc? —murmuró.

—Tal vez esté de vuelta en el coche —respondió Monk—. Iremos a ver. Si no está, miraremos otra vez por nuestra cuenta, a ver si damos con Johnny.

Se acercaron con cautela al sedan por si estaba vigilado, dando la vuelta al coche dos veces. Satisfecho ya de que nadie había cerca, se acercaron en la intensa obscuridad y abrieron la portezuela. En

aquel instante, relampagueó.

Ambos vieron claramente algo que les resultó muy poco agradable.

Una mano asomaba del coche y les metía una pistola casi en las narices.

—¡Uf! —estalló Monk.

Y se dejó caer a gatas sobre el húmedo pavimento.

Reinó un silencio absoluto hasta que volvió a relampaguear.

—La dubitación es ahora una cualidad inconveniente —dijo una voz seca, desde el interior del coche.

Monk se puso en pie de un brinco.

—¡Johnny! —exclamó—. ¡Me has quitado diez años de vida con el susto que me diste!

Johnny salió del coche. Era muy alto y más delgado de que parecía posible en un ser humano que estuviese vivo. Tenía el impermeable rasgado de arriba abajo por la espalda, uno de sus ojos se estaba volviendo morado, tenía otras señales de haber sido maltratado.

Johnny se metió la pistola debajo del brazo, en una funda especial, arreglada de tal forma que su presencia no se hubiera sospechado en un hombre menos esquelético.

El arma parecía una pistola gigantesca en todo, salvo que llevaba un tambor de municiones. Era una pistola ametralladora perfeccionada por Doc Savage y capaz de disparar a una velocidad asombrosa.

—Cefalalgia aguda y algo de tortícolis describían exactamente mi estado —gimió Johnny.

—Dilo en palabras pequeñas —le pidió Monk.

—Estoy hecho polvo —dijo Johnny, en contestación.

—¿Qué te ocurrió?

—Mis noctambulaciones...

—¡Palabras pequeñas! —gruñó Monk—. Tengo dolor de cabeza ya.

—Encontré a mi hombre atado en un almacén —dijo Johnny, usando palabras de menos sílabas de lo que tenía por costumbre—. Le puse en libertad. Un poco después, me dio un porrazo en la cabeza... Me desperté, para mayor ignominia, en un cubo de basura; vine aquí, no encontré a nadie y aguardé.

—¿Nada más?

—Nada más.

Permanecieron allí en silencio mientras repercutía el trueno por las estrechas callejuelas y empezaba a caer lluvia en gotas menudas.

—Me parece —dijo Monk de pronto—, que vamos a tener jaleo.

Monk tenía razón. Cuatro hombres surgieron de la obscuridad y, cuando se hallaron cerca, proyectaron la luz de sus lámparas de bolsillo. Alzaron sus pistolas a la luz, para que pudieran verse.

—Si quieren ustedes jaleo, se lo daremos a espuertas —advirtió uno de ellos.

Johnny se limitó a inclinarse hacia atrás y cayó dentro del sedán. El coche estaba blindado. Johnny sacó su pistola ametralladora al caer.

Monk y Ham se tiraron dentro detrás de él. Cerraron la portezuela de golpe.

El ruido de los disparos hizo la competencia al trueno al disparar uno de los hombres. Sus balas dieron contra el cristal de la portezuela; pero sólo consiguieron hacer un dibujo semejante a una telaraña, y cayeron al suelo, aplastadas. El hombre soltó una maldición.

Johnny asió la manivela del cristal para alzarlo muy alto. Esto haría salir la parte inferior, en que había practicados unos orificios por los que podrían asomar el cañón de sus pistolas. Se hallaban en una fortaleza sobre ruedas, casi tan inexpugnable como un tanque.

—¡Son nuestros! —exclamó Monk.

No era aquella la primera vez que se equivocaba. La portezuela del otro lado del coche se abrió bruscamente. Tenía cerradura por dentro; pero en la excitación del momento se habían olvidado de echarla.

Además el enemigo visible se hallaba por el otro lado.

Pero algunos de los miembros de la cuadrilla habían corrido hacia aquel lado sin ser vistos. Monk y sus compañeros se encontraron encañonados.

—Tienen ustedes una oportunidad nada más de salvarse la vida —dijo un hombre.

Monk le dirigió una mirada torva. Hubiera sido suicida intentar volver la pistola ametralladora. No quedaba más que una cosa y la hizo: alzó las manos. Ham y Johnny le imitaron.

Un hombre les examinó, detenidamente con una lámpara de bolsillo. Señaló a Monk y a Ham.

—Estos dos son de la cuadrilla de Braski y le acompañaron a bordo —dijo. Miró a Johnny, frunciendo el entrecejo—. A este montón de huesos no le he visto hasta ahora.

Otro hombre dio la vuelta al coche e iluminó la matrícula. Se dobló casi hasta el suelo para ver mejor. Luego se puso en pie de un brinco, como si le hubiesen dado inesperadamente un puntapié.

Por poco se cayó al correr hacia el otro lado del coche.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡En menudo lío nos hemos metido!

—¿Tú te has vuelto loco? —dijo uno de los hombres, con un resoplido.

—¡La matrícula! —exclamó el primer hombre—. ¡Echadle una mirada!

El otro dio la vuelta con una lámpara de bolsillo y la examinó. Luego volvió tan tranquilo como nunca.

—El número de matrícula es Doc 3 —dijo—. ¿Yeso qué? Es un número muy bajo, es verdad. Pero esos números no tienen significado especial ya.

—¡Santo Dios! —exclamó el otro—. ¿Es posible que no conozcas esa matrícula después de leer cosas de ese tipo en los periódicos?

—¿De qué tipo?

—Doc Savage. Esa es una matrícula especial que tiene concedida.

Reinó el silencio durante unos instantes. Sonó el trueno y cayó la lluvia azotada por el viento.

—Vayamos a consultar al capitán Wapp —propuso uno de los hombres.

El capitán Wapp se hallaba de pie junto a la plancha del *Harpoon*, con ambas manos metidas en la cuerda que le servía de cinturón.

Su expresión daba a entender que había oído los disparos del sedan y que tenía vivas ganas de saber lo ocurrido.

—¿Qué es? —gruñó.

Le hablaron de la matrícula del coche.

El capitán dirigió una mirada torva a Monk, Ham y Johnny. Luego, sin decir una palabra, volvió a meterse en el interior del barco, de donde regresó, poco después, con una revista ilustrada.

Tenía la revista abierta en una página en que se leía:

DOC SAVAGE —HOMBRE MISTERIOSO
TERROR DE LOS MALHECHORES

Había una ilustración en la otra página, una de las pocas fotografías de Doc Savage y sus cinco ayudantes que habían llegado a publicarse.

El capitán reconoció a los tres prisioneros del grupo.

—Ellos son —murmuró—. No existe la menor duda.

—Así, pues, ¿son ayudantes de Doc Savage? —murmuró uno de los hombres.

—¿No acabo de decir que sí? —respondió Wapp.

Hubo algunos murmullos mientras los que sabían poco de Doc Savage recibían información de aquellos que sabían o creían saber mucho. Habían dejado de gritar y maldecir. Estaban serios, como si se hallaran en un entierro.

—Doc Savage debe estar trabajando con Braski —sugirió un hombre.

—Eso ni soñarlo —respondió el capitán—. Ese Doc Savage se daría cuenta enseguida de lo que es Braski.

—Entonces, ¿qué anda haciendo por aquí?

El capitán Wapp se sacó la navaja pistola de un bolsillo y se la metió en otro.

—Savage anda detrás de todos nosotros —gruñó—. De Braski. De nosotros. De todos. Apostaría a que no me equivoco.

Un hombre soltó una maldición.

—¿Quiere decir con eso que Doc Savage está ayudando al viejo Hezemiah Law? —preguntó.

El capitán movió negativamente la cabeza.

—Hezemiah Law no sabe una palabra de lo que intentamos hacerle.

—Entonces... ¡será la muchacha! —exclamó el hombre—. ¡Habrá avisado a Doc Savage de alguna manera!

Wapp movió la cabeza afirmativamente.

—Eso debe de haber sido.

El hombre de la porra de cable se acercó, curioso por saber qué ocurría. Por primera vez le llamaron por su apodo.

—Te has estado perdiendo la mar de cosas, Ropes —dijo un hombre.

Ropes frunció el entrecejo, escuchó las últimas noticias y se golpeó la mano con la porra.

—No me han gustado muchas de las cosas que han surgido esta noche. Esta es bastante mala.

—Metan a los tres a bordo —ordenó Wapp—. Les apretaremos un poco y averiguaremos cosas.

—Esto es lo que yo llamo acrimonia contumaz —dijo Johnny.

—¡Rayos! —exclamó un marinero—. ¡Nos hemos traído un diccionario!

Les empujaron hacia la plancha. Johnny iba delante, seguido de Ham y de Monk. La marea era alta y la plancha estaba bastante pendiente. Monk subió con la cabeza agachada.

En la lejanía una sirena policíaca mezclaba su débil sonido con el del trueno, prueba evidente de que los disparos habían llamado la atención.

—¡Quítense de la vista enseguida! —ordenó el capitán Wapp—. Hemos de hacer parecer que aquí no ha pasado nada.

Surgió una voz de la oscuridad, de pronto. Hubiera podido ser una contestación de Wapp; pero no lo era, porque las palabras que pronunció eran en el idioma de los mayas.

Era una extraña voz, como de ventrílocuo y ninguna de los que la escucharon tenía la menor idea de dónde había salido. La voz pronunció una sola frase corta.

Monk y sus compañeros no dieron la menor muestra de haber oído ni comprendido. Se detuvieron, porque los demás se habían parado, intrigados.

Inesperadamente sonó en el muelle un grito horrible, de increíbles proporciones. Sobresaltados, todos miraron en aquella dirección, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Monk, Ham y Johnny cerraron los ojos fuertemente, alzaron los brazos y se taparon la cara.

Un instante después se oyó una detonación hueca y se vio un increíble resplandor. Era como si se hubiera disparado una enorme luz de magnesio, salvo que el resplandor era mucho más brillante y de mayor duración.

La luz tenía otra cualidad, aparte de su infernal brillo. Afectaba a los ojos algo así como un arco eléctrico. Los tripulantes del *Harpoon* se quedaron momentáneamente ciegos. Uno o dos de ellos

gritaron de angustia.

Monk y sus dos compañeros se destaparon la cara. La llamada en lengua maya les había avisado para que se protegieran los ojos. El grito terrible había tenido por objeto atraer todas las miradas hacia el punto en que iba a aparecer la luz.

Adelantando un hombro, Monk cargó y bajó la pendiente plancha derribando a cuantos tenía adelante. Ham y Johnny le siguieron.

No descargaron golpes, limitándose a empujar y echar zancadillas. La ceguera de la tripulación no duraría muchos segundos.

Dejaron atrás a los del *Harpoon* y torcieron hacia el lugar en que se había visto la luz.

—Por aquí —dijo una voz tranquila, pero penetrante.

A la luz de un relámpago vieron a Doc Savage. Éste les condujo por el muelle, pasando por delante de unas pilas de barriles que tal vez contenían esperma, pero que no se pararon a investigar.

Hasta que se hallaron en el sedán y se puso éste en marcha, no hablaron.

—Hemos estado dando vueltas y más vueltas —le dijo Monk a Doc.

Explicó lo de Nancy Law y cómo se les había escapado.

—Algo misterioso se oculta detrás de todo esto —acabó diciendo—, una cosa o un lugar que llaman el Cráter Fantasma. Pero con todo lo que ha ocurrido y todo lo que hemos averiguado, seguimos aún sin tener la menor idea de lo que se trata.

Ham interpuso, a manera de abogado que hace un resumen:

—Sabemos, o podemos deducir, que este capitán Wapp anda buscando algo en el Cráter Fantasma, algo que pertenece al hombre a quien llaman “el viejo Hezemiah Law”. Braski anda buscando la misma cosa; pero no sabe dónde está el Cráter Fantasma y está intentando sacarle a Wapp la información por la fuerza. Puesto que Nancy Law lleva el mismo apellido, con toda seguridad será pariente de Hezemiah Law, que, al parecer, no se halla aquí, sino en el Cráter Fantasma. Eso explica algunas cosas.

—Salvo lo del manco que tenía dos brazos —interpuso Monk—. Y… ¿quién llamó a Doc para que tomara cartas en este asunto?

El hombre de bronce habló.

—Tengo un plan que probar —dijo—. Un plan que tal vez nos proporcione informaciones.

—¿Sí? —murmuró Monk, con interés—. ¡Desembucha!

—Durante la última hora, aproximadamente, he estado siguiendo al hombre que lleva un trozo de cable a modo de porra. Llamaban Ropes a ese hombre, si no me equivoco. Ropes resultó ser un individuo de sorprendentes facetas.

—¿Facetas? —repitió Monk, frunciendo el entrecejo.

—Ya os lo explicaré cuando lleguemos a casa —dijo Doc—. Este Ropes no tiene nada de tonto.

CAPÍTULO IV

DOC PREPARA UNA TRAMPA

CASI en el mismo instante, Ropes recibía corroboración oral de que no tenía nada de tonto.

Se lo estaba diciendo el capitán del *Harpoon*, en su cámara particular.

—Es usted un hombre de confianza —decía el capitán Wapp—, ya sabré yo corresponderle, Ropes.

—Gracias.

—Tomará usted uno de mis hombres. Busque a ese Doc Savage. Tal vez de con él.

—Seguro —asintió Ropes.

Salió cerrando cuidadosamente tras él la puerta del camarote el marcharse.

El pasillo estaba casi completamente a oscuras. Se detuvo allí a examinar el cable de acero que llevaba. Rió una vez, y su risa no era nada agradable.

Siguió andando, después de guardar su arma.

El hombre a quien escogió Ropes para que le acompañara era el que ostentaba el cargo de tercer oficial a bordo del *Harpoon*.

Este era un hombre poco energético, tímido, nervioso, fuera de lugar por completo en lo que a la pesca de la ballenera se refiere, salvo en un particular: era un verdadero mago como navegante.

—Tengo trabajo que hacer a bordo —dijo, inquieto, cuando Ropes le pidió que se aventurara a salir con él.

—Son órdenes del capitán Wapp —gruñó Ropes.

El tercer oficial, a quien habían dado el apropiado apodo de “sextante”, suspiró, trémulo, y siguió a Ropes. Los centinelas les dejaron pasar.

Se internaron por las oscuras callejuelas del puerto.

Allí, en una calle estrecha y muy poco oscura, Ropes sacó tranquilamente su porra y le dio a su compañero un golpe por encima de la sien.

Ropes había usado su arma con mucha frecuencia. Sabía cuánta fuerza podía dar a sus golpes sin fracturarle el cráneo a su víctima.

Recogiendo al oficial, que había quedado sin conocimiento, lo trasladó hasta un farol, le depositó allí, sacó una botella de *whisky* y roció lo bastante a su víctima para que oliera.

—Mi compañero está bebido —le dijo luego al conductor del primer taxi que pasó.

El confiado taxista les condujo a una calle de un distrito de pisos de lujo en la parte alta de la ciudad. Ropes trasportó a su víctima al vestíbulo de una casa particular, un edificio antiguo metido entre casa nuevas y modernas.

Es posible que sonara un timbre al oprimir Ropes al botón; pero si así fue, sonaría tan dentro de la casa, que no se oyó desde fuera.

El hombre oprimió el pulsador con cuidado, dando una señal que debía haber sido convenida de antemano.

Al propio Braski abrió la puerta.

Menos de una hora antes, los hombres del capitán Wapp habían estado haciendo todo lo posible por matar a Braski.

Wapp hubiera quedado, sin duda, sorprendido si hubiese visto la cordialidad con la que Braski recibía a Ropes.

—Estoy encantado —dijo—. Entre y hablaremos.

Ropes se echó a reír.

—Está usted viendo en este momento a uno de los Reyes Magos —dijo.

Y se echó a un lado para que el otro viera al tercer oficial del *Harpoon*.

Braski se sobresaltó, tragó saliva, e inquirió:

—¿Está muerto?

—¿Por qué clase de idiota me ha tomado usted? —sonrió Ropes.

—¿Quién es?

—El tercer oficial y el hombre que se encarga de la mayor parte de la navegación del capitán Wapp. En otras palabras, es la persona que debiera saber dónde está el Cráter Fantasma.

Una expresión de infinita alegría iluminó el semblante de Braski.

—Tuve una idea genial al decidir darle a usted una tercera parte del botín si se aliaba conmigo, Ropes —rió.

Ropes sonrió a su vez.

—¿Tiene usted agua helada? —inquirió.

—En la nevera —replicó Braski, señalando con un gesto en dirección a la cocina.

Al apartarse Braski de la puerta, se vio que no podía andar sin cojear. Ayudó muy poco a mover al tercer oficial.

—Una bala me hizo un surco en la cadera durante la pelea esa a bordo del *Harpoon* —dijo—. No fue una idea muy luminosa esa de intentar subir a bordo y apresar al capitán Wapp.

Ropes nada dijo. Se dirigió a la cocina. La facilidad con que la encontró demostraba que había estado en la casa en otras ocasiones.

Pasó agua de un grifo por una bandeja de hielo hasta que éste quedó suelto.

Luego volvió a meter la bandeja vacía en la nevera.

Volvió al cuarto delantero y frotó al oficial con el hielo hasta que recobró el conocimiento, gimiendo. No le dio lugar al hombre para pensar en su situación.

—¿Dónde está el Cráter Fantasma? —preguntó.

El oficial parpadeó, reconociendo primero a Braski y luego a Ropes.

—¡Traidor! —aulló—. ¡Me daba en los huesos que era usted un criminal!

—¿No lo somos todos acaso? —rió Ropes—. Conteste a mi pregunta, imbécil.

—¡Le dije al capitán Wapp que usted no era de confianza! —gritó el oficial—. Pero dijo que le había conocido en tiempos pasados y que era usted precisamente el hombre que necesitaba.

—¿Dónde está el Cráter Fantasma? —rugió Ropes.

—¡Por mí no ha de averiguarlo!

Ropes dirigió al oficial una mirada maligna. Luego se echó sobre él, forcejeó unos instantes y logró atarle las manos y pies con el alambre arrancado de una lámpara eléctrica.

A continuación, sacó un frasco del bolsillo.

Era el que había empleado para rociar algo de *whisky*.

Ropes lo derramó por encima de las manos del otro. Luego

encendió una cerilla y la aplicó. El alcohol del líquido no prendió inmediatamente.

A los pocos momentos, sin embargo, ardió con azulada llama.

El oficial empezó a dar alaridos. Tres veces logró apagar las llamas y, cada vez, Ropes volvía a encender el alcohol.

Braski corrió a una alcoba y regresó con una almohada que aplicó a la cara de la víctima, ahogando sus gritos de angustia.

Antes de haber transcurrido cinco minutos, habían conseguido que el oficial rompiera a hablar.

—¡No sé dónde está el Cráter Fantasma! —gimió—. ¡Les juro que no lo sé!

—A mí con ésas, no —gruñó Ropes—. El capitán Wapp ha estado allí con el *Harpoon*. Y usted es su navegante.

—Yo no estaba a bordo del *Harpoon* cuando hizo esa visita —insistió desesperado el hombre—. El capitán Wapp me reclutó a mí lo mismo que a usted, Ropes, después de haber decidido liquidar a Hezemiah Law y apoderarse del Cráter Fantasma. Tengo los documentos de otro barco en mi bolsillo, que demuestran que yo no estaba en el Harpoon entonces —declaró el otro—. Mírelos, Ropes. Usted sabe que el capitán Wapp llevó el *Harpoon* al Cráter Fantasma hace más de seis meses.

Ropes sacó los documentos del bolsillo del hombre. Buscó la fecha. Soltó una maldición, tiró los documentos al suelo y los pisoteó.

—¡Dejó usted el otro barco hace cinco meses! —exclamó—. ¡Maldición! ¡No estaba usted con Wapp, cuando marchó al Cráter Fantasma!

Braski dirigió una mirada torva a Ropes.

—Bonita coladura! —dijo, con rabia—. Y, ahora… ¿qué hacemos del tercer oficial?

—No podemos ponerle en libertad —contestó Ropes—. Me delataría al capitán Wapp. Preocupaciones de sobra tenemos ya sin eso, ahora que Doc Savage se ha metido en el asunto.

El rostro de Braski asumió bruscamente la misma expresión que si hubiera caído un rayo sobre su casa.

—¿Doc Savage? —exclamó, con un hilo de voz.

—Me había olvidado de decírselo —dijo Ropes.

Hablando con rapidez, le puso al corriente de todo lo sucedido

en el muelle y a bordo del *Harpoon*.

—¡Conque eso es lo único que se olvidó de decirme! —rugió Braski—. ¡Eso nada más! ¡Nada, como quien dice! Supongo que creería usted que eso carecía de importancia, ¿eh?

Ropes frunció el entrecejo y dijo:

—Yo no me alarmo porque ande por ahí Doc Savage.

Braski dijo, con sequedad:

—Empiezo a preguntarme si tiene usted sentido común. Ese Savage es veneno puro. El que se haya metido en el asunto cambia por completo al aspecto de la cuestión.

—Bueno —preguntó Ropes—, ¿es que vamos a renunciar a todo?

—¿Renunciar…? —Braski se interrumpió. Transcurrieron segundos antes de que continuara—. Hay millones en el Cráter Fantasma si podemos conseguirlos. Le digo a usted que millones. He visto la calidad del producto y tengo una idea de la cantidad. Yo debiera saberlo. Me he estado encargando de la venta por cuenta del viejo Hezemiah Law.

—En resumen, ¿qué decide? —inquirió Ropes.

—Que seguimos adelante.

—¡Magnífico! —Ropes se inclinó y tomó al tercer oficial por el cuello—. Ahora me encargaré de que este tipo no nos estorbe.

El oficial debía de haber creído que no corría mucho peligro; pero ahora, de pronto, se dio cuenta de que le iban a matar. En ningún momento había tenido mucho valor. En aquél, palideció.

—¡No! —exclamó—. ¡Déjeme!

Ropes dijo:

—Créalo o no, maté a una ballena de diez toneladas con este chisme una vez.

Y alzó la porra de cable.

El oficial hizo un ruido incoherente.

—¡Por favor! —exclamó, ahogado—. Ténganme aquí. Hagan lo que quieran. Pero… —pareció tragarse la lengua, tan grande era su horror—. Yo les ayudaré. Yo trabajaré para ustedes.

—¡Valiente ayuda nos iba a resultar! —dijo Ropes, con resoplido.

Alzó la porra nuevamente, dándose un golpe con ella en la palma de la mano. Luego alzó el brazo para descargar un golpe

sobre el otro.

Sus facciones no expresaban el menor escrúpulo y no cabía la menor duda de que estaba decido a matar.

Se oyó un golpe estrepitoso en la puerta de la calle.

—¡Policía! —bramó una voz—. ¡Abran la puerta!

—¡Maldición! —exclamó Ropes.

Y se dispuso a descargar el golpe.

Braski le sujetó el brazo, diciendo:

—¡Imbécil! ¡Mátale y, si nos cogen, nos ahorcarán! Déjele. Intentaremos largarnos.

Abandonaron al prisionero y echaron a correr hacia la puerta de atrás de la casa.

El asustado tercer oficial del *Harpoon* tenía evidentemente tan pocos deseos de encontrarse con la policía como Braski y Ropes.

Luchó desesperadamente con los alambres que le sujetaban, concentrando su atención en los tobillos. Se hubiera podido desatar más pronto si se le hubiese permitido intentarlo; pero los dos hombres le habían vigilado demasiado cerca. Ahora no tardó mucho en quedar suelto.

Habían dejado de golpear la puerta. Sonaba como si alguien estuviese intentando abrirla con ganzúas.

El tercer oficial corrió hacia la puerta de atrás. Era la misma dirección que habían tomado Braski y Ropes; pero el oficial tenía el convencimiento de que ya se hallarían lejos. La puerta de atrás estaba abierta. Se asomó con cautela.

Al resplandor de un relámpago vio una callejuela desierta. Salió corriendo.

Iba de puntillas para hacer el menor ruido posible. A pesar de ello, hacía bastante al meterse por los charcos. Cuando se acercó al punto en que la callejuela desembocaba en una calle, fue más despacio, para no llamar la atención.

Los coches parados a lo largo de la calle parecían bultos negros y el farol formaba una zona pálida en la esquina, como una pelota de algodón amarillo manchado.

El fugitivo no habría recorrido más de diez o doce metros cuando se abrió la portezuela de uno de los coches parados. El automóvil en cuestión era de tipo sedán.

Tenía unas cortinas de maravillosa eficacia porque el interior

estaba iluminado y, sin embargo, no se había notado la menor señal de ello hasta ser abierta la portezuela.

El tercer oficial echó una mirada al individuo que había dentro del coche, y se detuvo. Se agitó, inquieto, sin saber qué hacer.

Había reconocido al ocupante del coche, un gigantesco hombre de bronce, cuyos dorados ojos parecían tener un poder asombroso.

—Métase en el sedán ordenó el hombre de bronce —. Su vida corre peligro.

El tercer oficial vaciló y aquello le costó la vida.

Al otro extremo de la calle un arma de fuego disparó seis veces. Era una pistola. No era posible que un revólver hubiese disparado tan aprisa.

El tercer oficial del Harpoon se hallaba en el raudal de la luz que escapaba del interior del sedán.

Dio dos o tres saltos violentos y luego echó hacia atrás la cabeza, como si intentara gritar; pero en lugar de palabras, su garganta soltó un chorro de sangre que salpicó el lado del sedán. Cayó al suelo de bruces.

Doc Savage se inclinó hacia atrás y, de uno de los numerosos compartimientos del sedán, sacó una de sus pistolas ametralladoras.

Rara vez llevaba encima una de aquellas armas, pues era de la opinión que el usar armas de fuego hacía que quien las llevaba dependiera demasiado de ellas quedando por consiguiente, más impotente al ser desarmado.

La super ametralladora tronó luego y pobló la calle de un sonido parecido al de un titánico violón. Doc apuntó hacia el lugar de donde habían salido los disparos, intentando dar al asesino invisible.

El tambor de la pistola se descargó. Colocó inmediatamente uno nuevo de repuesto. Al igual que el primero, estaba descargado de las llamadas “balas de misericordia”, que sólo dejaban sin conocimiento.

No contestaron a su fuego, y no había la menor indicación de que las “balas de misericordia” hubieran dado a nadie.

Monk acudió corriendo de casa de Braski.

—Llamé a la puerta y grité diciendo que era la policía —explicó —. ¿Qué ha ocurrido?

—Métete aquí dentro —ordenó Doc. Y, cuando el químico hubo

obedecido, explicó:— Cuando llamaste al puerta, Braski y Ropes se asustaron. Con ello salvaste temporalmente la vida al tercer oficial. Pero cuando salió a la calle, alguien le mató desde lejos. Con toda seguridad sería Ropes. Los dos hombres huyeron en esa dirección.

Doc Savage se apeó del sedán, manteniéndose detrás de los otros automóviles parados y se acercó al lugar desde el cual había disparado el asesino. Buscó concienzudamente. No halló casquillo alguno.

El asesino debía de haber tenido la mano colocada cerca de la pistola, recogiéndolos a medida que salían.

No se veía ni rastro de Ham ni de Johnny cuando Doc regresó a su coche.

—Hemos tenido mala suerte —gruñó Monk—. Tú vigilaste a Ropes y descubriste que estaba en liga con Braski. Le seguimos a él y a su prisionero hasta casa de Braski y escuchamos la conversación con la esperanza de oír algo. Pero iban a matar al tercer oficial y tuvimos que apelar a la treta esa para salvar su inútil vida. Y, aun así, no se la salvamos. Y ahora hemos perdido a Braski y a Ropes. Y… ¿en dónde están Ham y Johnny?

—¿No se les ve aún por ninguna parte? —inquirió Doc.

—No; ¿qué hacían mientras llamaba yo a la puerta y gritaba “la policía”?

En lugar de contestar, Doc se metió en el sedán. La calle había quedado en silencio unos instantes después de los disparos; pero, de pronto, un hombre había empezado a llamar a la policía a voz en grito.

Con toda seguridad se trataría de algún vecino que, al asomarse a la ventana, habría visto el cadáver al resplandor de un relámpago.

—Es inútil mover al tercer oficial del *Harpoon* —dijo Monk, subiendo al sedán—. Está muerto.

Doc Savage puso el vehículo en movimiento, conduciendo con los faros apagados para que nadie pudiera ver la matrícula.

Monk dijo:

—Aun no se ve el rastro de Ham y Johnny. Eso me hace muy poca gracia.

—Por el contrario —respondió Doc—; eso es muy buena señal.

—¿Sí? Me suena eso como si hubieras preparado algún plan.

Un relámpago —el más fuerte de la noche— iluminó el

firmamento y el trueno que siguió parecía querer derrumbar los edificios.

CAPÍTULO V

DOS CABEZAS

OLIVERIO Orman Braski agachó, nervioso la cabeza, al estallar aquel trueno pavoroso. Durante un instante, pareció a punto de dejarse caer al suelo del taxi en que iban.

—Espero que no estará usted perdiendo el valor ahora —observó Ropes, con voz baja y agria.

—El que matara usted el tercer oficial en las propias barbas de la policía es lo bastante para estropearle los nervios a cualquiera —repuso Braski.

Ropes frunció el entrecejo.

—Este chofer pudiera tener oídos, ¿sabe? —dijo.

Los dos hombres miraron al conductor. Éste era un hombre muy moreno, que llevaba gorra, tenía un bulto en una mejilla y fumaba un puro que parecía muy fuerte. No parecía estarse preocupando de los viajeros.

—Mejor será que tomemos algunas precauciones —gruñó Ropes.

Y ordenó al chofer que se detuviera.

Unos momentos después pasó un segundo taxi y Ropes lo llamó. El conductor de este otro iba envuelto en un impermeable muy amarillo, por el interior de cuyo cuello iba una toalla para absorber la lluvia que pudiera introducirse por arriba.

—Cambiaremos de coche, por si acaso recuerda ese otro chofer dónde nos recogió —susurró Ropes—. ¿Dónde vamos ahora?

—A mi despacho —declaró Braski.

Ropes pareció dudar.

—La policía pudiera estar vigilándolo...

—Tendremos que correr ese riesgo —dijo Braski, con desesperación—. Hay documentos en mi despacho que es necesario

destruir.

—¿Documentos relacionados con Hezemiah Law y lo que saca del Cráter Fantasma? —sonrió Ropes.

—No es eso sólo —suspiró Braski—. Esta no es la primera cosa que hago que no esté del todo dentro de la Ley, ¿comprende?

Ropes se echó a reír. El hecho de que acabara de matar a un hombre no parecía afectarle en absoluto. Se alzó un poco de aire, proyectando la lluvia contra el taxi y el conductor se apretó aún más la toalla al cuello.

El despacho de Oliverio Orman Braski resultó estar en un rascacielos del barrio financiero. Los corredores de mármol del edificio, a aquella hora, estaban concurridos tan sólo por porteros y mujeres que fregaban.

Braski y Ropes examinaron cuidadosamente el lugar antes de entrar o de dejar siquiera el taxi. Fingieron haberse confundido de dirección e hicieron que el conductor les llevara por las calles vecinas en busca de un edificio imaginario.

Esto era para asegurarse de que no había ningún coche de policía por los alrededores. Pagaron al chofer y entraron en el rascacielos en que Braski tenía el despacho por una puerta excusada.

La astuta pareja se felicitaba por lo bien que había sabido prevenirse contra una posible persecución. Tal vez hubiera sido un golpe rudo para algo más que su orgullo si hubiesen podido ver o que hacía el chofer.

Éste condujo el coche a una calle cercana se detuvo y usó el teléfono en un establecimiento que estaba abierto toda la noche.

Unos minutos más tarde, se reunió con él el conductor del primer taxi que habían tomado Braski y Ropes. Era evidente que había sido llamado por teléfono.

El hombre se quitó la pintura morena de la cara, escupió un trozo tremendo de goma de mascar y tiró el puro. Recogió un bastón negro del suelo del taxi.

Se había convertido en Ham, el elegante abogado.

El otro chofer hizo varios cambios en su aspecto y se convirtió en el huesudo Johnny. Ambos hombres se miraron, sonriendo.

—Hemos tenido suerte —dijo Ham.

—Irrefutable apotegma —contestó Johnny.

Braski y Ropes, sin tener la menor noción de lo que tan cerca de ellos estaba sucediendo, pasaron por entre numerosas fregonas y examinaron con mucho cuidado el pasillo en que se hallaba el despacho de Braski.

Luego entraron y suspiraron con alivio al no encontrar a nadie allí.

Con precipitación, Braski se puso a repasar una serie de documentos que sacó de la caja de caudales. De vez en cuando separaba algunos de ellos y los quemaba en una bandeja grande que contenía un juego completo de fumador.

Cuando el despacho se llenó de humo, abrió la ventana.

Ropes, por su parte, se quedó cerca de la puerta que tenía cristal esmerilado.

Observó el letrero que campeaba sobre la misma:

OLIVERIO ORMAN BRASKI

Agente de ventas extranjeras

Dirigió una sonrisa a Braski.

—Su negocio debe de haberle proporcionado muy buenos y muy sucios ingresos, a juzgar por el número de papeles que está quemando.

—No iba mal —asintió el otro.

Parecía haber recobrado parte de su aplomo.

Un momento después, Braski echó un manojo de papeles a Ropes. Éste miró el título que llevaba escrito a máquina:

HEZEMIAH LAW

Con gran interés, Ropes pasó a la primera página. Estudió la cabecera principal de la misma:

Vendido a La Touls et Cie.,

París...................., $ 53.000. —

Miró la página siguiente, que llevaba la fecha de unos días después:

Vendido a Carlos Bonhomme,

Ltda.., Amberes..........., $ 71.500. —

—El nombre del producto no figura aquí —señaló.

Braski repuso, con sequedad:

—El viejo Hezemiah Law no quería que supiese nadie lo que tenía. Todo se hacía en secreto.

—Y muy bien hecho.

—No era tanto que temiese que se apoderara alguien del Cráter Fantasma. Lo que temía era que bajase el precio del producto si se llegaba a hacer pública la noticia de lo que vendía.

—¿Cuánto tiempo tardará en acabar? —inquirió Ropes—. La policía puede presentarse aquí de un momento a otro.

—Pronto —dijo Braski.

Sería, tal vez, cosa de un minuto después cuando sonó el timbre del teléfono.

Braski y Ropes sufrieron un violento sobresalto, luego se miraron con inquietud.

—No conteste —aconsejó Ropes.

Braski vaciló.

—La persona que me llame a estas horas de la noche lo hará por algo importante —dijo—. Descolgó el auricular —. ¡Diga!... Sí; al habla.

Escuchó con atención. Se quedó boquiabierto.

—Sí, sí, claro —exclamó una vez—. Le ayudaré a usted con muchísimo gusto. No; no mencionaremos nombre alguno. Me figuro quién es usted por lo que dice. Ahora, contésteme a lo siguiente: ¿puede suministrar información alguna acerca del Cráter Fantasma?... ¿Qué sí? ¡Excelente! ¡Voy ahora mismo!

Colgó el auricular y por poco se puso a bailar de excitación.

—¿Quién demonios era ese? —inquirió Ropes.

—¡Nancy Law! —gritó Braski—. No me dijo su nombre; pero sé que era ella.

Ropes frunció el entrecejo.

—No le dijo su...

—Debe haber llamado desde un teléfono público y no quería decir demasiado —repuso Braski—. Ella no era más que una mecanógrafa, ¿sabe? Probablemente vivía en una pensión o casa en que alquilaran habitaciones y no tendrá teléfono.

—Es raro que le llamara a usted.

—No lo crea. Sabe que el capitán Wapp y yo somos enemigos y le consta que Wapp no es amigo suyo. Seguramente quiere aliarse conmigo.

—Mala suerte tiene —sonrió Ropes.

—¿Verdad que sí? —rió Braski—. Ella sabe dónde está el Cráter Fantasma.

Salieron del despacho apresuradamente.

Las señas que la joven había dado por teléfono resultaron las de un barrio barato del Este.

Braski y Ropes entraron, examinando la lista de nombres al lado de los timbres eléctricos.

NANCY LAW

—¿No se lo dije? —rió Braski, oprimiendo el botón que había al lado del nombre.

Se abría una puerta del tercer piso.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Oliverio Orman Braski —contestó el compañero de Ropes.

—¿Tiene usted la bondad de subir? —le invitó la joven—. La primera puerta de la derecha.

Los dos hombres subieron la escalera. Una lámpara con pantalla rosada iluminaba el cuarto detrás de una joven que tenía la puerta abierta. Sólo vieron su silueta.

—Pasen —les invitó—. Han hecho ustedes bastante ruido en la escalera.

Cerró la puerta tras ellos, luego se volvió para encender una luz más potente.

Al sonar el chasquido de un interruptor, se inundó el cuarto de una intensa luz blanca.

Braski y Ropes se sobresaltaron violentamente.

—Les aconsejo que tengan ustedes mucho cuidado —dijo la muchacha.

No era Nancy Law. Tenía en la mano una pistola ametralladora.

Braski y Ropes miraron hacia la puerta. La joven no sólo había echado la cerradura sino que se había guardado la llave. La miraron.

Era alta y exquisitamente hermosa. Tenía una cabellera abundante, de cierto color bronceado sorprendente. Estaba demasiado serena para que los dos hombres se sintieran del todo tranquilos.

Se abrió la puerta de un cuartito. Salió Doc Savage. Monk, Ham y Johnny salieron de una cocina.

—Bien trabajado, Pat —le dijo Doc a la joven.

Braski rugió:

—¡Me ha engañado! ¡Me dijo que era Nancy Law!

—No es cierto —respondió Pat, con sequedad—. Tal vez le haya inducido a creerlo; pero no le dije ni una sola vez que fuera yo Nancy Law. Aunque, después de todo eso carece de importancia.

Ropes estaba mirando a Ham y a Johnny con el entrecejo fruncido. Parecía ponerse algo enfermo.

—¡Ustedes dos eran los chóferes de esos taxis! —exclamó, con voz ahogada.

—Fueron ustedes muy amables con tomar los primeros taxis que se les presentaron ¿verdad? —inquirió Ham, con sequedad—. Fue la mar de conveniente para nosotros.

Doc Savage dirigió la palabra a la joven:

—Tu trabajo está terminado, Pat.

Pat frunció el entrecejo.

—¡Escucha! ¡Me metiste en esto y me quedo! Tengo sed de jaleo.

—Te pedí que nos ayudaras tan sólo porque no sé imitar bien la voz de una mujer. Prometiste solemnemente largarte en cuanto hubieras hecho esto. No pienso devolverte tu palabra.

Pat pareció desilusionada.

—¡Cuánto me encanta esto! —exclamó con sarcasmo.

Y salió del cuarto, taconeando.

Era Patricia Savage, prima de Doc, y dueña del más lujoso y suntuoso instituto de belleza y de gimnasia para mujeres de la metrópoli.

Le gustaban las emociones y las aventuras tanto como al hombre de bronce.

Le había ayudado en más de una ocasión.

Ropes murmuró inquieto:

—¿Por qué no deja que se quede la señora?

Monk frunció el entrecejo y se acercó.

—¡Conque ha adivinado lo que les espera —exclamó—. Cree usted que les trataríamos un poco mejor si hubiera una mujer delante, ¿eh?

Ropes no carecía de valor. Movió ambos manos simultáneamente. Una se dirigió a su porra de cable y la otra buscó la pistola con que matara al tercer oficial del *Harpoon.*

Empezaron a ocurrir cosas con inquietante brusquedad. Monk descargó un directo con el puño izquierdo, dándole a Ropes entre las cejas y cegándole de dolor.

Un instante después, el puño derecho de Monk le dio en el estómago.

Apenas tocó el suelo, se vio despojado de ambas armas. Monk se puso de pie en su pecho y empezó a saltar.

—¡Me… está.. aplastando! —gimió Ropes.

Doc Savage se adelantó y le quitó a Braski un revólver pequeño. El hombre no opuso resistencia alguna ni habló.

Monk, de pie aun sobre su víctima, seguía saltando. Las costillas de Ropes emitían ominosos crujidos.

—Producirás la fractura de su caja torácica —observó Johnny.

—Produciré algo más que eso —gruñó Monk. Luego le rugió al hombre que tenía bajo los pies:— ¿Qué es ese Cráter Fantasma? Usted sabe eso, aunque no sepa dónde está.

Ropes hizo ruidos raros con la boca. Monk se le quitó de encima para que pudiera hablar. Pero el hombre se limitó a proferir improperios.

El químico volvió a subírsele encima.

—¡Díganos qué se oculta detrás de todo esto! —ordenó con ferocidad.

Doc permaneció en segundo término, observando. Sabía que Monk sólo estaba fingiendo cólera y haciendo creer que iba a hacer muchas cosas que no se le hubiera ocurrido hacer.

Ropes, el asesino, no merecía que se le tratara con guantes y, si podía asustársele hasta el punto de hacerle hablar, ello simplificaría mucho las cosas. Además, Monk se divertía con aquello.

Y si no había manera de asustarle a Ropes para que hablara, quedaban otros recursos, por ejemplo, una especie de suero, parecido al empleado con frecuencia por la policía para obligar a un hombre a decir la verdad.

Era el suero en cuestión más perfecto que el empleado oficialmente. Lo había perfeccionado Doc y funcionaba a veces, aun cuando, en algunas ocasiones, sólo producía una mezcolanza de declaraciones de las que era preciso escoger la verdad más que nada por intuición.

El cuarto tenía teléfono. Sonó. Doc descolgó el auricular.

La voz de Pat, rápida, excitada, dijo:

—Cuando salí, vi fuera a unos hombres que me inspiraron sospechas. Creo…

—¡Aguarda! —le interrumpió Doc.

Escuchó. Oyó ruidos al otro lado de la puerta.

—Avisas demasiado tarde —le dijo a Pat—. Pero gracias.

La cerradura saltó de la puerta a impulsos de una bala disparada desde el pasillo.

Fue tal la sorpresa de Monk, que cayó al suelo. Ropes intentó ponerse en pie. El químico, sentado en el suelo, le largó tan formidable puñetazo que le dejó sin sentido.

Oliverio Orman Braski saltó a un rincón y se puso a gatas donde hubiera menos probabilidades de que le alcanzara alguna bala perdida.

Estaba asustado y desconcertado; pero no había perdido la serenidad.

La puerta se abrió. No entraron hombres; pero sí el cañón de una escopeta.

Disparó. Le siguieron dos revólveres.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó el huesudo Johnny.

Sacó una pistola super ametralladora de la funda que llevaba debajo del brazo y apuntó a la puerta. Su ruido ensordeció momentáneamente a cuantos lo escucharon.

De pronto entró por la puerta un pequeño objeto y, al tocar el suelo en el centro del cuarto, estalló sin mucho ruido. Era una bomba de gas lacrimógeno. Doc retrocedió al sentir el primer escozor en los ojos.

—¡A la escalera de escape! —ordenó—. ¡No tenemos máscaras!

La ventana estaba atascada. Doc rompió el cristal con una silla.

Simultáneamente Ham apagó las luces. Salieron a la escalera de escape.

En el patio de abajo se vio un fogonazo y una bala levantó polvo de los ladrillos cerca de ellos.

—Quienquiera que sea, tiene vigilada la parte de atrás —gruñó Monk—. ¡Johnny! ¡Tu pistola!

Johnny empezó a disparar. Al parecer, no dio a nadie, porque no veía contra quién tirar en la obscuridad; pero debió de asustar al pistolero y obligarle a retirarse. No se hallaba en el patio cuando bajaron.

Empezaron a sonar disparos en el cuarto. Fue echado fuera un manojo de periódicos encendidos, haciendo una iluminación

peligrosa hasta que la lluvia los apagó.

Doc y sus tres ayudantes se refugiaron en el hueco de una puerta. Ésta estaba cerrada con llave y era muy fuerte.

Resistió a sus esfuerzos durante más de un minuto, tiempo que necesitó Johnny para encontrar balas explosivas que colocar en su pistola en lugar de balas de misericordia. Éstas forzaron el paso.

Su paso por la casa aquella resultó emocionante y precipitado por la intervención del iracundo habitante de la misma, que rompió a disparar con lo que sonaba como un revólver antiguo de seis tiros.

Al llegar a la calle, se encontraron en el lado opuesto de la manzana en que se hallaba la casa de Nancy Law. Doblaron la esquina y echaron a correr.

Vieron la puerta de dicha casa a tiempo para observar que dos automóviles grandes corrían en dirección opuesta.

El sedan de Doc se hallaba en un garaje un par de manzanas más allá. Los coches aquellos desaparecieron antes de que tuvieran tiempo de llegar a él.

—¡Valiente mala pata! —exclamó Monk, con disgusto.

Un momento después, llegó Patricia Savage que, evidentemente, andaba buscándolos.

—¡Cómo nos divertimos! —exclamó alegremente la muchacha —. Supongo que a estas horas ya estaréis enterados de lo que se trata.

—Pues te equivocas —gruñó Monk—. Ni siquiera sabemos quiénes son los que nos han atacado en la casa.

—Se escaparon mientras intentaba yo encontrar un taxi para seguirles —dijo Pat—. Había hombres en los coches, cuando aguardaban, conque no pude esconderme en ellos. Pero los reconocí por lo que me habíais contado antes.

—¿Es un secreto? —preguntó Monk.

—Los atacantes eran el capitán Wapp y seis hombres.

En el mismo momento, aproximadamente en que Pat pronunciaba dichas palabras, Oliverio Orman Braski empezaba a darse cuenta también de quiénes eran los que le habían capturado. Se estaba rehaciendo de los efectos del gas lo suficiente para ver. No había estado del todo seguro antes. Los que le capturaran habían hablado muy poco.

Braski miró al capitán Wapp y luego cerró los lacrimosos ojos,

como si hubiera visto un sapo con cuernos.

—Saludos —dijo el capitán Wapp, agriamente—. Debiera cogerle por el cuello y estrangularle.

Braski se humedeció los labios y no dijo nada. Tenía el rostro cubierto de lágrimas que le había hecho derramar el gas. Hasta su negra perilla parecía una esponja.

Tumbado en el suelo del coche, Ropes se agitó y gimió, empezando a rehacerse del golpe que le propinara Monk.

El gemido de Ropes hizo que Braski se estremeciera.

El capitán dirigió una mirada torva a Ropes y otra a Braski.

—Estaban ustedes dos juntos —gruñó—. ¿Por qué?

Braski sintió frío. Wapp tenía fama de ser hombre corto de genio y muy violento. Si el enterarse de que su hombre de confianza trabajaba con Braski no le hacía estallar nada lo conseguiría.

Braski guardó silencio.

Ropes volvió a gemir. Luego, durante un buen rato, guardó silencio.

Pero en realidad estaba haciendo lo que muy pocos hombres hubieran tenido la serenidad de hacer: fingir que seguía sin conocimiento hasta enterarse de cómo estaba la cosa. Lo logró. Luego se puso a pensar.

Por último, emitió un gemido mayor que los anteriores, hizo un esfuerzo exagerado y logró incorporarse. Fingió ver a Braski nada más.

—¡Maldita sea su estampa! —aulló—. ¿Dónde me lleva usted ahora?

Luego miró a su alrededor y pareció sorprenderse enormemente al ver al capitán Wapp.

—¡Rayos! —exclamó, fingiendo un alivio enorme—. ¡Conque me ha salvado!

—¿Qué significa todo esto? —gruñó el capitán.

—Pues que este sinvergüenza me hizo prisionero, capitán —respondió Ropes—. Me capturó a mí y capturó al tercer oficial. Intentamos escaparnos y el tercer oficial murió en al pelea y yo me quedé sin sentido. No he vuelto a recobrarlo hasta este momento.

Braski masculló algo con ira simulada. Esto fue para ocultar su alivio. En su fuero interno, se felicitó por haberse conseguido la ayuda de un individuo tan listo como Ropes.

—¡Conque Braski le cogió! —exclamó Wapp, completamente engañado—. Ha estado intentando averiguar dónde está el Cráter Fantasma, ¿verdad?

—Eso es —asintió Ropes.

El capitán dirigió una mirada torva al hombre de la perilla.

—¿Quiénes eran los otros hombres que había en la casa? —preguntó.

—Doc Savage —dijo Braski.

Wapp cerró los ojos e hizo una mueca como si hubiera probado algo amargo.

—No estoy seguro de que ese hombre sea capaz de trabajar con hombres como usted —dijo.

—No estaba trabajando conmigo. Doc atacó mi despacho y me hizo prisionero cuando me preparaba para interrogar a Ropes en cuanto recobrase el conocimiento. Se presentó usted justamente a tiempo para salvarme. Le estoy agradecido por ello.

—Que le aproveche —contestó Wapp.

Los coches siguieron avanzando por la lluvia y la obscuridad.

Fue el ágil cerebro de Ropes el que concibió la siguiente idea.

—Escuche —dijo, de pronto—; el Cráter Fantasma es lo bastante rico para todos, ¿no?

—Braski no es de confianza.

Ropes hizo como si no hubiera oído, y prosiguió:

—Mientras ese Doc Savage ande metido por medio, ninguno de nosotros va a sacar nada en limpio, como no andemos con cuidado.

—Eso es verdad —murmuró Braski.

Había comprendido lo que pensaba proponer Ropes.

Éste aguardó unos instantes antes de exponer su idea.

—Olvidemos todo lo pasado —dijo lentamente—. Unámonos. Tal vez podamos convenir un reparto distinto. Nos hará falta toda la gente y toda nuestra inteligencia para deshacernos de Doc Savage.

Al capitán Wapp no le hacía demasiada gracia la idea.

Pero Ropes sabía hablar. Hizo resaltar que a Doc Savage se le consideraba en el mundo entero como la Némesis de todo malhechor, como una especie de superhombre que jamás fracasaba.

El propósito de Ropes era asustar al capitán. Y logró preocuparle, en efecto.

Luego consiguió convencerle.

—Bien —asintió el capitán, por fin—; pero vigilaré a Braski. Al menor acto sospechoso que sorprenda en él, le liquido de una vez.

—Jugaré limpio de aquí en adelante —prometió Braski, con fervor.

Pero más tarde logró hablar a solas con Ropes y preguntó:

—El antiguo acuerdo entre nosotros sigue en pie, ¿eh? Acabaremos con Doc Savage. Luego averiguaremos dónde está el Cráter Fantasma y nos quitamos el capitán Wapp del paso.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Magnífico. Le daré a usted algo más de la tercera parte del producto: le daré la mitad.

Ropes, cuando se halló solo, comentó para sí aquel arranque de generosidad.

—¡La mitad! —gruñó—. ¡Con un cerebro como el mío!

—¿Qué dice? —inquirió Wapp, que había visto que movía los labios.

—Intentaba idear algún medio para deshacernos de Doc Savage —mintió Ropes.

—Muy bien —dijo Wapp—. Espero que se le ocurra un plan bueno. Luego, dígamelo a mí.

Ropes afirmó con la cabeza y siguió hablando para sí; pero sin mover los labios ya.

—La mitad! —se dijo, burlón—. ¡Si el inteligente soy yo…! Me quedaré con todo… en cuanto hayamos liquidado a Doc Savage. ¿Dónde demonios estará ese hombre de bronce ahora?

CAPÍTULO VI

EL ENIGMÁTICO MANCO

DOC Savage estaba diciendo:

—Iremos a casa, nos pondremos ropa seca e idearemos un plan de campaña.

—Y recogeré mi cerdo *Habeas* —agregó Monk.

—¡Uf! —exclamó Ham, con asco, como siempre que se hablaba del puerco aquel.

—¿Por qué no avisamos a Long Tom? —inquirió el químico.

Doc no replicó.

Long Tom era el comandante Tomas J. Roberts, verdadero mago de la electricidad y ayudante de Doc también. Long Tom no había comparecido aún, porque aquella noche había estado dando una conferencia ante una comisión de senadores en Washington.

La comisión estaba interesada en el exterminio de insectos perjudiciales para las cosechas y Long Tom creía haber perfeccionado un dispositivo —que utilizaba ondas cortas eléctricas — que mataría a los insectos sin dañar a ningún otro organismo vivo.

—Long Tom debiera regresar a Nueva York por ahora —continuó Monk.

Doc siguió sin hablar y Monk, después de aguardar algún comentario, con paciencia, acabó por suspirar, diciendo:

—Bueno, pues, Renny no va a tomar parte en esto. Le sabrá bastante mal.

Renny era el coronel Juan Renwick, famoso ingeniero, ocupado por entonces en un proyecto de ferrocarril en una remota provincia asiática.

Era el quinto miembro del grupo de Doc.

Doc Savage paró el sedan y miro a Pat. La muchacha se asomó a la ventanilla. Luego miró a Doc, con gesto de rebelión.

—¿Vas a deshacerte de mí después de todo? —exclamó.

Había descubierto que se hallaban delante del instituto de belleza propiedad suya. Frunció el entrecejo, como si la fachada moderna del edificio fuera la última cosa del mundo que hubiese deseado ver.

Hubo discusión. Siempre había discusión cuando alguien intentaba alejar a Pat de donde pudiera experimentar emociones. Pero su lucha verbal con Doc acabó como acababa siempre: perdió y la descargaron.

Doc Savage no se dirigió en línea recta a sus oficinas, sino que marchó a las lujosas habitaciones de soltero que Ham sostenía en un club.

Ham quería escoger ropa del sorprendente número de trajes que tenía. Luego se dirigieron al edificio en que Doc tenía su cuartel general.

Mucha gente sabía que Doc Savage tenía habitaciones en el piso ochenta y seis del rascacielos más soberbio de la ciudad.

No muchos sabían, sin embargo, que el piso aquel tenía un laboratorio que, como completo y moderno, no tenía más que un rival: el que el propio Doc tenía en algún rincón remoto del mundo que él llamaba su “Fortaleza de Soledad”, cuya situación exacta nadie más que él conocía, ni siquiera sus cinco ayudantes.

A esta “Fortaleza de Soledad” se retiraba Doc Savage alguna que otra vez para hacer estudios y experimentos y, en tales ocasiones, ni sus propios ayudantes sabían dónde se encontraba ni cómo alcanzarle.

En cuanto al rascacielos de Nueva York se refería, contenía también una biblioteca de libros científicos tan al día como era posible tenerla.

La puerta exterior llevaba simplemente, en letras pequeñas, de bronce, el siguiente nombre:

CLARK SAVAGE, Hijo

La puerta carecía de ojos de cerradura, pomo, o cosa alguna que hiciera suponer la presencia de un cierre.

La mantenía cerrada un dispositivo que sólo funcionaba mediante un objeto radioactivo. Estos objetos los llevaban Doc, sus

ayudantes y Pat Savage; pero nadie más.

No tenían más que acercarse a la puerta y los objetos reaccionaban sobre un dispositivo similar a un electroscopio corriente, abriéndose automáticamente la puerta.

Se abrió la puerta y entró Doc. Se detuvo y frunció el entrecejo al ver quién ocupaba la sala.

—Si acabamos de deshacernos de ti —dijo, con sequedad.

Pat Savage le hizo una mueca.

—Ahora estoy metida en este asunto.

—Te equivocas —le contestó Doc—. Todo eso lo hemos discutido ya.

—Estáis desorientados —repuso Pat—. Tenéis la menor idea de lo que se trata. No tenéis ninguna pista que seguir. Ni siquiera sabéis dónde está el Cráter Fantasma. Estáis completamente desorientados, hundidos...

—Volveremos a orientarnos y a flotar dentro de muy poco —aseguró Doc.

—Yo tengo un salvavidas —dijo Pat.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—¿Entro yo en este asunto, o no? —exigió la joven.

—No serías capaz de ocultarnos ninguna pista que tuvieses.

—¿Qué no? —rió Pat, con sarcasmo—. Por menos de nada, cogería mi salvavidas, me tiraría de cabeza al asunto y procuraría resolverlo yo solita. Suena interesante, con barcos balleneros, mancos misteriosos que no son mancos. Cráteres Fantasmas y algo que vale mucho dinero y no sé cuántas cosas más.

Doc no hizo comentario alguno. Conocía a Pat. Era posible que no estuviese intentando un “bluff”. Era muy capaz de empezar una campaña por su cuenta.

El hombre de bronce exhaló un prolongado suspiro. Al fin de cuentas, Pat resultaba bastante útil en caso de necesidad.

—Entras en este asunto con nosotros —accedió—. Pero no olvidaré esta coacción.

—¡Magnífico! —Pat abrió la puerta de la biblioteca—. Permitidme que os presente mi salvavidas.

Nancy Law salió de la biblioteca.

—Se presentó en mi instituto de belleza —explicó Pat—. Estaba buscándote.

Monk, que había escuchado toda la conversación, dirigió una sonrisa a Pat y dijo: —Eso es lo que yo llamo perfidia femenina.

Nancy Law, por su parte, miraba a Monk y a Ham como si hubiesen sido fantasmas. La sorpresa nada restaba de su belleza. El colorido meloso de su cutis y de su cabellera resultaba más llamativo que nunca.

—¡Ustedes dos eran ayudantes de Doc Savage! —exclamó—. En el ballenero, creí que trabajaban ustedes por cuenta de Braski.

Monk señaló con desprecio a Ham.

—Fue un embuste que es le ocurrió a este picapleitos. No tiene sentido común. El tener que mantener a su mujer y sus trece hijos le ha dejado medio idiota.

—¡Es mentira! —exclamó Ham indignado—. Todo lo que ha dicho es mentira.

No era la primera vez que Monk le había dicho a una joven bonita que Ham tenía mujer y trece hijos. Lo hacía con frecuencia. El hecho de que fuera mentira, pues Ham no se había casado jamás, parecía tenerle a Monk completamente sin cuidado.

—¡Error de la Naturaleza! —le dijo Ham, entre dientes.

Doc Savage interrumpió la riña que tal vez se hubiera prolongado horas.

—¿Cuánto sabe usted, exactamente, de este misterio? —le preguntó a Nancy Law—. En primer lugar, ¿quién es Hezemiah Law?

—El único pariente que tengo vivo —contestó la joven—. Es mi tío.

—¿Por qué razón me busca usted?

—He oído hablar de usted. Ayuda a la gente que se halla en trance apurado. Yo parezco hallarme en ese caso.

Los demás se agruparon a su alrededor, curiosos por saber lo que Nancy Law tenía que revelar. Pat, sin embargo, permaneció en segundo término, sonriendo con verdadero regocijo.

Doc preguntó a Nancy:

—¿Dónde está el Cráter Fantasma?

—No lo sé.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿Qué es el misterioso producto del que Braski, el capitán

Wapp y otras personas quieren apoderarse?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que sabe usted, pues?

—Casi nada. Soy… taquimecanógrafa. Con toda seguridad me darán por despedida ya. Hace una semana, el capitán Wapp vino a mi casa, me apuntó con una pistola y me obligó meter la cara en una toalla empapada de algo que me dejó dormida. Me desperté en el barco ballenero. He estado allí desde entonces.

—¿No tiene usted la menor idea de por qué la hicieron prisionera?

—Sí; para impedir que ese Braski se pusiera en contacto conmigo.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto usted a su tío Hezemiah Law?

—Meses.

—¿Cuál era su profesión?

—Ictiólogo.

Monk miró a Johnny.

—Haz palabras pequeñitas de esa solicitó.

—Estudiaba a los peces —contestó Johnny.

—Era experto en esa cuestión —aseguró Nancy. Luego movió dubitativa la cabeza—. Debe de haber ganado dinero con eso; pero no veo claro cómo.

Doc preguntó:

—¿Por qué dice usted eso?

—La última vez que tío Hezemiah vino a verme, hace cosa de unos siete meses, llevaba un coche extranjero tan largo que apenas podía doblar las esquinas. Además, tenía chofer y lacayo que le abriera la portezuela. Ambos tenían más de dos metros de estatura, con cara de indio y uniforme de almirante. Me dio cinco mil dólares. Dijo los indios eran naturales de la Patagonia.

Vaciló, miró a Doc Savage, y respiró profundamente.

—Creí que estaba loco —prosiguió—. Metí el dinero en el Banco. Temo que le haya ocurrido algo a tío Hezemiah o que está a punto de ocurrirle algo. Le daré a usted parte o la totalidad de esos cinco mil dólares si se encarga de investigar el asunto.

Doc Savage movió lentamente la cabeza.

Nancy Law soltó una exclamación.

—¿Quiere usted decir con eso que no está dispuesto a ayudar…?

—Doc nunca acepta dinero por sus servicios —interpuso Monk —. Eso es lo que quiere decir.

Nancy miró al gigantesco hombre de bronce.

—Es usted un hombre extraño.

—Aun no ha empezado usted a descubrir todo lo que tiene de extraño —le dijo Pat, con sequedad.

De pronto, una especie de zumbido pareció llenar el cuarto.

Cuando empezó a sonar el ruido aquél, Nancy Law experimentó un violento sobresalto. Era un zumbido capaz de ponerle a cualquiera los nervios de punta.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una alarma que indica que alguien anda rodando por los alrededores —contestó Monk.

Doc Savage se dirigió a una parte aparentemente sólida de la pared cubierta de entrepaños, hizo algo con lo que parecía un nudo de madera, y se abrió una especie de armario grande.

Allí se encontraba el zumbador de alta frecuencia que estaba metiendo todo aquel ruido, así como numerosos indicadores. Uno de ellos estaba caído.

Llevaba el letrero:

Hueco de la Escalera de Escape

Doc y todos sus ayudantes se dirigieron juntos a la puerta.

—¡Cuida de Nancy Law! —le ordenó Doc a Pat.

—¡Bah! —exclamó Pat, con disgusto.

Y volvió atrás.

El rascacielos, como todos los edificios de ese género, no tenía escalera de escape exterior para caso de incendio; pero la suplía por un pozo cerrado, a prueba de incendio, y con escalones.

Doc Savage iba muy adelantado a los otros cuando llegaron a dicho pozo.

Una vez dentro, miró a su alrededor, utilizando su lámpara de bolsillo. El lugar estaba blanco, inmaculado.

La única cosa fuera de lo corriente que iluminó su lámpara, fue un par de cables retorcidos de cobre aislado. Estos conducían desde arriba hasta abajo.

Monk corrió escalera arriba. Regresó un instante después. Corría con una facilidad pasmosa para hombre de tan desagradable

aspecto.

—Los hilos conducen a un micrófono bastante pequeño que alguien colocó en el alféizar de la ventana de nuestra sala —dijo.

Bajaron corriendo la escalera, buscando el lugar de donde iban a morir los alambres.

—El hombre, quienquiera que fuera, debe haber subido a repasar contactos —rugió Monk—. Eso es lo que hizo funcionar la alarma.

No podía decirse que el cable aquél estuviese instalado: no estaba más que depositado en la escalera y sujetado aquí y allá con un poco de cinta aisladora. Salía del pozo aquél y entraba por la puerta de un cuartito que contenía aparatos eléctricos de limpieza.

Nadie había allí dentro.

Monk contempló el moderno amplificador y el casco que el espía, en su prisa por marcharse, había dejado abandonados.

El pájaro ése nos oyó cuando sonó la alarma —dijo Monk, con disgusto—. Huyó.

El hallazgo había tenido lugar en unos segundos. Doc Savage apenas pareció interrumpir su rápido movimiento. Siguió adelante y subió la escalera.

Cuando había sido alzado aquel modernísimo rascacielos no muchos años antes, Doc Savage había desempeñado no poco importante papel en la preparación de los planos, de los que Renny se había encargado.

Se habían introducido varias comodidades para uso especial del hombre de bronce, entre ellas un ascensor particular que funcionaba a una velocidad que los inspectores de obras hubieran considerado suicida.

Doc y sus ayudantes entraron en el ascensor. Tan bruscamente cayó al ser apretado el botón, que parecieron pisar aire y caer a plomo unos sesenta pisos, después de los cuales el efecto freno hizo que dos de los hombres —Ham y Johnny— cayeran hasta tener que apoyar las manos en el suelo.

La puerta del ascensor en el vestíbulo parecía una pared lisa, para impedir que lo usaran extraños.

Aun trabajaban los empleados del edificio a aquella hora, puesto que había un club nocturno en uno de los pisos superiores.

—¿Acaba de bajar alguien precipitadamente? —inquirió Doc.

—Por allí —dijo el empleado, señalando.

El hombre de bronce salió corriendo. Vio al fugitivo a la derecha.

No había equivocación posible. El hombre se hallaba casi metido en un coche. Era delgado y tenía el rostro curtido por aire y sol.

Llevaba gafas de color y tenía alzado el cuello impermeable, haciendo casi imposible ver sus facciones. Pero una característica se veía bien clara: el hombre no parecía tener más que un brazo.

Un taxi pasaba por la calle en dirección opuesta a aquella en que iba a dirigirse el manco. Doc corrió hacia él.

El manco subió del todo a su automóvil. El motor estaba en marcha ya, a juzgar por la brusquedad con que arrancó. El coche dobló la esquina sobre dos ruedas y desapareció.

Si los esfuerzos del manco por escapar se vieron coronados por el éxito, no puede decirse otro tanto de los de Doc para alquilar el taxi. El chofer debía ser muy desconfiado en verdad.

Vio a Doc correr por la calle, seguido de Monk, Ham y Johnny. Tal vez el simiesco aspecto de Monk le asustó.

El hombre echó el freno, paró el motor, y salió disparado por la portezuela.

Aterrizó corriendo.

—¡Eh, amigo! —rugió Monk.

Si ello era posible, el conductor apretó el paso.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó el químico—. Bueno, pues usaremos su cacharro.

Subieron al coche. Doc alargó la mano hacia el interruptor. Se detuvo.

—El conductor se llevó la llave —dijo.

—¡Haremos una conexión directa!

Doc saltó del coche.

—Tardaríamos demasiado. Esa clase de interruptor cierra la transmisión también.

Pasaron dos minutos completos buscando en vano otro coche. Luego Doc volvió al rascacielos.

—Es inútil —observó—. Ese tipo se ha largado.

Una vez de nuevo en la sala, el hombre de bronce le hizo una pregunta a Nancy Law.

—¿Sabe usted algo de un manco misterioso que tiene, en

realidad, dos brazos?

—¿Eh? —exclamó la muchacha, intrigada—. No entiendo.

—Lleva un brazo sujeto al costado, probablemente con el fin de disfrazarse.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—Nunca le he visto. Nunca he oído hablar de él.

Monk dijo:

—Me parece que el único recurso que nos queda es merodear por los alrededores del *Harpoon* otra vez.

CAPÍTULO VII

EL CABLE A LA PATAGONIA

LO propuesto por Monk era una cosa tan natural, que hasta el capitán Wapp había pensado en semejante posibilidad. Éste estaba tomando sus precauciones.

Wapp estaba sentado en el camarote jugando con su navaja — pistola y, de vez en cuando, daba un tirón a su cinturón de cuerda. Parecía muy atento.

Fueron entrando hombres, uno por uno, en el camarote. De vez en cuando el capitán o Braski bajaban al muelle para telefonear.

Aquellas llamadas eran, hasta cierto punto, para comprobar las credenciales de los que se iban presentando.

Los hombres que pasaban por el camarote de capitán Wapp tenían el semblante y los modales duros. Algunos de ellos eran marineros.

Otros no conocían la diferencia entre un imbécil y la bitácora. Eran duros y no tenían escrúpulos.

Oliverio Orman Braski y el capitán Wapp poseían relaciones en los bajos fondos y estaba reclutando gente nueva.

A cada aspirante, el capitán le hacía la misma observación:

—Vamos a luchar con Doc Savage.

De cada tres aspirantes, dos se largaban apresuradamente del barco al oír la noticia.

—Savage tiene una fama muy grande —observó Wapp con sequedad.

—Nada de extraño tiene que esos hombres quieran ir sobre seguro —murmuró Braski—. Sólo se les paga cincuenta dólares diarios.

No todos los reclutas daban muestras de temer al hombre de

bronce. Cierto individuo que dijo llamarse Sass a secas era un ejemplo típico de esta clase.

Le preguntaron el nombre completo.

—Sass —gruñó—. Quiere usted un nombre por el que llamarme. Bueno, pues que sea Sass. Al demonio con el resto. He oído decir que pagaba cincuentas pavos al día por pistola.

—¿Quién le ha dicho eso? —inquirió el capitán Wapp.

Sass dio los nombres y números de teléfono de dos hombres que figuraban en la última lista de enemigos públicos y Braski salió a comprobar las referencias por teléfono.

—¿Ha matado usted alguna vez a un hombre? —inquirió el capitán Wapp.

—Valiente pregunta —contestó Sass—. Estoy aquí, ¿no? ¿Me admite, o no?

Su aspecto no era nada tranquilizador. No tenía la altura de un hombre corriente, ni parecía tener el desarrollo muscular de un inválido siquiera.

Su piel era amarillenta y le faltaba pelo en dos o tres partes de la cabeza, como si tuviese alopecia. Dos dientes de oro increíblemente grandes no hacían más agradable su sonrisa.

El capitán Wapp contempló su delgado cuerpo, con duda.

—No creo que pudiera usted aguantar —dijo—. Necesitamos hombres.

—¿Sí?

Sass se movió bruscamente y, antes de que el capitán Wapp se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, se vio arrancado de su silla, desarmado y tirado al suelo de su camarote.

Sintió un dolor intenso al pellizcarle Sass varios músculos y tirarle de las articulaciones. Wapp se encontró completamente impotente.

Luego Sass se apartó y preguntó:

—¿Qué le parece a usted ahora?

El capitán se puso lentamente en pie, y dijo:

—No estuvo del todo mal.

Luego alargó un puño, que pilló a Sass entre ceja y ceja. Sass cayó al suelo, aturdido.

—¿Qué le parece ahora? —inquirió, agriamente, Wapp.

Braski entró.

—Este hombre parece de confianza —dijo—. Era luchador de peso ligero hasta que mató a un hombre en una pelea y fue sentenciado a presidio.

El capitán miró a Sass.

—¿Aun quiere usted la colocación?

—Sí, señor —respondió el otro, desde el suelo.

—Salga de aquí —ordenó el capitán—. Y como vuelva a atreverse a ponerme la mano encima, le retuerzo el pescuezo.

—De acuerdo, capitán —respondió el hombre, haciendo un saludo exagerado.

Salió cantando:

Soy marino, cosa cierta.
Yo fregaré la cubierta;
Yo al mástil me subiré;
Pero, ¿cuál es la cubierta
Y el mástil, que no lo sé?

—Probablemente resultará un buen hombre —dijo el capitán.

Llamaron al aspirante siguiente.

El capitán Wapp y Oliverio Orman Braski no eran los únicos que se preparaban para la lucha.

Monk, en las habitaciones de Doc Savage, preparaba el laboratorio portátil, cosa única en su género, que contenía los ingredientes necesarios para que el químico preparara una sorprendente variedad de sorpresas.

De vez en cuando dedicaba su atención a la linda Nancy Law. Le gustaban las muchachas bonitas. Había perfeccionado, por añadidura, una técnica.

Ésta se basaba en su mascota *Habeas Corpus.*

Al igual que Monk, el cerdo aquél era tan feo como le es dado a serlo un cerdo. Tenía patas larguísimas y orejas de un tamaño fantástico. Comparada a estas partes, el resto de su anatomía pasaba casi inadvertida.

Tenía un cerebro notable y Monk se había encargado de amaestrarle. Sabía hacer innumerables cosas, entre ellas varias para llamar la atención a las muchachas jóvenes y bonitas.

Habeas se acercaba a una joven, se detenía, se sentaba, alargaba las enormes orejas y parecía intrigado.

—Caramba —decía—. Ojalá me dejaran los Reyes Magos algo

como usted en los zapatos.

No era *Habeas Corpus* el que hablaba, naturalmente; pero lo parecía, porque Monk era un hábil ventrílocuo.

Esto bastaba generalmente para que Monk pudiera entrar en conversación, con gran disgusto de Ham, invariablemente, que era bien parecido, vestía muy bien, y tenía tendencias amorosas.

Monk y *Habeas* acababan de hacer su comedia de costumbre y estaban haciendo grandes progresos con Nancy Law. Ham intentó interrumpir.

—Usted perdone —le dijo a Monk, con ironía—; ¿podría decir dónde ha ido Doc?

—Se ha ido de aquí, y tal vez de allá —contestó Monk—. No me dijo cuál, y de eso hace bastante. ¿Puedo serle útil en alguna otra cosa, mi querido duque?

—¡Mico peludo! —exclamó Ham, entre dientes.

—¡Picapleitos! —aulló Monk.

—¡Te abriré de arriba abajo y te meteré dentro! —bramó Ham.

—¡Pruébalo! —gritó Monk—. ¡Te haré nudos en la garganta!

—¡Cielos! —exclamó Nancy, mirando a Pat con ansiedad.

—Déjeles que se coman el uno al otro —le aconsejó Pat—. Hace años que van así.

Doc Savage entró.

—¿Otra vez así? —inquirió.

Se sentó a la gran mesa llena de incrustaciones que era el mueble principal del cuarto.

—¿Has logrado algo? —inquirió Ham.

Doc se encogió de hombros.

—Es demasiado pronto para poder saberlo —hizo un gesto de dirección a Nancy Law—. Quiero que haga usted una cosa.

—Naturalmente —respondió la muchacha acercándose.

—¿Tienes usted medio de ponerse en comunicación con tu tío Hezemiah Law?

Nancy Law, después de vacilar, movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Me dijo que si alguna vez le necesitaba no tenía más que mandarle un cablegrama a Blanca Garde.

—¿Dónde está Blanca Garde? —preguntó Monk.

—En la Patagonia —respondió la joven.

Ham le dijo a Monk, con mala intención:

—La Patagonia se encuentra en el extremo Sur de Sud América.

—Ya sé dónde está —replicó Monk—. He estado allí. Pero nunca he oído nombrar a Blanca Garde.

—No es una población que valga gran cosa —interpuso Nancy Law—. La busqué en el mapa. Debe ser una especie de apeadero.

Había una estafeta al lado del rascacielos, abierta toda la noche. Bajaron todos mientras Nancy Law imponía el cablegrama que Doc Savage había dictado.

—No me dio más dirección que Blanca Garde a secas —explicó Nancy.

—Probablemente está de acuerdo con la gran estafeta de allí para que se lo entreguen —dijo Doc.

Parecía pensativo, como si acabara de ocurrírsele algo. Buen observador hubiese tenido que ser el que se lo notara. Doc rara vez exteriorizaba sus pensamientos y, cuando lo hacía, era microscópicamente.

El mensaje impuesto decía:

HEZEMIAH LAW

Blanca Garde (América del Sur):

ME ESTÁN MOLESTANDO HOMBRES LLAMADOS CAPITÁN WAPP Y OLIVEIRO ORMAN BRASKI PUNTO SEGURAMENTE CONSPIRAN CONTRA USTED PUNTO QUÉ SIGNIFICA TODO ESTO Y PUEDE AYUDARME.

NANCY

—Eso de que la “están molestando” es una forma muy suave de expresarlo —dijo Monk, con sequedad.

—¿Por qué no quería que dijese que estaba interesado en el asunto? —preguntó Nancy a Doc Savage.

—Hay algo muy misterioso en todo el asunto —dijo Doc—. Tal vez Hezemiah Law no se decidiera a decir cosa alguna que pudiera llegar a mis oídos. Supongo que no le importará, ¿verdad?

Nancy Law titubeó; luego dijo:

—De ninguna manera.

Salieron de la estafeta. La noche seguía siendo muy obscura. Había dejado de llover, pero había algo de niebla.

Tal vez la niebla explicara el que Doc no viese al hombre que los vigilaba, con ayuda de unos prismáticos, desde la ventana de un

despacho situado en la misma manzana.

De todas formas, casi hacía falta tener conocimiento previo del lugar en que se hallaba el hombre para verle. Tenía mucho cuidado de ocultarse.

Doc y sus compañeros regresaron al piso ochenta y seis. Entró en el laboratorio. Entre los muchos aparatos poco corrientes que había allí figuraba un potente trasmisor de radio.

Se sentó ante los innumerables interruptores y esferas y empezó a llamar a una de las estaciones de radio más importantes de Sud América.

—Huh! —exclamó Monk—. ¿Qué idea es esa?

—Era mejor enviar en cablegrama de la forma normal —dijo Doc—. Así nos ahorrábamos discusiones, aunque hubiera podido trasmitirlo yo personalmente. Además, no estaba seguro de sí podría conseguir información de esta manera.

—¿Qué estás intentando hacer?

—Averiguar si Hezemiah Law está en Blanca Garde. Y, si no lo está, tal vez nos ayude el saber cuanto tiempo tardará en ser entregado nuestro mensaje.

El hombre de bronce se pasó media hora completa en comunicación radiotelegráfica y telefónica con las estaciones emisoras sudamericanas.

Parte del trabajo lo hizo con auriculares, de forma que los otros no oían lo que se recibía. Todos los ayudantes de Doc eran radiotelegrafistas expertos.

Doc dejó, por fin, los auriculares.

—¿Bien? —inquirió Monk.

—Es raro —dijo Doc.

—¿Cuál?

—El método mediante el cuál la estación de Blanca Garde ha de entregar los mensajes que lleguen para Hezemiah Law.

—¿Sí?

—Los mensajes han de ser retransmitidos radiotelefónicamente a las seis, todas las mañanas, desde Blanca Garde —explicó Doc—. En otras palabras: Hezemiah Law es un personaje de misterio en Blanca Garde. Aparece allí con frecuencia, siempre en aeroplano. Nadie sabe nunca de dónde viene ni a dónde se va. El lugar en que reside puede hallarse en cualquier parte, dentro de una radio de

quinientas millas de Blanca Garde. Este es el alcance que tiene la estación emisora de la población.

—¿Sabe alguien algo del Cráter Fantasma? —preguntó Monk.

—Nadie —replicó Doc—. El Cráter Fantasma sigue siendo un enigma.

—Conque Hezemiah Law recibe sus mensajes a las seis... —murmuró el químico, dirigiéndose a la ventana y asomándose—. No falta mucho para esa hora ya. Empieza a salir el sol.

Al figura de Monk se destacaba claramente en la ventana. El hombre de los prismáticos, pertrechado en el despacho mucho más abajo, logró verle.

Frunció el entrecejo y se guardó los prismáticos.

—Más vale que empiece a hacer unas cuantas cosas —gruñó.

El despacho era oscuro y desprovisto de muebles y era evidente que había sido forzada la cerradura. La identidad del hombre no pudo distinguirse hasta que salió a la calle.

Iba disfrazado, hasta cierto punto. Llevaba un impermeable oscuro, un bigote postizo y sombrero de fieltro con el ala agachada.

El disfraz no hubiera engañado a nadie que le conociera y que le hubiese mirado dos veces. Era Ropes.

Ropes utilizó más cautela de la que tenía por costumbre para salir a la calle.

Buscó una farmacia abierta y llamó por teléfono. Se puso en contacto con el capitán Wapp.

—Entraron en el despacho de cablegramas y la muchacha impuso un mensaje —anunció Ropes.

—Consiga una copia —ordenó Wapp.

—Seguro. No tengo más que presentarme y los telegrafistas me la darán enseguida —gruñó Ropes, con sarcasmo—. ¡Ya lo creo que lo harán!

El capitán Wapp reflexionó. Luego se puso a explicar un plan. Requería la ayuda de la novia de uno de sus hombres.

Era un plan bueno y tan superior a cuantos de le habían ocurrido a Ropes, que éste terminó la conversación sintiendo mucho más respeto que nunca por el capitán Wapp.

El resultado del plan fue que el teléfono sonó en el despacho de cablegramas unos minutos más tarde. El telegrafista contestó, y oyó una voz femenina, que le decía:

—Soy Nancy Law, la joven que acaba de imponer un telegrama allí. O me olvidé de quedarme con una copia del cable o la perdí. ¿Tendría usted la bondad de conseguirme una copia?

El telegrafista no podía saber que aquella voz era la de una mujer a sueldo del capitán Wapp.

Los empleados del Telégrafo tienen por regla general mucho cuidado con enseñar copias de telegramas; Pero aquella llamada parecía genuina.

—Haré una copia —respondió el empleado—. ¿Quiere usted que la mande al despacho de Doc Savage? Observé que iba usted en su compañía cuando impuso el cablegrama.

—Haga la copia —dijo la voz femenina—. Mandaré a un hombre en su busca: un hombre con bigote e impermeable amarillo.

Unos minutos después de presentó Ropes y recogió la copia del cablegrama.

Se la llevó al capitán Wapp. Éste y Braski discutieron el asunto.

Los tres hombres se pusieron a discutir el asunto. Mejor dicho, Braski y Wapp hablaron mientras Ropes reflexionaba. Este último concibió un plan.

—Tengo una idea —dijo.

—Tal vez fuera mejor llamar a los muchachos mientras hacemos planes —sugirió Braski—. Quizá fueran las cosas mejor.

—No soy yo de esa opinión —dijo Ropes—. Aún no sabemos si esos individuos nuevos van a sernos fieles del todo. Hay uno de ellos que ha estado hablando demasiado con todos: ése que dice llamarse Sass.

El capitán se tocó los sitios por donde le había agarrado Sass. Aun le dolían.

Gruñó:

—¡Bah!

Ropes les hizo seña para que se acercaran un poco más y se puso a hablar.

—Procuraremos no perder de vista a ese Doc Savage —empezó a decir.

CAPÍTULO VIII

NOTICIAS DE LA PATAGONIA

ERA cerca del mediodía. Doc Savage había vuelto a desaparecer. Esto le preocupaba tanto a Monk, que hasta dejó de cultivar la amistad de la linda Nancy Law.

El químico se puso a pasear por el laboratorio, pasando por entre los intrincados aparatos científicos.

El cerdo *Habeas Corpus* le seguía por todas partes, sin hallarse nunca a más de quince centímetros de los talones de Monk. De vez en cuando soltaba un gruñido. Habeas se daba cuenta de cuándo estaba Monk preocupado.

—Esta es la segunda vez que Doc se ha largado sin decirle a nadie una palabra —se quejó Monk.

Ham estaba aprovechando la ocasión para hacer progresos con Nancy Law.

Alzó la vista.

—Tal vez Doc ande buscando a Long Tom —insinuó.

Monk sacudió la cabeza, dubitativo. Poco antes, había telefoneado a casa de Long Tom, un cuarto miserable que daba al laboratorio, instalado en un sótano, en que Long Tom hacía sus experimentos, ambiente bajo, si se tenía en cuenta que Long Tom era varias veces millonario.

El mago de la electricidad, valiosos miembro del grupo de Doc, no había respondido.

—Intentaré telefonearle otra vez —dijo Monk.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, Doc Savage se presentó. Al gigante de bronce no se le veía la menor señal de la violenta actividad de la noche anterior.

—¿Dónde está Long Tom? —inquirió Monk—. ¿Le has visto?

—No le he visto —respondió Doc.

Monk gimió:

—Espero que no le haya ocurrido nada. ¿Qué has estado haciendo?

En lugar de contestar a esa pregunta, Doc Savage entró en la biblioteca, buscó un hueco entre los estantes de libros y abrió un estuche de dispositivos raros. Empezó a hacer ejercicios.

El hombre de bronce hacía aquellos ejercicios una vez al día sin falta. Los había hecho desde la infancia todos los días y duraban, aproximadamente, dos horas.

El método era científico, intenso, y explicaba el anormal desarrollo de la musculatura y de los sentidos del hombre de bronce. Había aparatos, altamente científicos, calculados para desarrollar oídos, ojos, olfato y tacto.

Monk miró a Doc empezar sus ejercicios. Le había visto hacerlo infinidad de veces; pero siempre le hacía sudar.

Por su parte, Monk nunca hacía ejercicio alguno, fiando en la activa existencia que llevaba para conservarse en buenas condiciones físicas, cosa que lograba divinamente.

—¿Qué has estado haciendo, Doc? —volvió a preguntar.

—Esperándome dos cosas —le dijo Doc.

—¿Sí? —El interés de Monk pareció despertarse—. ¿De qué?

—Los del *Harpoon* nos tienen cubiertos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las líneas telefónicas tienen tomas por las que pueden escuchar todo lo que decimos por teléfono. Hay hombres vigilando todas las entradas y salidas del edificio.

—¡Maldita sea su estampa! —sonrió Monk, torvamente, rascándose la cabeza—. Menos mal que no conseguí comunicación con Long Tom y delaté así su paradero a esa gente. Pero me gustaría que ese brujo de la electricidad se presentara. ¿Qué vamos a hacer acerca de esos tipos que vigilan las puertas?

—Los dejaremos en paz durante un par de horas o así, hasta que empiecen a creer que no se les ha descubierto y que son muy inteligentes —dijo Doc—. Entonces será más fácil hacerles prisioneros.

Continuó con sus ejercicios. Estaba escuchando atentamente a un aparato que no emitía sonido alguno que Monk pudiera oír; pero

que, evidentemente, emitía alguno que el oído de Doc percibía.

Monk sabía que el aparato aquel emitía ondas de una frecuencia superior e inferior a las que el hombre normal puede escuchar. Ensayando con él durante años enteros, Doc Savage se había desarrollado asombrosamente el oído.

Sonó el teléfono. Doc Savage corrió al aparato. La voz que habló era seca y mecánica.

—Tenemos un cablegrama para Nancy Law —dijo la voz—. ¿Puede ponerse ella al aparato?

Doc Savage no dio muestra alguna de excitación al preguntar:

—¿Tiene la bondad de decirme quien llama?

—La compañía de Cables Sudamericanos —replicó la monótona voz.

Doc dejó transcurrir un instante, como si estuviera consultando con Nancy Law.

—La señorita Law mandará alguien en busca del mensaje —dijo.

—¿El mismo hombre que vino en busca de la copia del telegrama que había enviado esa señorita?

Durante un breve instante, el extraño trino peculiar de Doc, aquella nota musical inconsciente que era su reacción característica ante una tensión mental, saturó la vecindad del teléfono.

—¿Qué es eso? —inquirió—. ¿Qué otro hombre?

—La señorita Law envió a un hombre en busca de la copia del cablegrama que había impuesto anteriormente.

—Descríbale.

La voz recitó una descripción bastante aproximada a Ropes.

—Gracias —dijo Doc Savage—. Retenga el cablegrama que tiene ahora para Nancy Law. No se lo lea a nadie por teléfono. Voy ahora mismo a recogerlo.

Colgó el auricular.

—Fueron lo bastante listos para conseguir una copia del cablegrama que mandamos a Hezemiah Law —le dijo a Nancy—. Y parece haber llegado contestación. Voy a buscarla. Todos ustedes se quedarán aquí.

El semblante de Monk reflejó preocupación.

—Te aguardarán, Doc —predijo—. Dice que tienen una toma hecha al cable telefónico. Te habrán oído decir que vas a ir tú en busca del mensaje.

Doc Savage pareció no haber oído, aun cuando Monk estaba seguro de todo lo contrario.

El hombre de bronce abandonó el piso ochenta y seis por un camino singular. Entró en el laboratorio y se acercó a una especie de pecera enorme.

Ésta contenía unos cuantos peces de aspecto extremadamente voraz, varios de los cuales parecían componerse casi exclusivamente de dientes.

Había un letrero en aquel acuario.

ESTOS PECES SON DE UNA ESPECIE VENENOSA.
¡NO SE ACERQUEN!

Una de las particularidades de la pecera era que parecía construida desde el piso de cemento, que formaba parte del fondo. Cualquiera que hubiese estado buscando una salida secreta del laboratorio, no hubiera mirado aquella pecera dos veces.

Doc Savage tocó una válvula. El nivel del agua de la pecera descendió una seis pulgadas.

Doc se subió al borde y alzó la cubierta de cristal de un tubo circular de cristal de un metro de diámetro aproximadamente; que se hallaba en el centro y que, gracias a la forma en que estaba construido, resultaba casi imposible de descubrir estando lleno el depósito.

Doc se introdujo en el tubo de cristal y pasó a una especie de pozo de metal que tenía una escalera.

El agujero del suelo de la pecera estaba oculto por un método conocido de la mayoría de los prestidigitadores e ilusionistas, y que consiste en colocar con habilidad unos espejos.

El pozo daba acceso a un minúsculo ascensor, que apenas tenía cabida para más de un hombre. El ascensor descendió silenciosamente, hasta detenerse bajo tierra.

Doc se metió por un estrecho túnel. Lo siguió unos cincuenta metros.

Unos momentos más tarde, un individuo enfundado en grasiento mono y encorvado por el peso de una caja de herramientas salió de un cuarto de herramientas, en una estación de “metro” cercana.

En aspecto se diferenciaba muy poco de los obreros que se ven corrientemente en los ferrocarriles subterráneos, salvo en que era de un desarrollo física muy grande.

Hubiera sido preciso examinarle muy de cerca y muy atentamente para darse cuenta que se trataba de Doc Savage.

Siempre con la caja de herramientas a cuestas, salió a la calle, una manzana más allá del rascacielos. Se paró en la esquina, esperando un tranvía, al parecer. Sus ojos dorados miraban disimuladamente de un lado para otro.

La lluvia se había convertido en nieve y hacía frío. La lluvia del día anterior se estaba helando en el arroyo y los duros copos pegaban contra la caja de herramientas, haciendo un ruido metálico.

El hombre de bronce cambió de posición, como si estuviera impaciente, y caminó hasta la otra esquina de la manzana. Esto fue para poder observar mejor la vecindad.

No vio ni rastro de los tripulantes del *Harpoon*. No dio muestras de la menor preocupación; pero aquello no era lo que se había esperado.

Unos minutos después, Doc Savage, aun disfrazado de obrero del “metro”, entró en la estafeta y pidió el mensaje de Nancy Law.

—No hay ningún cable para ninguna señorita Law —dijo el empleado, con cierta brusquedad.

Doc, creyendo que el hombre pudiera dudar en entregar el mensaje a un hombre de su aspecto, se dio a conocer. La actitud del empleado sufrió un profundo cambio. Pero siguió diciendo lo mismo.

—No ha habido respuesta al cable de la señorita Law —insistió.

—¡Si uno de los empleados me telefoneó...! —dijo Doc.

El empleado interrogó a los oficiales de guardia, y regresó moviendo negativamente la cabeza.

—Nadie le telefoneó —dijo.

Doc Savage salió apresuradamente de la estafeta. Estaba disgustado e intrigado, aun cuando nadie lo hubiese dicho por su aspecto.

Su existencia, amenazada siempre, le había inducido a hacer uso siempre, de mucha cautela, a desconfiar de todo, a analizar todos los sucesos por si se veía en ellos rastro alguno de una conspiración.

No se dejaba engañar con mucha frecuencia; pero aquella vez le habían engañado, le habían hecho salir de sus habitaciones sin motivo aparente.

Puesto que no se veía a ninguno de los tripulantes del *Harpoon*. Doc volvió al piso ochenta y seis del rascacielos haciendo uso de los ascensores públicos.

Se acercó a la puerta que se abría mediante el disco radioactivo que el hombre de bronce llevaba. Pero esta vez la puerta no se abrió. La probó apretándola. Estaba fuertemente cerrada.

Doblando la esquina del corredor, Doc trabajó en el escondido cierre de la puerta excusada, que era completamente invisible por la sencilla razón de que, como rara vez se usaba, estaba cubierta de yeso y pintada como la pared.

Cayó una lluvia de partículas de yeso al suelo al abrirse la puerta. Doc entró.

Lo que vio no fue muy agradable. Por un lado había en el suelo del laboratorio probetas y retortas destrozadas.

Más allá, en la biblioteca, había una estantería caída y costosos tomos científicos rotos y pisoteados en el suelo y, diseminados por encima de los tomos, numerosas gotas encarnadas que aun estaban húmedas.

El líquido encarnado formaba charco en un punto, como si la víctima, quienquiera que fuese, hubiera caído allí.

En la sala reinaba el más profundo desorden. Había más encarnado por allí y las paredes estaban picadas de impactos de proyectiles.

Pasando una mirada por los impactos, sin contarlos, Doc decidió que habían sido hechos cuarenta o cincuenta disparos.

Era fácil de explicar por qué no habían sido oídos desde la calle. Aquellas habitaciones estaban tan aisladas como los adelantos de la ciencia podían hacerlas.

No se veía por parte alguno rastro de Pat, Nancy Law, Monk, Ham o Johnny. Hasta el cerdo *Habeas Corpus* había desaparecido.

Doc empezó a examinar detenidamente el lugar. Cerca de la puerta halló un sobre vacío, de cablegrama.

Esto explicaba cómo había logrado el enemigo que le abrieran la puerta: uno de ellos había hecho creer que era un ordenanza de Telégrafos.

Doc Savage hizo subir los ascensores e interrogó a los empleados de los mismos. Ninguno de ellos había transportado a la planta baja a los prisioneros ni a los otros.

Esto desconcertó momentáneamente a Doc, hasta que hizo funcionar el botón que hacía subir su ascensor particular, y echó una mirada al interior.

El método empleado para salir quedó descubierto entonces.

Los prisioneros habían sido bajados en el ascensor particular, cuya existencia no le habría costado trabajo descubrir a la tripulación del *Harpoon*, puesto que se veía la puerta del mismo en el corredor, aun cuando, en la planta baja, estaba disimulada.

Había una nota dentro, en un trozo de papel manchado, pegado al suelo con una gota encarnada.

SAVAGE:

ESTE ASUNTO NO ES DE SU INCUMBENCIA. DÉJELO EN PAZ Y NADA LES SUCEDERÁ A SUS AMIGOS.

No había firma, ni era necesario que la hubiese. El hombre de bronce la llevó al laboratorio y la trató para descubrir huellas.

Obtuvo varias. No las fotografió, limitándose a observarlas cuidadosamente un rato, aprendiéndoselas de memoria.

Quemó el trozo de papel. Un detective corriente no hubiera hecho eso, porque constituían una prueba que cualquier tribunal hubiese admitido.

Pero Doc Savage nunca llevaba sus dificultades a un tribunal, sino que hacía él mismo de juez, jurado y verdugo.

A continuación empleó la linterna de luz ultravioleta que hacía aparecer luminosas las huellas de los tacones de sus hombres. El aparato no funcionaba igual a la luz del día. No se podían ver las huellas luminosas a simple vista.

Doc, sin embargo, había perfeccionado unos lentes fluoroscópicos que vencían esta dificultad.

Siguió el rastro de los cautivos hasta la calle; pero nada más. Era evidente que los habían cargado en automóviles.

Doc visitó la estafeta, por si había llegado alguna contestación del misterioso Hezemiah Law. Había llegado.

—El cablegrama llegó y mandaron a buscarlo poco después de estar usted aquí —le dijo el empleado.

—¿Cómo era la persona que vino a recogerlo?

El empleado dio la descripción del capitán Wapp.

—Deme una copia de la contestación —pidió Doc.

Hubo discusión con motivo de eso. Doc puso fin a ella llamando

por teléfono a los directores del cable y obtuvo la copia. Decía:

NANCY LAW.

Nueva York.

SALGO PARA NUEVA YORK EN AVIÓN PUNTO ESTARÉ EN BLANCA GARDE POR LA MAÑANA PUNTO CABLEGRAFÍA LO QUE SUCEDA ALLÍ.

HEZEMIAH LAW

Doc Savage rara vez hablaba solo; pero lo hizo aquella vez.

—Eso —dijo—, no ayuda gran cosa.

CAPÍTULO IX

PLANES DE MUERTE

SI Doc Savage no estaba satisfecho de la forma en que se presentaban los acontecimientos, tampoco lo estaba el capitán Wapp, del *Harpoon*. Paseaba de un lado para otro y jugaba con su navaja —pistola de una forma que ponía nervioso a Oliverio Orman Braski.

—¡No me gusta ni pizca! —gruñó el capitán Wapp, dando un tirón de la cuerda que le servía de cinturón.

—Ni a mí tampoco —dijo Ropes, mostrándose de acuerdo con el capitán para congraciarse con él, más que nada.

El capitán no sospechaba que Ropes y Braski habían estado conspirando juntos contra él.

Braski dijo, con firmeza:

—No es sólo que sea yo contrario al asesinato al por mayor, sino que, absteniéndonos, tenemos un arma poderosa contra Doc Savage. Vacilará en poner en peligro a sus amigos, si es que tiene sentido común.

—A ese hombre de bronce nada le hace vacilar —contestó Wapp, convencido.

Braski se retorció, inquieto.

—Bueno, ¿y si los matamos y nos cogen?

El capitán Wapp soltó un resoplido.

—¿Y si nos cogen de todas formas? ¿Cree usted que nos darán una medalla?

—Use usted la cabeza —suspiró Braski con hastío—. Ya hemos discutido todo eso. Dejé esa nota en el ascensor de Doc Savage para advertirle que no se metiese con nosotros. Apuesto a que nos dejará en paz. Pero que averigüe él que hemos matado a los prisioneros, si

es que los matamos, y Savage pondrá en juego todos sus recursos. Y eso es mala cosa.

Ropes se mostró, de pronto, de acuerdo con Braski.

—Es cierto —asintió.

Al parecer, Wapp tenía fe en los juicios de Ropes.

—¿Y Nancy Law? —inquirió.

—Cebo —sonrió Braski.

El capitán Wapp aulló, de pronto.

—¡Maldita sea su estampa! ¡No me hable usted a mí con enigmas! ¿Qué quiere decir con eso?

—Hay que conservarla viva con los demás —repuso Braski—. La usaremos para apoderarnos de Hezemiah Law y deshacernos de él. Luego la liquidaremos a ella. Liquidaremos a los demás prisioneros al mismo tiempo, si es que eso le ha de dejar a usted más tranquilo. Luego iremos a hacer limpieza al Cráter Fantasma.

—¿Y los hombres que tiene Hezemiah Law en el Cráter Fantasma? —gruñó Wapp.

Ropes contestó a eso, intercalando:

—¿No ha quedado convenido desde el primer momento que todos esos han de desaparecer? No podemos dejar cabos sueltos que nos den que hacer por ahí.

—Veinte o treinta hombres muertos son muchos muertos —murmuró el capitán.

Braski inquirió:

—¿Empieza a asustarse?

El capitán rugió:

—El día menos pensado voy a retorcerle a usted el pescuezo.

Se acercó a una ventana, apartó levemente la cortina y atisbó, con cautela.

La calle empezaba a quedarse blanca de nieve y estaba completamente desierta.

Esto pareció tranquilizarse, porque se guardó la navaja y sonrió.

—No nos ha ido tan mal, después de todo —dijo.

Entró en una habitación contigua, se dirigió en línea recta al atado cuerpo de Monk y le dio un puntapié.

—¡Encoja esas orejazas! —gruñó—. Tal vez no le haga nada de bien lo que escucha.

Era contrario al temperamento de Monk someterse a malos

tratos sin chistar.

Y no se sometió entonces. A pesar de estar atado, logró incorporarse y, girando con sorprendente velocidad, le dio a Wapp en las piernas con sus pies atados, derribándole.

Monk rodó encima de él y le estaba propinando todos los golpes que podía con cabeza, codos y rodillas, cuando entró corriendo Ropes y puso fin a la lucha mediante el sencillo procedimiento de dejar sin sentido a Monk.

El cuarto estaba amueblado con una cama, cómoda y lo que pasaba por mesa de escritorio. También había una alfombra tan desgastada que estaba casi en dos pedazos.

Los demás cautivos estaban colocados a lo largo de la pared. El delgado Johnny parecía tener una herida de bala en alguna parte del hombro.

Ham estaba desgreñado y magullado. Pat y Nancy se hallaban ilesas.

El capitán Wapp los miró a todos, frunciendo el entrecejo; luego volvió al otro cuarto.

—Esa gente puede oír todo lo que hablamos —bramó.

—¿Qué demonios importa? —inquirió Ropes—. Van a ir con nosotros, ¿no?

Wapp meditó en silencio sobres esas palabras.

—¿Y los aeroplanos? —preguntó.

—Ya me he cuidado yo de eso —respondió Braski—. Usaremos tres aparatos grandes. En ellos cabrán todos nuestros hombres y los prisioneros.

—Eso cuesta dinero —observó Wapp.

—Lo voy a pagar de mi bolsillo —ofreció Braski, con esplendidez—. El asunto es lo bastante importante para que esté justificado el gastar dinero.

Wapp sonrió con malignidad.

—¿Cuál cree usted que es el mejor procedimiento para apoderarse de Hezemiah Law?

—Cablegrafiarle firmando con el nombre de la muchacha —respondió Braski—. Dígale que la muchacha se reunirá con él en… ¿cómo se llama esa población?

—Blanca Garde, en la Patagonia —dijo Ropes.

—Dígale que Nancy Law se reunirá allí con él y que irá en avión.

Eso le hará esperar hasta que lleguemos.

—Muy bien —aprobó el capitán—. ¿Dónde hay papel y lápiz?

Se registraron los bolsillos buscando estas cosas. Lo hicieron sin grandes prisas, sin embargo.

En el cuarto contiguo, empero, había un individuo cuyos movimientos eran precipitados. Era Monk. Había recobrado el conocimiento, oyendo casi todo lo que se decía en la otra habitación.

Tan silenciosamente como le fue posible. Monk rodó hasta la mesa.

Mediante un esfuerzo prodigioso logró ponerse en pie.

Abrió la mesa como pudo. Había papel de cartas dentro y un bloc de hojas en blanco, para cablegramas. Aquél debía ser un pequeño hotel frecuentado por cuadrillas de malhechores.

Trabajando con verdadero frenesí, Monk logró arrancarse del cuello de la chaqueta lo que hubiera podido pasar por uno de esos pelos muy bastos que se emplean para reforzar hombros y cuellos de chaquetas.

Con el pelo en cuestión, rascó algo sobre el bloc de cablegramas.

Cerró el cajón, se dejó caer, y logró ocupar su sitio en el suelo nuevamente, sin haber hecho mucho ruido.

Había hecho aquello por si los hombres de la otra habitación no tenían papel. Al parecer, sí que lo tenían; pero había un poco de discusión.

—Escriba el cable en una hoja de cablegrama —sugirió Braski—. Parece mejor.

Entraron y cogieron el bloc que Monk había arañado.

Media hora después, los prisioneros fueron cogidos por media docena de hombres que examinaron ligaduras y mordazas para asegurarse que estaban bien sujetas.

Luego les fue aplicada a los cautivos una toalla empapada en un narcótico, que les dejó sin conocimiento.

A continuación los envolvieron en alfombras viejas y los sacaron de la casa.

Dio la casualidad que sólo había tres peatones en la calle, y a éstos, con el cuello hasta las orejas, no les interesaba que unos cuantos hombres mal vestidos cargaran alfombras viejas en un camión.

Ninguno de los peatones miró lo bastante de cerca para darse cuenta de que algunas de dichas alfombras parecían muy pesadas.

Durante la época en que dio en ponerse de moda la aviación, salieron campos de aviación de la noche a la mañana, como setas, por todos los alrededores de Nueva York.

Algunos de ellos se hallaban en lugares tan mal situados que sólo los entusiasmados constructores pudieron creer que fuesen de utilidad práctica.

El resultado es que, en los tiempos actuales, muchos campos de aviación cubiertos de cizaña constituyen un adorno nada agradable en las afueras de Nueva York.

El *Sunnydaze Flyng Center* era uno de estos campos, tal vez un poco menos inútil que los demás, porque aun permanecía en pie uno de los hangares.

Estaba rodeado de bosques y no había ni una sola casa cerca, por lo que no había ningún curioso que pudiera hacer comentarios acerca de los tres brillantes y grandes trimotores que habían aparecido de pronto en el campo de aterrizaje.

Había hombres armados escondidos en los bosques, por si se le ocurría a alguien acercarse a fisgonear; pero nadie se acercó.

Llegó el camión; las alfombras fueron envueltas; los prisioneros transferidos a uno de los aeroplanos.

Coches de colorido corriente, pero muy veloces, transportaron a muchos hombres al campo aquél. Algunos eran tripulantes del *Harpoon*.

Otros eran los nuevos reclutas admitidos por Wapp y Braski.

Entre estos últimos se hallaba el hombre llamado Sass. Llevaba una manta debajo del brazo y la forma en que aquélla se movía demostraba que contenía algo vivo.

—¿Qué es eso? —inquirió el capitán Wapp.

—¿A usted qué le importa? —contestó Sass, escupiendo—. Se nos permite llevar cierta cantidad de equipaje, ¿no? Este es el mío.

—¿Qué es? —aulló Wapp, enfadado por la evasiva.

Sass cuadró la mandíbula.

—Mi nueva mascota. Y... ¡haga el favor de no chillarme a mí así!

—¡Yo le chillo a quien me da la gana! —le contestó Wapp, con voz tonante—. ¡Abra usted ese paquete!

Con cara de pocos amigos, Sass obedeció. *Habeas Corpus* salió de

la manta y corrió inmediatamente en dirección a los árboles más cercanos. Pero Sass le había atado una cuerda a la pata, y el cerdo no pudo llegar muy lejos.

Volvió a meterse en la manta, sin que el cerdo dejara de omitir gruñidos de protesta.

El capitán Wapp pareció a punto de estallar.

—¡El cerdo de ese mico! ¿Dónde le encontró usted?

—En la calle, cerca de hotel en que estuvieron momentáneamente los prisioneros —gruñó Sass.

Braski atraído por la discusión, acudió y miró al cerdo.

—Esa peste logró seguirnos desde casa de Doc Savage —dijo—. La última vez que vi al bicho seguía a nuestros automóviles como si fuera un perro. Lo que me extraña es que haya podido seguirnos todo el camino.

—¡Pegadle un tiro! —ordenó el capitán señalando al cerdo.

Sass volvió a escupir asumiendo un gesto belicoso.

—Este cerdo es mi mascota de ahora en adelante —dijo—. Y pienso quedarme con él, ¿comprende?

—¡Voy a retorcerle a usted el pescuezo por respondón! —exclamó Wapp.

Pero cuando se tranquilizaron todos, Sass se hallaba dentro de uno de los aeroplanos con su cerdo ileso.

Durante el transcurso de la hora siguiente, *Habeas* corrió inminente peligro de que lo tiraran por la ventanilla por haber mordido, no sólo a su nuevo amo, sino que también a tres marineros del *Harpoon*.

*****

Es deber de los contadores de una estafeta repasar los cablegramas y anotar su importe en los libros. Por regla general, se hace la entrada de todo el movimiento del día a la mañana siguiente.

Cierto contador, al ir anotando cables a la mañana siguiente, se llevó una sorpresa enorme al examinar un mensaje. La original misiva decía:

HEZEMIAH LAW
Blanca Garde
América del Sur

MARCHO SUR EN AVIÓN PUNTO ME REUNIRÉ CONTIGO EN BLANCA GARDE

NANCY

El hombre, como es natural, no sabía que aquello era una falsificación expedida por el capitán Wapp. Pero sí sabía que había ocurrido algo asombroso desde que viera el mensaje la primera vez.

Habían aparecido unas letras delgadas, torcidas, hechas de cualquier manera, escritas en un color rojo sangre. Se leían con facilidad, sin embargo, y decían:

MANDEN ESTO A DOC SAVAGE TODOS MARCHADO A BLANCA GARDE

MONK

El empleado consultó a su jefe. Cinco minutos después se hallaban en comunicación con Doc.

Muy poca gente sabía que el hombre de bronce tenía, en lo que pasaba por ser un almacén a orillas del río Hudson, un hangar moderno con aviones de distintos tipos.

Por consiguiente, todo el mundo quedó sorprendido, media hora después, cuando un aeroplano enorme y de extraña línea aerodinámica, apareció de pronto sobre el río y, con sobrenatural silencio, ascendió hacia las plomizas nubes que descargaban copos de nieve.

El aparato apareció como un espectro y como un espectro desapareció.

Sus motores llevaban silenciadores de increíble eficacia.

CAPÍTULO X

SASS SE EQUIVOCA

FUNCIONABAN tan bien los silenciadores del avión de Doc, que los motores no producían ni rastro de lo que los pilotos llaman sordera del aire, aun después de haber recorrido la distancia comprendida entre Nueva York y Miami funcionando a toda velocidad.

El hombre de bronce aterrizó en dicha población de Florida para reponer combustible.

Era razonable suponer que los tres trimotores a los que seguían habrían tomado aquella ruta. Investigó.

Un empleado del aeropuerto le comunicó que tres trimotores, con las cortinas de las ventanillas corridas, se habían detenido allí a tomar gasolina unas veinte horas antes.

El que había pagado el combustible era un hombre bajo, ancho, con cinturón de cuerda: el capitán Wapp, sin duda alguna.

Pero el empleado dijo algo más, de no poco interés.

—¿Hay una carrera o algo? —preguntó.

—¿Por qué?

—El otro individuo tenía muchas ganas de saber cuánta delantera le llevaban.

—¿Pasó otro avión aparte de esos tres y el mío?

—Seguro. Un aparato de un solo asiento y muy veloz aterrizó aquí unas cuatro horas después de los otros. ¡Cuidado que corría! Y el piloto era manco, por añadidura.

—¡Un manco! —exclamó Doc, emitiendo durante unos instantes un extraño trino, que desconcertó al empleado—. ¿Está usted seguro de que no tenía más que un brazo?

El otro reflexionó y se rascó la cabeza.

—La verdad es que le abultaba la chaqueta por el lado en que

parecía faltarle el brazo. Oiga, ¿qué significa todo esto?

Doc Savage despegó sin haber satisfecho la curiosidad del otro.

En el salpicadero del avión había una especie de despertador, y el hombre de bronce lo puso en marcha para que le despertara cada dos horas y le permitiera comprobar si seguía la ruta.

El resto del tiempo, un aparato que hacía las veces de piloto mecánico se cuidaba de los mandos.

Doc encontró lluvia sobre el golfo, y en Colón y en el istmo de Panamá volvieron a decirle que cuatro aviones le precedían, tres de ellos los de Wapp, evidentemente, y el cuarto, que aun se hallaba detrás, el del hombre que se había pasar por manco.

Nada había que indicara que los prisioneros seguían con la expedición de Wapp, sin embargo. No existía la menor indicación de que estuvieran vivos siquiera.

Las noches eran largas y los días aburridos, hasta que, por fin, casi toda la costa de Sudamérica hubo pasado por debajo de la quilla del aparato del hombre de bronce.

Era principios de primavera, fría al salir Doc de Nueva York; pero allí se encontró con un otoño caluroso. La cordillera de los Andes se veía a la izquierda, rodeada de un vaho azul.

Apareció Blanca Garde. Los vapores, que sin duda cargaban nitratos en el puerto, apenas resultaban visibles.

Doc Savage no entró directamente en la población, sino que voló en círculo, empleando potentes prismáticos para ver si daba con los tres trimotores que andaba buscando.

El sol estaba bajo. Vio una hierba basta que servía de alfombra a un extenso anfiteatro natural rodeado de peñascos y árboles achaparrados. La hierba parecía haber sido aplastada por ruedas.

Las señales se veían porque el sol, al proyectar sus rayos de lado, dejaba los huecos de las ruedas en sombra. La anchura entre las ruedas permitía deducir que se trataba de las ruedas de aterrizaje de aviones.

Siguió volando en círculo. Tardó cinco minutos en descubrir los aparatos.

Eran dos. Habían sido cubiertos de lona, sobre los que se veían ramas verdes.

Doc aterrizó a una milla de distancia, aproximadamente, y echó a andar hacia el anfiteatro.

Cayó la noche, bruscamente, antes de que llegara al claro. No le importó, porque así resultaba menos probable que cayera en una trampa. La región era algo apartada. Sin contar una solitaria cabaña de piedra, con tejado de ramas, no vio edificio alguno.

Abundaba la maleza por el anfiteatro. Y enormes peñascos. En la lejanía, gimió la sirena de un barco y tañó la campana de alguna capilla de Blanca Garde.

Cuando se halló cerca del claro, Doc se detuvo a escuchar un buen rato. No oyó sonido alguno. Avanzó. Exploró un poco el terreno. Luego examinó los dos aparatos.

Uno de ellos era la minúscula bala volante en que el manco con dos brazos había seguido a Wapp hacia el Sur. Doc probó el motor. Estaba frío, lo que implicaba que llevaba muchas horas inactivo.

El otro avión era un anfibio, construido para aterrizar y para amarrar. Era un aparato extranjero, lento, pero de enorme resistencia y con una capacidad de carga sorprendente, a buen seguro.

La parte de atrás del mismo tenía una especie de depósito con tapa y fuertes cerraduras. Estaba abierto. Doc miró dentro, y percibió un olor muy penetrante.

Probó el olor vez tras vez. Era el aroma de algo viejo, un aroma difícil de olvidar.

Había hallado el mismo olor exactamente en las manos y en la ropa del hombre misterioso en Nueva York, el hombre que tenía dos buenos brazos, pero que fingía ser manco.

Empezó a registrar los compartimientos en la parte delantera del aparato.

Estaban vacíos. Saltó a tierra.

Las cubiertas de loma sobre las que yacían las ramas formaban una especie de techado y debajo de ellas, había cajas. Eran de madera fuerte y a su alrededor había grasiento papel de envolver.

Doc escudriñó todo aquello. No era difícil identificar la naturaleza del contenido anterior de las cajas:

Municiones, rifles y ametralladoras.

Todas las cajas llevaban un nombre, una dirección y los sellos necesarios de permiso:

HEZEMIAH LAW

Blanca Garde —Sudamérica

Doc Savage se quedó parado un rato, haciendo un resumen mental. El aparato anfibio sería, con toda seguridad, propiedad de Hezemiah Law y los que habían volado con él hasta allí se habrían reunido con el "manco", abierto las cajas de municiones y marchado.

El regresar hacia su aeroplano, Doc Savage recorrió la distancia a una velocidad que hubiera sorprendido a un experto en esos asuntos, y llegó a su aparato respirando normalmente.

Despegó inmediatamente, voló sobre Blanca Garde, encontró el aeródromo y empezó a descender.

La dirección del viento le obligó a aterrizar cerca de la orilla oeste del polvoriento campo, cerca del solitario foco. Llevaba encendidos los faros de aterrizaje y en las puntas de las alas.

Los dejó encendidos y rodó hacia el hangar más cercano, un cobertizo enorme de hierro galvanizado.

Se hallaba a cincuenta metros del hangar cuando pareció dar al aparato una ráfaga de lluvia dura.

El sonido era un poco fuerte para que fuera lluvia, sin embargo. Hizo vibrar todo el aeroplano.

Empezó en la cabina central, avanzó hacia proa y ascendió y, al tocar las ventanillas de la carlinga, sonó como si un ribeteador estuviese trabajando sobre hierro.

Doc Savage saltó de su asiento y cortó, simultáneamente, los motores.

Nunca se fiaba del todo del cristal a prueba de bala de las ventanillas, a menos que fuese absolutamente necesario, aun cuando había hecho él, personalmente, la supervisión de su manufactura.

Sabía que el blindado de las paredes de la cabina era capaz de resistir todo lo que no fuera un cañón antitanque. Y aquello sonaba como una ametralladora corriente.

Se arriesgó a echar una mirada fuera. Se veían los fogonazos de la ametralladora entre los árboles más allá del borde del campo.

Los proyectiles repiquetearon a lo largo de las alas y probaron dar a uno de los faros; peor éstos estaban acorazados también. Doc apagó las luces. Eso pareció alarmar al que tiraba. Dejó de disparar.

Doc Savage permaneció completamente inmóvil en el aeroplano; luego entreabrió una de las portezuelas y escuchó. Allá donde

habían sonado los disparos, oyó una voz tonante:

—¡Imbécil! —bramaba Wapp—. ¡Ese aeroplano está blindado!

Era Sass el que había estado disparando. Retrocediendo apresuradamente.

—¿Cómo rayos quiere que lo supiera yo? —inquirió, con ira—. Estábamos aquí para coser a balazos a ese tipo de bronce, ¿no? Y la ocasión parecía buena.

El capitán Wapp crispó convulsivamente las manos.

—¡Me parece que voy a retorcerle a usted el pescuezo!

—¡Eso tal vez no fuera tan fácil! —rugió Sass.

Oliverio Orman Braski intervino, nervioso:

—Más vale que nos alejemos de aquí. Está oscuro y el hombre de bronce seguramente estará ya fuera del aeroplano.

Esto pareció antojárseles a todos una buena idea, y retrocedieron. Iban tres más aparte de Wapp, Braski y el pistolero Sass.

Tenían un coche esperándoles cerca del aeródromo. Se metieron en él.

Les saludó una serie de gruñidos furiosos.

—¡Ese puerco! —aulló Wapp.

Habeas estaba atado al volante con una cadena. Perdieron algunos momentos mientras el conductor intentaba cambiar de sitio al cerdo sin que éste le mordiera. El coche se puso en movimiento.

Poco se dijo durante un rato. Iban aprisa, la carretera les era desconocida y, por añadidura, no era muy buena. Además, no tenían mucha confianza en el coche, que era alquilado.

Sass, sujetando al cerdo por las dos orejas para que no pudiera morderle, dijo por fin:

—Lo que me intriga es cómo supieron ustedes que Doc Savage venía.

El capitán exclamó:

—¡Cierra el pico!

Braski dijo:

—Es muy sencillo.

—¿Sí? —murmuró Sass—. ¿Cómo de sencillo?

—Billetes de veinte dólares distribuidos entre los empleados de los aeropuertos en que paramos a tomar gasolina —rió Braski—. No sólo nos cablegrafió uno de ellos, sino tres. Eso nos dio una buena

idea de cuándo se presentaría el hombre de bronce y de qué clase de aeroplano traería.

Sass alzó a *Habeas Corpus* por las dos orejas.

—No se dejan ustedes nada olvidado, ¿eh?

—Se hace lo que se puede.

—¡Cállense! —dijo el capitán Wapp.

Se hallaban dentro de la población ya. El conductor acortó la velocidad del coche para no infringir las disposiciones locales respecto a la velocidad.

Se apearon delante de un hotel tranquilo, entraron con el apacible decoro de turistas norteamericanos y se dirigieron a sus habitaciones.

Ropes aguardaba allí con los otros miembros de la cuadrilla.

El capitán Wapp y Braski miraron al otro.

—¿Has encontrado rastro alguno de Hezemiah Law? —preguntó Braski.

Ropes rió.

—¡Vaya si lo encontré!

El capitán Wapp expresó su satisfacción con un gesto, y se tiró del cinturón.

—Bueno, ¡desembucha! —exclamó.

—Se metieron en una cabaña en la orilla de las montañas —dijo Ropes—. Son siete… todos ellos indios enormes de la Patagonia, de esos que Hezemiah Law tiene en el Cráter Fantasma. Van a ser difíciles de pelar. Sólo que el sitio parece hecho que ni de encargo para nosotros.

—¿Qué quiere decir usted con eso? —preguntó Wapp.

—La cabaña está en un cañón. Podemos resolver el asunto con dinamita.

—Haremos venir a todos los muchachos para que oigan esto —dijo Wapp, poniéndose en pie y mirando a su alrededor—. ¿Dónde se ha ido Sass?

—A sacar de paseo a su cerdo —dijo alguien.

El capitán Wapp soltó una maldición y mandó a un hombre a la calle. Éste volvió a los pocos momentos acompañado de Sass y del cerdo.

Sass se limitó a suspirar cuando Wapp le colmó de improperios. Luego empezaron a preparar planes.

Ropes describió el contorno del cañón. Hasta hizo un tosco mapa de la cabaña y de sus alrededores.

—El cañón es demasiado estrecho de arriba abajo —dijo—. Y el camino es duro. Tendremos que andar y llevar la dinamita a cuestas. Pero no podemos fracasar. Colocamos el explosivo con mechas calculadas, nos largamos y ya estallará. Es así de fácil.

Sass intercaló:

—¿Y los que haya vigilando en la entrada del cañón? Por lo que han estado ustedes diciendo, Hezemiah Law no tiene un pelo de tonto.

Wapp miró a Ropes, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué contesta usted a eso? —preguntó.

—No hay centinelas. No sospechan nada. Los liquidaremos. Luego iremos al Cráter Fantasma y nos cargaremos a los que quedan. Y entonces… ¡ah, entonces!

—En este asunto hay que matar a mucha gente —observó Sass, con sequedad.

Wapp gruñó.

—¿Será, tal vez, que no le gusta?

Sass dijo:

—¡Qué rayos!

Y agarró a *Habeas* por una oreja justamente a tiempo para impedir que le mordiera.

—¿Y Doc Savage? —inquirió Braski, con inquietud—. Mi amenaza de matar a unos cuantos de sus amigos, si no nos dejaba en paz, no parece haber dado muy buen resultado. Está aquí.

Wapp bramó:

—Mataremos a uno de ellos. Tal vez eso le recuerde que cuando decimos una cosa, la hacemos.

—Magnífico —dijo Ropes.

—Se armará un jaleo mayúsculo —profetizó Braski.

Wapp se aflojó un poco el cinturón y murmuró:

—Lo que me extraña es cómo ha sabido Doc Savage que veníamos aquí.

Nadie parecía poder contestar a esa pregunta.

Ropes habló, bruscamente:

—Eso me recuerda algo raro —dijo—. Vi a un manco entrar en la cabaña esa del cañón. Juraría haber visto a ese mismo manco

rondar por los alrededores del ballenero en Nueva York un par de veces durante los últimos días.

—¿Quién es? —rugió Wapp.

—¿Cómo quiere que lo sepa yo? —contestó Ropes—. Procuraba cubrirse la cara siempre, conque nunca pude verle bien.

—Olvidémoslo —dijo Sass, poniéndose en pie—. Vayámonos de aquí.

Reunieron el equipo apresuradamente. Las ametralladoras fueron envueltas en lonas y varios de ellos se pusieron pantalón de montar y botas altas compradas evidentemente aquella tarde, junto con el kepis.

Uno de ellos se echó al hombro un aparato de topógrafo, comprado también recientemente. Otros envolvieron la dinamita.

Al salir del hotel, hubieran podido pasar por un grupo de ingenieros; eso era lo que habían fingido ser a su llegada. Los ingenieros podían llevar paquetes a cuestas sin llamar la atención. Esta había sido idea de Ropes.

Un mendigo sin brazos, con una cesta de flores, estaba sentado junto a la puerta del hotel. Su pretexto de rebuscarse en el bolsillo una limosna, el capitán Wapp se detuvo a echar una mirada a su alrededor. Nada sospechoso vio, y reanudaron todos la marcha.

Mucho mejor hubiera sido para sus planes el haber mirado con más cuidado el desgraciado vendedor de flores.

Éste permaneció sentado ante la puerta hasta que Wapp y los suyos se hubieron perdido de vista. Luego se puso en pie y marchó apresuradamente en dirección opuesta.

El mendigo no volvió la cabeza. Parecía tener importantes asuntos que atender a toda prisa.

Fue una desgracia para él no prestar más atención al camino que había dejado atrás. Porque no era el único que vigilaba el hotel.

Había otro, una sombra sin forma echado sobre un tejado plano vecino.

Este segundo vigilante se guardó apresuradamente una especie de periscopio que había empleado para ver por el borde del tejado, y siguió al mendigo.

El florista se metió por la primera puerta obscura, se quitó los andrajos, los tiró con un gruñido de asco y se frotó los brazos —dos brazos bien hermosos y sanos— que habían llevado sujetos a los

costados. Se quedó pensativo unos instantes. Luego volvió a sujetarse uno de los brazos.

Cuando salió del oscuro hueco, el mendigo se había convertido en el manco misterioso. Era evidente que conocía bien la población, porque iba aprisa.

No volvió la cabeza. Conque no se dio cuenta de que le seguían hábilmente.

El ex mendigo no tardó en reunirse con varios hombres muy altos y morenos que se hallaban parados ante una taberna. Todos se alejaron de allí.

El manco empezó a hablar el idioma de los indígenas medio salvajes de la Patagonia.

—Nuestros enemigos han caído en la trampa —dijo—. Han encontrado la cabaña del cañón y, como habíamos esperado que hicieran, han ideado derrumbar los acantilados con dinamita y aplastarnos a todos.

Empleó el equivalente inglés de dinamita. Al parecer, no existía palabra para aquel explosivo en el idioma de Patagonia, o el manco no la conocía.

Esto motivó cierta confusión hasta que el hombre explicó que era la dinamita y sus probables efectos. Los indígenas emitieron feroces gruñidos al oírlo.

—¡Son unos asesinos! —exclamó el manco—. ¡Y unos ladrones, por añadidura!

Tradujo eso al indígena y agregó:

—A pesar de que estos hombres quieren matarnos, les daremos una ocasión para que se entreguen.

El tono de los gruñidos con que los indígenas contestaron era prueba evidente de que no eran muy partidarios de rendiciones.

—Con toda seguridad, no querrán rendirse —rió el manco—. Es más, estoy seguro de ello. Tendremos que darles una dosis de la misma medicina que nos tiene preparada a nosotros.

Caminaron en la obscuridad, llegaron a donde les aguardaban unos automóviles, subieron a ellos y se alejaron a toda marcha.

Abandonaron los coches al poso rato, tiraron por una atajo de la montaña, llegando a la cabaña del cañón mucho antes que el grupo de Wapp.

Ninguno de ellos se molestó en mirar hacia atrás, lo que facilitó

la tarea de la obscura figura que les seguía.

El manco escogió varios puntos de los lados del cañón que debía haber decidido usar anteriormente. Desenterró unas cajas de madera escondidas allí cerca, sacó explosivos y un acumulador de detonar y se puso a trabajar.

—No correremos el riesgo de que fallen las mechas —dijo, sombrío—. Tenderé un alambre muy fino de un lado a otro del cañón, y cuando el alambre se rompa funcionará un dispositivo que provocará la explosión.

Los indígenas no entendían aquello.

No tenían la menor noción acerca de cómo había de tenderse alambres eléctricos tampoco. Conque les ordenó que se apartaran.

No hizo falta mucho tiempo para acabar de preparar la trampa.

El misterioso manco se subió a una peña y escuchó. Unos diez minutos más tarde oyó sonidos cerca de la entrada del cañón, que indicaban la proximidad de la cuadrilla de Wapp.

—¡Me parece que este es el fin de tu carrera, Wapp! —exclamó con ferocidad.

Y desapareció en la obscuridad con sus atezados compañeros.

CAPÍTULO XI

MUERTE EN LA NOCHE

EL capitán Wapp se hallaba de muy buen humor al avanzar cañón arriba.

Gruñía, rugía, bramaba, murmuraba y generaba como si todo le estuviese saliendo al revés, cosa que en él significaba que las cosas les estaban saliendo a pedir de boca.

—Más vale que cierre esa bocaza que tiene —le dijo Sass.

—Me parece que el día menos pensado le arrancaré a usted la cabeza —replicó Wapp, con cordialidad.

—Bueno —gruñó—; pues que se enteren en Buenos Aires que estamos llegando.

—Esto marcha demasiado bien —murmuró Braski—. Me sentiría mucho mejor si ocurriese algo.

Se realizó su deseo. El suelo pareció hundirse varios centímetros bajo sus pies y luego salir disparado hacia arriba, desalojando incontables toneladas de roca de los lados del cañón.

Al propio tiempo, una llamarada, parecida al brillo de un centenar de relámpagos, se alzó delante de ellos, en la obscuridad.

El capitán Wapp soltó un aullido, giró sobre sus talones, y derribó a Braski y Ropes en sus prisas por huir del lugar.

Los otros dos se levantaron inmediatamente y huyeron, despavoridos, con los demás, Sass asió a *Habeas* por una oreja y corrió con los otros.

Habían adivinado ya lo ocurrido.

—¡Una trampa! —aulló Wapp—. ¡Rayos! ¡Usted nos ha metido en esto!

Ropes no contestó. Estaba concentrando toda su atención en correr.

Cayó un hombre. Emitió un aullido de angustia.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Se me ha roto el tobillo o algo así!

El capitán Wapp se detuvo en seco; pero en lugar de ayudar al desgraciado, sacó la navaja —pistola del bolsillo.

Produjo una detonación pequeña, cuyo eco repercutió en las paredes del cañón, oyéndose por encima del ruido que hacía la roca que aun se estaba desprendiendo. El hombre caído no emitió el menor quejido.

—¡Corran! —bramó Wapp—. No hay tiempo para ayudar a nadie! ¡Ese Hezemiah Law es el culpable de todo esto!

Volvieron a correr, haciendo mucho ruido, pero sin hablar palabra. Estaban todos aterrados y no pensaban más que en huir de la vecindad.

El hombre que tenía el tobillo roto se quedó completamente inmóvil. Una vez emitió una débil maldición. El daño que sufría en el tobillo no era grave; pero el dolor le impedía andar.

Por añadidura, experimentaba la pesadez de la bala de Wapp en el pecho y el escozor del agujero que le había hecho. El hombre había conservado la serenidad suficiente para fingir estar muerto después del disparo.

El dolor del tobillo se hizo insoportable y cambió levemente de posición. Se arrepintió de haberlo hecho un instante después, porque se dio cuenta de que alguien andaba cerca.

La luz de una lámpara de bolsillo le dio en los ojos, deslumbrándole.

El hombre se sobrecogió, creyendo estar a punto de que lo remataran los indígenas de Hezemiah Law.

—¡No! —gritó—. ¡Wapp me dio un tiro! ¡Haré lo que me mandéis! Pero... ¡no me rematéis!

La luz de la lámpara se movió un poco, permitiendo a los asustados ojos del hombre que vieran a la persona que se alzaba sobre él. Había visto aquel gigantesco personaje en otras ocasiones.

—¡Doc Savage! —exclamó.

El hombre de bronce nada dijo. Registró al herido y le encontró una pistola y un cuchillo. Tiró ambas cosas a un lado. Luego le recogió y, cuando el hombre gimió de dolor, le proporcionó alivio oprimiendo varios centros nerviosos.

Doc bajó rápidamente por el cañón, siguiendo a los fugitivos.

Aun los oía, conque estaba seguro de que no habrían preparado ninguna emboscada.

Por consiguiente, hizo uso de su lámpara de bolsillo para iluminarse el camino. Así fue ganando terreno. Pero no lo bastante.

Se oyó el ruido de motores de automóviles. Luego se alejaron.

Doc llegó a la salida del cañón a tiempo para que el polvo le hiciera escocer los ojos y para ver una luz roja perderse en la distancia.

—¡Coja su coche! —gimió el herido—. ¡Sígalos!

Ahora tenía varios deseos de que Wapp se encontrara con un desastre.

—Imposible —le contestó Doc—. Mi coche se encuentra al otro lado de la montaña, donde lo dejé cuando seguí al manco hasta aquí.

—¿Eh? —exclamó el herido, intrigado.

—Él preparó la trampa del cañón —explicó Doc—. Luego se retiró. Yo logré provocar la explosión antes de que llegaran ustedes.

El otro soltó una maldición.

—Nos salvó usted la vida —dijo—. ¿Por qué?

—Le sorprendería —repuso Doc, son sequedad, y no ofreció más explicaciones—. ¿Está usted dispuesto a hablar?

—¿Qué si lo estoy? —El herido volvió a soltar un juramento. Luego agregó, con dejo de temor en su voz otra vez—. Pero no voy a resultar un libro de información. No crea que pienso que voy a ocultarle nada. Daría el brazo derecho por liquidar al capitán Wapp. ¡Es el canalla mayor que he conocido!

—¿No estaba usted enterado de todo?

—Ni mucho menos. Soy uno de los pistoleros nuevos que alquiló en Nueva York. Yo, ese pájaro de Sass, y unos cuantos más. Nosotros no sabemos que se oculta detrás de todo esto. Sólo sabemos que no se nos paga bien para que hagamos lo que se nos manda y para que tengamos la boca cerrada. Pero sí conocemos que perseguimos algo grande y distinto al botín corriente y, hay que liquidar a un puñado de gente. Pero eso es cuanto sabemos, se lo aseguro.

—No ha hablado usted de la cosa que más me interesa.

—¿Cuál?

—El lugar en que se encuentran prisioneros mis amigos.

—Eso sí que lo sé.

—¿Dónde están?

—En una casa frente a la Casa del Caballero, en un callejón que llaman de San Esteban. La casa tiene uno de esos porches raros y está pintado de encarnado. Pero ande con ojo con los centinelas. Hay dos hombres de Wapp allí.

—Excelente —murmuró Doc, sombrío.

El camino más rápido para regresar era el del atajo, por la montaña, puesto que la cabaña de piedra no estaba muy apartada del camino. Doc entró en ella, con el herido.

A nadie encontró allí, sin embargo, y acabó dirigiéndose a donde había dejado su automóvil.

En las afueras de la población paró el automóvil. Escribió algo en un pedazo de papel y se lo entregó a su pasajero, junto con un pequeño fajo de billetes.

—Entregue usted este papel en Nueva York —dijo—. Este dinero le bastará para el pasaje. Procure no dejarse ver.

—Seguro —respondió en otro.

Cuando se hubo quedado solo, buscó la luz de un farol y leyó la nota. Iba dirigida a una persona que parecía ser médico en Nueva York, y decía, simplemente:

ENTRÉGUELE A ESTE HOMBRE DIEZ MIL DÓLARES.

DOC SAVAGE.

—¡Que si entregaré esta nota! —rió el hombre—. ¡Vaya si la entregaré!

Hacía muy poco rato había estado complicado en una conspiración para cometer una serie de asesinatos; conque se consideraba muy bien librado en verdad.

—El hombre de bronce es un primo —se dijo.

Se precipitaba un poco en su opinión. Doc Savage sabía, por experiencia, que los criminales endurecidos si que llegan a reformarse voluntariamente; pero constituyen una minoría.

Conque había confeccionado un método de reforma obligada.

Aquellos diez mil dólares tenían sus condiciones. El médico de Nueva York cogería a aquel hombre, empleando la fuerza si era preciso —y seguramente lo sería— y lo enviaría a una extraña institución que Doc Savage mantenía en el Estado de Nueva York.

En dicho lugar, unos cirujanos especializados efectuarían una

operación en el cerebro del hombre, haciéndole olvidar por completo todo su pasado.

Luego se le enseñaría a ser un ciudadano honrado, y se le daría una profesión mediante la cual pudiera ganarse la vida.

Al salir de la singular “academia” destinada a curar criminales, el hombre no diría nada de su pasado y se le habría imbuido de un odio enorme a todo lo criminal.

Por añadidura, se encontraría con una cuenta corriente de diez mil dólares en el Banco para ayudarle a empezar de nuevo la vida. Esto último constituía una de las adiciones más recientes de la “operación”.

Pero el herido aquél que se hallaba en Blanca Garde no tenía la menor idea de lo que le aguardaba.

—El hombre de bronce es de lo más primo que he visto —rió.

Y marchó en dirección al muelle. Había decidido hacerse curar a bordo por un médico.

—Ojalá encuentre Doc a sus amigos —tuvo, por lo menos, el agradecimiento de decir.

El callejón de San Esteban era un callejón bastante pobre. En otros tiempos había sido un lugar distinguido; pero eso había sido hacía muchos años y las fincas se echan a perder muy aprisa en el riguroso clima de Blanca Garde.

La casa encarnada descrita por el pistolero herido se destacaba mucho, ya que era la única casa de dicho color en todo el callejón.

Doc Savage se subió a un tejado cercano, lo cruzó y, después de escuchar unos momentos, se dejó caer al patio central.

Casi inmediatamente oyó ruido de pasos en la calle y rechinó la cerradura de la puerta exterior. El hombre de bronce se deslizó hacia donde se oía el sonido.

Entraron dos hombres. Se quedaron con la puerta abierta un rato, mirando a ver si alguien les había seguido. Satisfechos de que no era así, cerraron la puerta.

—Yo la cerraré con llave —dijo uno—. Tú ve a prepararte para hacer la faena.

Trabajó con la cerradura, que estaba oxidada, dejó la puerta, dio unos cuantos pasos y, de pronto, se le ocurrió pensar que su compañero guardaba un silencio asombroso.

—¡Eh! —gritó—. ¿Dónde te has ido?

Un instante después, emitió un grito de terror, o mejor dicho, intentó hacerlo, porque le habían agarrado por el cuello y le oprimían con fuerza.

Como si le hubiera atacado una fantástica enfermedad sintió que empezaban a entumecerse sus miembros, que todo su cuerpo se quedaba dormido.

Sin embargo, conservaba el conocimiento y se dio cuenta de que le depositaban en el suelo y que, cuando se encendió la luz, se hallaba junto a su compañero, que estaba también inmóvil e impotente, pero vivo.

La luz iluminaba también al gigantesco hombre de bronce que le había vencido.

Doc Savage probó ciertos reflejos musculares para asegurarse de que la parálisis que había inducido duraría algún tiempo. Luego empezó a registrar la casa. No tuvo que buscar mucho.

Monk y Ham estaban abiertos de pies y manos y tendido en un cuarto vecino. Ambos tenían cierto aspecto de muerte.

Se habían empleado tiras de piel de llama, sin curar, para sujetarle muñecas y tobillos a unas cuñas clavadas en el suelo. Al secarse, las tiras se habían encogido.

La pareja estaba tan cubierta de sangre, que casi no se les reconocía. Los cortes eran recientes. Aun manaba la sangre.

Doc cortó las ligaduras y se puso a trabajar. Ambos tenía algo de vida aun.

Pero no hubieran resistido más de una hora o dos ya.

Sacando un estuchecito que contenía estimulantes, Doc logró despertarles a los dos. Mientras iban recobrando las fuerzas, registró el resto de la casa, sin encontrar a nadie.

Monk, que tenía una resistencia enorme, fue el primero en poder hablar.

—¿Dónde están los otros prisioneros? —le preguntó Doc.

—Wapp se los llevó. Nos dejó a Ham y a mí aquí. Se nos iba a matar para recordarte que no debías meterte en este asunto. Wapp nos dio una paliza antes de marcharse. Dos de sus hombres habían de volver a completar la obra.

—Y volvieron —le dijo Doc.

Monk necesitaba más tiempo para reunir fuerzas y Doc utilizó el intervalo para arrastrar a los dos prisioneros al cuarto. Monk les

dirigió una mirada asesina.

—Estos son los dos que habían de volver —gruñó—. ¡Uf! Me siento como si me hubieran desarticulado todo en cuerpo.

—¿Sabes dónde se han llevado a los otros prisioneros? —inquirió Doc.

—No.

—¿Qué has averiguado de este misterio?

—No gran cosa. Andan buscando algo que se cultiva en el Cráter Fantasma.

—¿Algo que se cultiva?

—Eso es lo que les oí decir. Y el Cráter Fantasma no es una isla.

—El Cráter Fantasma es una isla —repitió Doc, lentamente.

Monk cambió de posición. Podía moverse un poco, aun cuando sufría dolor.

Dijo:

—Eso es cuanto sé.

Doc murmuró:

—Veremos lo que pueden decirnos estos dos hombres.

—Poca cosa. Son dos de los nuevos que Braski y Wapp tomaron en Nueva York. No se les ha dicho nada.

—Tal vez sepan adónde se han llevado a los prisioneros.

—¡Más vale que lo sepan! —exclamó Monk, con ferocidad.

Y empezó a arrastrarse hacia los dos hombres paralizados.

Los dos conservaban el uso de sus facultades mentales, y se daban cuenta de lo que podría representar el que el químico les pusiera las manos encima.

Sus ojos expresaron el más profundo horror.

Doc Savage se acercó a ellos y dio mensajes a uno en los centros nerviosos de la espina dorsal para quitarles la parálisis.

—Ya sabe usted lo que deseamos saber —dijo—. Más vale que hable.

—¿Qué sacamos en limpio de ello si hablamos? —dijo el hombre.

—La vida. Y no me comprometo a nada más.

El hombre no lo pensó durante mucho rato. Debía de haber oído hablar mucho del hombre de bronce.

—Wapp se llevó a ese saco de huesos, Johnny, y a las dos mujeres —dijo—. Iban a prepararle una emboscada a Hezemiah

Law. Wapp encontró el lugar donde estaba escondido el aeroplano de Law, junto con el aparato del manco ése a quien nadie conoce.

—¿Estará Wapp en el escondite con los prisioneros?

—Sí.

Doc miró a Monk.

—¿Sabes lo que tienes que hacer con estos dos?

—Sí —respondió Monk, sombrío—; lo sé.

Doc ató a los dos prisioneros y, cuando se marchó, aullaban de terror, convencidos de que les esperaba la muerte.

Porque no sabían que iban a ser narcotizados y embarcados para Nueva York, como víctimas de una nueva enfermedad, que marchaban al Norte a someterse a tratamiento.

Una vez en Nueva York, serían enviados a la institución de Doc para curarles de sus tendencias criminales.

Un aeroplano volaba sobre la población cuando Doc salió a la calle. El zumbido del motor indicaba que era de gran potencia.

El sonido fue poniéndose rápidamente en dirección al Sur.

Tardó Doc cerca de una hora, a toda marcha, en llegar a la vecindad de la remota colina donde, antes de aterrizar en el aeródromo de Blanca Garde, había encontrado un anfibio y el aparato pequeño en que el misterioso manco había llegado de Nueva York.

Doc abandonó el coche y recorrió a pie la última milla.

Por el camino volvió a oír aviones, dos de ellos, aquella vez, y por el sonido parecían tener por lo menos tres motores cada uno.

Estos dos aeroplanos se dirigieron también rápidamente hacia el Sur. Doc apretó el paso, esperando encontrarse con alguna catástrofe.

Lo que halló confirmó sus temores. Vio las llamas mucho antes de llegar al escondite de los aeroplanos.

Era el anfibio el que ardía, junto con la cubierta de lona. Las ramas depositadas sobre ella para ocultarla aumentaban el calor de aquel infierno en miniatura.

Por añadidura, había encontrado mucha madera en la construcción del anfibio y ardía como si fuera estopa.

Había un corro alrededor, compuesto de indígenas envueltos en mantas, que tiritaban en el frío de la noche. Era evidente que habían acudido atraídos por el fuego.

Doc Savage les dirigió la palabra en español, uno de los idiomas que había aprendido a hablar con facilidad. Hizo preguntas.

Supo que se habían oído disparos por aquel lugar. Y gritos también. Al final de la lucha, había despegado el aeroplano.

Después se había iniciado el incendio. Nadie había podido acercarse.

Doc encontró una rama verde, larga, se acercó todo lo que pudo al aeroplano, y rebuscó con ella. Había cadáveres dentro o restos de cadáveres.

No había manera de saber si eran de hombres rubios o morenos, altos o bajos.

Doc logró sacar a uno de ellos y la cabeza había quemado lo bastante pelada para que se vieran claramente los agujeros de bala en el cráneo.

El capitán Wapp y su cuadrilla habían tenido cierto éxito por lo menos. Pero alguna de sus víctimas —una por lo menos— había escapado hacia el Sur en el aparato pequeño.

Wapp le había seguido en dos de sus trimotores. O así lo creía, recordando el ruido de los aviones que pasaron por encima de él.

Se confirmaron sus sospechas más tarde, aquella noche, cuando encontró el pequeño aeródromo en que Wapp había tenido sus aeroplanos.

Uno de ellos estaba aun allí. Doc se acercó a él.

Monk y Ham le acompañaban. A duras penas podían andar y, tan ocupados estaban con sus dolores, que hasta se olvidaron de regañar.

Doc dejó su examen del aeroplano desierto, sin haber averiguado nada por él.

—¡Ahora si que estamos bien! —gimió Monk—. Se nos han escapado por completo. No tenemos la menor idea de dónde está el Cráter Fantasma.

—Aguardaremos —dijo Doc.

—¿A qué?

—A algo que creo se presentará —respondió Doc con sequedad —. Las cosas no están tan mal como pudierais creer.

Monk miró al hombre de bronce unos instantes.

—¿Qué es lo que te traes entre manos y te tiene tan callado? —preguntó.

No recibió respuesta, cosa que no le sorprendió. Doc ocultaba muchos de sus planes a sus propios ayudantes, no porque no se fiase de ellos, sino porque pudieran caer en manos de sus enemigos, y hay métodos para conseguir información de cualquier hombre, por muy decidido que esté a no hablar.

Doc Savage se pasó el resto de la noche y la mayor parte de la mañana siguiente junto a su aparato portátil trasmisor y receptor de radio.

Que vieran Monk y Ham —y eso que le observaban de cerca— no envió ni recibió una sola palabra. Pero escuchaba continuamente.

—Me parece que no vas a tener suerte —le dijo Monk—. Estás escuchando a ver si oyes algo del Cráter Fantasma, ¿no?

Doc fue lento en contestar.

—Sí.

—Sabemos que a Hezemiah Law le enviaban los telegramas retransmitiéndolos desde aquí y debía de oírlos él con un aparato receptor —continuó Monk, como para demostrar su tesis—. Pero eso no significa que tuviera un aparato trasmisor. Y, si lo tuviera, ¿crees tú que pediría ayuda? Se ha tomado la mar de molestias para ocultar su secreto.

Ham, sintiéndose mucho mejor, dijo:

—Sabemos que el Cráter Fantasma es una isla. ¿Y si voláramos arriba y debajo de la costa…?

—Una de tus típicas ideas estúpidas —le interrumpió Monk—. Esta isla no se encuentra en el mapa. Ese debe ser el nombre que le ha dado Hezemiah Law. Ahora bien, mi idea…

Se oyó un golpe tímido en la puerta. Monk la abrió. Había fuera un indígena descalzo, una manta de brillante colorido a los hombros y un sombrero cónico de paja.

Tendió un papel y dijo algo en español. Monk replicó en el mismo idioma, dio dinero al indígena y tomó el papel.

—Dice que el ruidoso pájaro del cielo puso este huevo en su huerto —le dice Monk a Doc, señalando el papel—, y que dice algo de que se te entregue a ti… Veámoslo.

Desplegó el papel y lo leyó.

—¡Que me ahorquen si…! —le dio el papel a Doc—. ¡Esto si que es suerte! ¡Lee!

EL QUE ENCUENTRE ESTO RECIBIRÁ UNA RECOMPENSA SI SE LO ENTREGA A DOC SAVAGE

CRÁTER FANTASMA 49 — 32 — 15 S
Y 72 — 12 — 02 O
(Firmado): Su Amigo Manco.

—¡La longitud y la latitud del Cráter Fantasma! —exclamó Ham.

—El manco con dos brazos debió tirarlo del aeroplano después de escaparse de la cuadrilla de Wapp —dedujo Monk.

Pareció asaltarle bruscamente una idea. Frunció el entrecejo y miró a Doc.

—Oye, tú estabas esperando algo —sonrió—. ¿Era eso?

—No; no es esto —contestó inmediatamente Doc—; pero servirá.

Monk seguía pareciendo intrigado; pero no interrogó más al hombre de bronce. Hubiera sido inútil.

CAPÍTULO XII

EL TERROR DE LA LAGUNA

DOC Savage decidió llegar con su aeroplano al paralelo de la longitud del Cráter Fantasma y seguir dicha línea en dirección sur.

Era más sencillo y más seguro porque, cuando cruzaran la latitud exacta, encontrarían la misteriosa isla con su ambiente de enigma, se intriga y de muerte. Era de noche y se orientaron por las estrellas.

Fue bajando la temperatura rápidamente. Hacía frío incluso en la enorme cabina aislada con su calefacción eléctrica en plena marcha.

—Si esto es verano aquí —gruñó Monk—, ¡valiente invierno deben tener! Dios quiera que ese reptil de Sass abrigue con una manta a *Habeas.*

—Con toda seguridad, no lo hará —dijo Ham.

—Habeas es un cerdo de país cálido —prosiguió Monk—. Cuando hace frío, le gusta tomarse un ponche. ¿Sabes cómo se hace un ponche para un puerco, Ham?

—Compré un libro el otro día en el que explicaba cómo se hacen las salchichas de cerdo —contestó Ham.

—Para hacer un ponche para un cerdo, se toma… —Monk miró con fijeza a Doc—. ¡Ah! ¡Doc parece haber dado con ella!

El hombre de bronce movió afirmativamente la cabeza, señaló y los otros sacaron prismáticos de lentes muy luminosos, de la clase que a veces llaman prismáticos nocturnos. No tardaron mucho en dar con el Cráter Fantasma.

Era una isla de forma extraña, pareciéndose algo, en su contorno, a una gruesa herradura. Aquí y allá salía un rocoso tentáculo hacia el mar.

Por su parte más ancha no mediría más allá de dos millas y la laguna que había en el centro tendría en algunos puntos más de una milla de anchura.

Monk y Ham hicieron comentarios sobre los aspectos peculiares del lugar.

—No hay un solo árbol en toda la isla —gruñó Monk.

—La obscuridad es demasiado grande para estar seguro de eso —observó Ham—. Pero… ¡fijaos en la altura de esa roca! Mal sitio es ése para intentar echar pie a tierra desde una embarcación.

Doc hizo descender el aparato algo más e hizo entrar en funciones los excelentes silenciadores. Con ayuda de éstos, tal vez les fuera posible pasar inadvertidos. Orilló la isla.

No había playa en la costa exterior. Por añadidura, el mar estaba muy movido. Los rompientes se estrellaban contra las rocas, alcanzando a veces alturas superiores a quince metros.

La laguna que había en el centro, sin embargo, apenas tenía movimientos.

La mayor parte de ella se hallaba sumida en la obscuridad, porque los farallones estaban cortado casi a pico.

El avión llegó frente a la boca de la laguna.

—¡Eh! —estalló Monk—. ¡Fijaos!

Había una barrera hecha por la mano del hombre delante de aquella única salida que tenía la laguna del mar.

En la parte de la distancia desde cada ribera, la construcción era corriente: un dique de piedra.

Fue la parte central de la barrera la que les llamó la atención. A primera vista, ésta parecía una valla de estacas colocadas con poco espacio entre sí.

Doc Savage hizo descender más el aparato, para que pudieran examinarse más de cerca. Cuando se elevó el avión otra vez todos estaban pensativos y guardaban silencio.

—¿Os fijasteis en el tamaño de esas estacas? —dijo Ham, por fin —. Son vigas de acero y la mayoría de ellas tienen treinta centímetros de espesor.

Monk se rascó la cabeza, e hizo una mueca de dolor, al resentírsele los músculos.

—¿Por qué había de querer nadie una valla de ese tamaño delante de la entrada de esa laguna? —murmuró.

—Es muy raro —asintió Ham.

El avión se alzó y describió varios círculos en el aire, mientras los que se hallaban a bordo buscaban un lugar que pareciese lo bastante lleno para aterrizar.

—Este empieza a parecer el lugar más quebrado que he visto en mi vida —dijo Monk.

Volvieron a la entrada de la gigantesca laguna y volvieron a observar la barrera de vigas de acero.

—¡Fijaos! —volvió a gritar Monk—. Hay una especie de puerta que gira sobre flotadores. Debe de ser para dejar entrar y salir las embarcaciones.

Doc Savage lanzó al avión hacia la laguna. Los lados parecieron alzarse hacia el aparato, obscuros y amenazadores. Sólo había un punto en el centro donde tocaban los rayos de luna. El agua estaba tranquila, sin embargo.

—¿Vamos a amarrar? —inquirió Monk.

—No tendremos más remedio que hacerlo —contestó Doc—. Está soplando demasiado el viento ahí fuera y el oleaje es terrible. Y aun cuando lográramos amarrar sanos y salvos, no tendríamos la menor probabilidad de llegar a tierra.

Con precisión maravillosa, fue descendiendo paulatinamente. Al propio tiempo, hizo subir las ruedas de aterrizaje hasta que quedaron incrustadas en la quilla, dejando una superficie completamente lisa para tocar el agua.

La forma en que estaba construido el avión permitía que se empleara la quilla como sí fuera un flotador.

El aparato rebotó un poco sobre la superficie de la laguna y se oyó el ruido de las minúsculas olas contra la quilla.

Luego, tan bruscamente que le sobresaltó, se encontraron sumidos en profunda obscuridad. Habían salido de la zona iluminada por la luna.

—¿Los faros de aterrizaje? —insinuó Monk.

—Resultarían un blanco demasiado bueno —contestó Doc.

El hombre de bronce paró los motores por completo. No hay cosa tan difícil de manejar como un hidroavión cuando está en el agua. Pero el de Doc llevaba algo que resolvía esa dificultad.

Doc se inclinó hacia fuera y encajó un motor *outboard* en los soportes que había instalados en la quilla para dicho fin. El

outboard, ligero, fácil de guardar, no hacía mucho ruido y empujó al hidroavión hacia la invisible playa.

—Anclaremos a poca distancia de la costa hasta el amanecer —anunció Doc—. Así nos será más fácil destruir cualquier ataque que se intente.

El agua parecía tinta. De vez en cuando alguna onda recogía un leve destello de luz tras ellos. Todo a su alrededor, el borde de la isla se perfilaba contra el cielo, que parecía haber adquirido un matiz acerado. Monk expresó la impresión que le producía aquel lugar.

—Es algo así como yo me había imaginado la boca del Infierno —rió.

Ham cogió una sonda y salió, colgándose de la portezuela por una pierna.

Echó la sonda delante.

—Diez brazas sin tocar fondo —contó.

El avión siguió adelante.

—Nueve brazas —contó Ham.

—Agua de sobra —observó Doc.

—Nueve y cuarto.

El aparato se bamboleó levemente.

—¡Eh! —bramó Monk—. ¡Hemos tocado fondo! ¡No puede ser! ¡Es raro!

—¿En nueve brazas de agua? —dijo Doc, con sequedad—. Debemos comprender que eso no es posible.

Algo empezó a ocurrirle al hidroavión. Se ladeó, se alzó. Se armó una terrible conmoción en el agua, debajo de la quilla.

—¡Rayos! —aulló Monk—. ¡Nos ha enganchado un monstruo marino o algo así!

El químico se saltó todos los botones de la chaqueta en su afán de sacar aprisa la pistola ametralladora que llevaba debajo del sobaco. El aeroplano dio un fuerte bandazo y le hizo perder el equilibrio.

De bruces en el suelo, sacó un brazo por la portezuela y disparó una ráfaga contra el agua. El ruido de la pistola resultaba ensordecedor.

Ham le dio un pisotón, inmediatamente en la muñeca.

—¡Atontado! —exclamó—. ¿Quieres enfurecer aun más a ese

bicho?

Monk, rabioso porque le habían pisado la muñeca, le largó un fuerte golpe al otro en la espinilla. Ham empezó a brincar sobre un pie y a colocar a Monk de improperios.

Durante unos instantes pareció como si el aparato fuera a zozobrar. Monk declaró más tarde que la mitad de un ala había llegado a hundirse en el agua.

Luego, con un enorme ruido, el avión volvió a recobrar el equilibrio.

Apareció una luz tan blanca que hacía daño a la vista. Era Doc Savage que se había acercado a la portezuela con un potente reflector.

Dirigió la luz hacia abajo. Monk y Ham asomaron la cabeza para mirar.

Lo que vieron fue como para ponerles los pelos de punta. El agua, verde, ominosa, contenía algo de un tamaño fabuloso, algo que se estaba hundiendo rápidamente en las profundidades creando un vórtice que de momento pareció como si fuera a arrastrar al hidroavión tras sí.

Éste hizo girar dos veces al enorme aparato.

—¡Un monstruo marino! —volvió a exclamar Monk.

—Idiota —dijo Ham—. No existe tal cosa.

—Ya. No fue más que imaginación mía. Ganas me entran de tirarte al agua para averiguar si el bicho ése es carnívoro. Conque pisotearme la muñeca, ¿eh? ¡Precisamente en el sitio por donde me tenían atado anoche esos tipos!

—El *outboard* se ha parado —intercaló Doc.

Llevaba unos momentos parado, desde que el fantástico bicho o lo que fuera se había alzado debajo del aparato. Inclinándose hacia fuera, Doc luchó por arrancar el motor de los soportes.

Estaba atascado, retorcido. Por fin lo pudo soltar y lo metió en el aeroplano.

El eje y el tubo en que giraba estaban doblados formando un codo. Y las paletas de la hélice estaban retorcidas hasta formar un manojo. Había una substancia envuelta en la hélice. Monk la cogió con cuidado y la arrancó.

La volvió lentamente. Era cruda, obscura y dura.

—Pellejo —dijo.

—No seas tonto —se burló Ham—. Esa substancia tiene más de veinticinco milímetros de espesor.

Doc Savage cogió la substancia y la examinó.

—¿Qué opinas tú? —inquirió Monk.

—Lo mismo que tú —le respondió Doc.

Hubo un silencio algo lleno de inquietud al poner Doc en marcha los motores del aparato y dirigirlo hacia la playa.

—¿Hay inconveniente en que pasemos la noche en tierra en lugar de anclarnos como habíamos acordado? —preguntó.

Monk dijo con fervor:

—No me estaría yo aquí toda la noche por cincuenta millones de dólares.

Puesto que ya había habido ruido suficiente para anunciar su presencia a cualquiera que se hallara a unas millas a la redonda, encendieron los focos de las alas.

Con ayuda de ellos vieron, más allá de una extensión de agua serena, una playa dura, de arena.

Doc hizo salir las ruedas de aterrizaje y rodaron por la playa. No era lo bastante grande para despegar, conque volvieron la proa hacia el agua para estar preparados, en caso de necesidad, a despegar desde la superficie de la laguna.

Apagaron las luces y saltaron a tierra.

—Debierais dormir un poco —les dijo Doc—. Aun no estáis del todo restablecidos.

—En mi vida he tenido menos sueño que ahora —aseguró Monk —. Es más, después de lo que acaba de ocurrir, tendré pesadillas durante todo un mes.

Doc reflexionó.

—Si vosotros queréis vigilar el aeroplano —dijo—, exploraré yo un poco el terreno.

—Por mi parte no hay el menor inconveniente —dijo Monk.

Doc Savage se apartó del aeroplano, pero no abandonó inmediatamente la vecindad. En lugar de eso, caminó en círculo, depositando sobre la arena y entre las rocas unas bolas pequeñas y obscuras del tamaño de huevos de pájaro aproximadamente.

Éstas las había sacado del aeroplano antes de alejarse.

Cuando hubo acabado, tenía hecho un semicírculo de bolas alrededor del aeroplano, cubriendo todos los lugares por los que

pudiera acercarse alguien desde tierra. Satisfecho, echó a andar.

Siguió por la playa. Era más fácil de recorrer.

Estaba desierta. El viento que removía el mar, allá fuera, gemía como duendes lejanos por entre los rocosos pináculos de la isla. Las minúsculas olas de la laguna lamían la playa haciendo un leve sonido.

Una vez, allá en la laguna, se oyó un terrible tumulto de ruidos de agua, mezclados con enormes resoplidos, como si algún titán acuático estuviese jugando. Doc escuchó un buen rato; pero no volvió a oírse el ruido.

Poco después de eso, el hombre de bronce percibió un olor, muy leve al principio, pero más acentuado a medida que avanzó. Era un olor muy civilizado: el de gasolina.

Avanzó. El cambio de sonido en las olas de laguna le anunció que había algo en el agua y se apartó un poco de tierra.

Encontró dos aeroplanos destrozados como jamás había visto alguno hasta entonces. Aquellos desperfectos no eran resultado de una caída en la laguna.

Más bien parecían haber sido golpeados de un lado a otro. Las alas estaban incrustadas en el fuselaje. Las quillas reventadas; los flotadores aplastados, no por arriba, sino por abajo.

Doc no usó luz, sino que los examinó por el tacto. Sintió en la mano la gasolina fría que aun se escapaba de uno de los depósitos.

Conocía aquellos aparatos. Por el tipo comprendía que se trataba de los dos trimotores de Wapp y de su cuadrilla. Ninguno de los dos tenía reparación posible.

No halló cadáveres dentro.

Pero más allá, en la playa, había un hombre muerto. Había quedado aplastado de cintura para arriba. En dicho trozo de su cuerpo no le quedaba un hueso sano. Era uno de los hombres de Wapp.

Doc Savage se volvió nuevamente hacia su aparato.

Estaba mirando hacia el lugar en que se encontraba, cuando se oyó una fuerte explosión, algo hueca, seguida instantáneamente de un tremendo raudal de luz blanca, que siguió brillando deslumbradora.

CAPÍTULO XIII

GUERRA EN EL CRÁTER FANTASMA

DOC Savage corrió hacia la luz. Ésta no le sorprendió. Tenía su origen en una de las bolas que había colocado el cuidadosamente.

Estaban llenas de una sustancia química que se incendiaba y ardía con brillante luz al ser rota la delgada cáscara al pisarla algún merodeador.

Otra de las luces empezó a arder. O Monk y Ham las habían pisado por equivocación, o se trataba de un ataque.

Era esto último. Sonaron dos disparos. Una de las pistolas ametralladoras contestó. Doc apretó a correr.

Allá en la laguna de oyó gran ruido como de chapaleteo. Pasó casi inadvertido en el nuevo tumulto.

Doc llegó a un punto desde el que podía ver el aeroplano con mayor claridad. Lo estaban atacando. Se veía claramente la rechoncha figura del capitán Wapp en la vanguardia.

Wapp se echó a un lado, se dejó caer detrás de una piedra pequeña y empezó a empujarla delante de él a modo de escudo. Esto tal vez le parecía fácil a Wapp; pero le resultó difícil en la práctica. Se rezagó a los otros.

Las super ametralladoras estaban dando buena cuenta de ellos. Cayó un hombre; luego otro.

Los demás vacilaron. La brusca aparición de las misteriosas luces les había dejado algo nerviosos.

Wapp tenía una cualidad de jefe: sabía cuando batirse en retirada.

—¡Hemos perdido! —bramó—. ¡Corred muchachos!

No le podían haber obedecido más aprisa. Dando grandes saltos, los atacantes desaparecieron en la oscuridad.

—¡Imbéciles! —rugió Wapp—. ¡Coged a los dos caídos! ¡Los hombres de Doc Savage disparan balas que sólo le dejan a uno dormido!

Esto hizo que los que huían se detuvieran a recoger a los caídos. Luego huyeron, soltando maldiciones. Wapp se puso en pie y los siguió.

Monk salió bramando del aeroplano de Doc, ansiosos de emprender la persecución. Estaba dando muestras de una agilidad asombrosa, teniendo en cuenta el estado en que se hallaba desde la noche anterior.

El capitán Wapp, que cerraba la retirada, se detuvo a vaciar su pistola contra Monk. Éste volvió a meterse apresuradamente en el aeroplano.

Disparó otra ráfaga con su pistola ametralladora.

Doc Savage se acercó y preguntó a sus dos ayudantes:

—¿Estáis heridos?

—No —gruñó Monk.

—Voy a ver si puedo obligarles a huir más deprisa —dijo Doc.

Corrió hacia la orilla de la playa. Ham y Monk le siguieron algo más despacio, por el dolor de sus músculos.

Doc gritó por encima del hombro:

—No es bueno que os canséis demasiado.

Ham dijo:

—No perdería yo esto por nada del mundo.

E intentó correr más deprisa.

Oían los pasos presurosos de sus enemigos que se alejaban. Monk probó dos veces de disparar ráfagas con su super ametralladora.

No pareció conseguir con ello otra cosa que recibir como respuesta alguna bala que se estrellaba contra las cercanas rocas.

Los de Wapp debían conocer el terreno.

Probablemente lo habrían explorado durante el día. Iban más aprisa que sus tres perseguidores, tal vez no más aprisa de lo que hubiese podido ir Doc de haber estado sólo; pero no quería abandonar a Ham y a Monk, que iban despacio y se cansaban pronto.

El camino era fantásticamente duro. Vez tras vez se encontraron con el camino cortado por barreras de roca.

Una vez Monk se hubiera precipitado en un abismo de no haberle asido Ham de la chaqueta. No encendieron luces.

Ello hubiera atraído los disparos.

Doc tomó una determinación.

—Volvamos atrás —dijo—. El momento de hacer esto es cuando haya amanecido. Y tal vez pudieran flanquearnos y llegar a nuestro aeroplano.

Emprendieron el camino de regreso, caminando más despacio y deteniéndose con frecuencia a escuchar. Cuando se hallaban a unos cien metros del aparato, Doc Savage rompió a correr de pronto.

—¡Hay alguien en el avión! —exclamó.

Y se perdió en la oscuridad.

Las bolas químicas se habían apagado ya, dejando una oscuridad que parecía tinta solidificada.

Los oídos de Doc habían percibido pequeños sonidos en la oscuridad.

Eran ruidos de agua, salpicones, algo que raspaba en la arena, tal la quilla de una embarcación. Había notado otra cosa también; un tintineo como de llaves que trabajaran en metal.

No queriendo caer en una emboscada, el hombre de bronce sacó una lámpara de bolsillo, torció la parte delantera para que proyectara un haz luminoso ancho y se acurrucó detrás de una roca.

Oprimió el botón de la lámpara.

Nadie había alrededor del aeroplano.

Pero a cincuenta metros de la playa había una extraña embarcación aplastada. Tenía muy poco calado e iba impulsada por un motor *outboard.*

El motor estaba parado.

Un hombre, de pie en ella, la empujaba silenciosamente por la parte poco profunda de la laguna, con ayuda de un remo largo, alejándose del aparato.

Era el misteriosos hombre que fingía ser manco.

Se dejó caer cuan largo era en el fondo de la embarcación y dio un tirón a la cuerda de arranque del motor. Debía de tenerlo preparado de antemano, porque cogió enseguida.

Siempre echado, el hombre alzó la voz. Sus palabras se comprendían claramente.

—¡He quitado los carburadores de los motores de su avión! —

gritó—. ¡No pueden marcharse! No hay alimentos en esta isla. Y tengo guardada la única agua que hay para que no puedan usarla.

—¿Qué es lo que intenta usted hacer? —gritó Doc.

—Llegar a un acuerdo con usted —respondió el hombre—. Quíteme del paso a Wapp y a sus hombres y le devolveré los carburadores para que pueda marcharse de aquí. Y tendrá que marcharse sin hacer demasiadas preguntas, por añadidura.

El motor era potente y la pequeña embarcación se alejó con rapidez.

Casi estaba fuera del alcance de la luz de la lámpara de bolsillo cuando llegaron Monk y Ham.

Doc cogió la pistola de Monk y dirigió una ráfaga de “balas de misericordia” en dirección al barco. Pero el ocupante se quedó completamente echado y volvió la embarcación de forma que le protegiera el motor. Pudo escapar.

Escucharon el zumbido del motor que se alejaba. Una cosa era de observar: la pequeña embarcación se movía muy junto a la ribera, donde el agua era poco profunda. Ni una sola vez se apartó de allí.

—Parece como si ese tipo temiera a los monstruos marinos que hay en la laguna —observó Monk.

Doc Savage examinó apresuradamente el aeroplano. Era tal y como había dicho el misterioso manco: faltaban todos los carburadores.

No era muy difícil quitarlos, porque, para mayor facilidad en la limpieza, estaban hechos de forma que pudiesen desmontarse rápidamente.

—¿Hay piezas de repuesto a bordo? —inquirió Monk.

—No —respondió Doc—; sólo esas piezas pequeñas que acostumbran a estropearse. Me parece que meteremos el aparato en el agua y anclaremos.

Ham empezó a decir, dubitativo:

—Pero esas cosas que hay en el agua, sean lo que fueren…

—Creo que estaremos seguros donde el agua tiene poca profundidad. Por lo menos, se trata de escoger dos males: la laguna y la cuadrilla de Wapp, y no creo que Wapp y los suyos se atrevan a meterse en el agua.

Doc le habló de los aparatos deshechos que había visto y del

cadáver que encontrara en la playa.

—¡Uf! —murmuró Monk—. ¡Vaya agujerito éste!

Miró a su alrededor, intentando penetrar la oscuridad con la mirada. Escuchó el aullido melancólico y sepulcral del viento entre las rocas.

No era un sonido muy animador, y mucho menos después de todo lo que había ocurrido hasta entonces.

—Eso de “fantasma” le va muy bien al nombre de este lugar —agregó Monk.

Cambiaron la posición del aeroplano, lograron empujarlo por la playa hasta que empezó a flotar. Luego lo guiaron, luchando a veces contra las fuertes ráfagas de viento, hasta que estuvieron a unos cien metros de distancia.

Anclaron en agua que no llegaba mucho más arriba de las rodillas.

—Empieza a subir la marea —dijo Doc—. Eso significa que habrá aquí agua más pronto. Si se hace demasiado profunda, nos acercaremos más a la playa.

Una hora más tarde, la luna cambió de posición lo bastante para descubrir, muy cerca, una caleta con lados muy altos y rocosos.

Dentro de ésta, el aeroplano quedaría escondido y podría vérsele más que desde el otro lado de la laguna.

Monk dijo:

—Sigo sin poder dormir. ¿Qué os parecería si dejáramos el avión y exploráramos los alrededores?

Doc se mostró de acuerdo. Tenía vivos deseos de dar con los prisioneros, Pat, Nancy Law y Johnny si aun estaban vivos.

Antes de abandonar el aeroplano, ejecutaron una serie de cosas para dar que hacer a cualquiera que merodeara por allá.

Colocaron pequeñas bombas llenas de un gas inofensivo que dejaba sin conocimiento, de forma que explotaran al ser abiertas las portezuelas.

Monk, con algo de dificultad, preparó unos cuantos contactos eléctricos capaces de dejar casi sin sentido al que tocara el fuselaje.

—Long Tom es el que hubiera hecho esto bien —observó, mientras trabajaba—. ¿Qué habrá sido de él en Nueva York? No volvió a aparecer después de esa reunión a la que tenía que asistir en Washington.

Doc dijo:

—Vámonos.

La noche era fría. La humedad que había en la arena se había helado, de forma que rechinaba bajo sus pies hasta que se acercaron al acantilado, donde la arena era más seca.

El viento hacía sonidos extraños. Fuera, en la laguna, se oyó otra vez el gigantesco chapaleteo.

—Con un centavo podría comprarme mi parte en este lugar —aseguró Monk.

Doc agarró el brazo del químico y le detuvo. Ham fue detenido de igual manera. Los tres se quedaron parados, esforzándose por oír algo, hasta que les dolieron los oídos.

Monk y Ham no pudieron oír nada más que los ruidos usuales de la isla.

El hombre de bronce se alejó en la oscuridad. Estuvo ausente cinco minutos completos y en ningún momento hizo el menor ruido perceptible.

De pronto volvió a aparecer junto a sus compañeros.

—¿Qué era? —susurró Ham.

Doc Savage tardó en hablar. Cuando lo hizo, sus palabras fueron bruscas y autoritarias.

—¡Ahí está! —gritó—. ¡Cogedle!

Hizo ruido con los pies, como si corriera; sin moverse de su sitio, Monk y Ham le imitaron. No sabían en que dirección moverse.

Siguió un silencio absoluto, salvo por los ruidos de la isla.

La minúscula voz de Monk inquirió:

—¿Por qué has hecho todo eso?

—Creí oír alguien cerca —contestó Doc, con sequedad—. No pude dar con nadie cuando busqué. Probé esa treta con la esperanza de que el espía se moviera y delatara el lugar en que se encontraba. Supongo que no había nadie. El viento debió de mover una piedra.

Siguieron andando lentamente.

Sí que había un espía. Si hubiese sido un blanco, Doc le hubiera encontrado, con toda seguridad. Pero aquel hombre era medio salvaje y sabía rastrear como las fieras.

Se había quedado completamente inmóvil después de hacer aquel pequeño ruido sin querer. Y no se movió hasta que Doc y sus dos compañeros se hubieron alejado bastante.

El indígena no llevaba ni un hilo sobre su cuerpo. Iba desnudo porque la ropa hace un leve ruido al rozar.

Además, había hecho una cosa poco corriente para él: se había bañado recientemente para quitarse tanto olor del cuerpo que pudiera ser percibido por alguien de olfato agudo.

El indígena se puso en movimiento. Sus encallecidos pies no hicieron el menor ruido. Parecía no darse cuenta del frío a pesar de estar desnudo, y no tiritaba.

Apretó el paso cuando se halló un poco alejado, empezando a correr a los pocos momentos. Alguna que otra vez cayó al tropezar con rocas; pero, en general, avanzó con sorprendente facilidad.

Dio la vuelta a la orilla de la laguna. Luego se volvió a la playa y empezó a escalar. A la luz de la luna, parecía estar ascendiendo un peñasco cortado a pico que se alzaba como un dedo gigantesco.

Había una especie de sendero, una serie de escalones. Conducían a una viga que hacía de puente sobre un abismo de unos sesenta metros de profundidad.

Al otro lado de la viga había una escalera de mano que conducía a un agujero redondo abierto en la roca. Se observó movimiento en el agujero.

Una atezado gigante, con un enorme cuchillo, se asomó; luego soltó un gruñido y dejó pasar al hombre desnudo.

El indígena sin ropa fue a una cámara de piedra brillantemente iluminada por una luz eléctrica. La cámara subterránea era grande y su profundidad dentro del pináculo de roca podía deducirse del hecho de que hasta allí no llegaba el menor ruido exterior, ni siquiera el rugido de las olas al estrellarse contra la costa exterior de la isla.

El lugar no estaba demasiado ordenado; pero contenía una enorme cantidad de equipo químico. Un entendido en esas cuestiones hubiera visto enseguida que no se trataba de un laboratorio, sino más bien de una instalación destinada a la fabricación de un producto especial.

Qué era aquel producto, era cosa que hasta un químico de experiencia hubiera necesitado algún tiempo para descubrir.

El misterioso manco estaba trabajando en el centro de la cámara, metiendo un aparato eléctrico destinado a batir en un enorme depósito bajo el cual funcionaba un artefacto eléctrico de

calefacción.

Se estaba mezclando algo en el depósito. Tres probetas de cristal derramaban chorros continuos de ingredientes y, de vez en cuando, el hombre revolvía el contenido de unos tarros.

Estaba usando los dos brazos y su rostro tenía una expresión sombría.

Parecía un brujo preparando un sortilegio.

Miró al indígena y dijo:

—¿Quién te has creído que eres? ¿Adán? Ve a vestirte.

El indígena se puso un taparrabos. Cuando habló, lo hizo en inglés bastante correcto.

—Doc Savage y sus dos hombres han cambiado de sitio el aeroplano —dijo—. Han anclado…

—No habrán salido los imbéciles a la laguna, ¿verdad?

—No, no —se apresuró a explicar el indígena—; están en una caleta pequeña, en agua poco profunda, explorando la vecindad.

—¿Cuánto han averiguado?

—Muy poco.

—Aguarda un momento —gruñó el hombre blanco—. Tengo que acabar esto. Nuestro proyecto no puede detenerse.

—Los depósitos están bajos —asintió el otro.

—No dejé lo bastante antes de irme para Nueva York. Pero eso está ya poco menos que hecho. Ha de ser administrado como de costumbre, ¿Comprendes?

—Comprendo… mezclado con la comida antes de tirarlo a la laguna —asintió el gigante.

Se empleó cerca de media hora en completar la mezcla. El hombre que la estaba preparando no pareció satisfecho hasta que el producto quedó metido en tarros de cristal.

—Con eso tendremos para una semana —dijo.

—¿Vuelvo a vigilar al hombre de bronce? —preguntó el indígena.

—No —El falso manco parecía cansado y desesperado—. Ese Wapp llegó a tierra con todos sus hombres menos uno, aun fue lo bastante estúpido para amarrar en el centro de la laguna. Es peligroso, porque su cuadrilla nos supera en número y están todos bien armados. Además, creo que ha traído un cañón pequeño y proyectiles explosivos. Me pareció verles sacarlo de los restos de sus

aeroplanos.

—Lucharemos contra ellos —dijo el indio.

—Y nos vencerán —gruñó el otro—. No. Tenemos que usar la cabeza. Tengo un plan. Me sabe mal emplearlo, porque implica que uno de nosotros se deje capturar por Wapp.

—Lo haré yo —ofreció el indio.

El blanco sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—Con suerte, puedes convencerles para que no te maten —dijo —. Y creo que valdría la pena correr ese riesgo. El Cráter Fantasma es el producto de toda mi vida de estudio y de trabajo. Y ahora lo tengo: algo que nos hará ricos a todos. ¡Que me ahorquen si pienso cortarlo!

—¿Qué quiere usted que haga?

—Ronda por los alrededores del campamento de Wapp. Déjate coger. Finge asustarte hasta el punto de que se te suelte la lengua cuando intenten interrogarte. Diles dónde está Doc Savage.

—Entonces probarán otra vez y tal vez maten a ese Savage.

El otro movió negativamente la cabeza.

—No; porque, entretanto, le avisaré yo. Mi idea es hacer que los dos grupos sigan luchando entre sí hasta que Savage venza a Wapp. Luego, nosotros...

—¿Y si ganara Wapp?

—No ganará —dijo el blanco, convencido—. Me jugaría cualquier cosa a eso. Y, cuando Savage venza, tenemos las piezas de su aeroplano para poder negociar con él. Podemos obligarle a marcharse sin hacer demasiadas preguntas.

Discutieron el asunto. Era un plan sencillo aquel de lanzar a un bando contra otro y conservar un arma contra aquel que creían saldría vencedor.

—Wapp no te hará daño alguno —observó el manco—. Hazle creer que sabes cómo puede tomarse este sitio. Y, si puedes, ayuda a escapar a los prisioneros de Wapp. Uno de los prisioneros es mi sobrina Nancy Law. Los otros dos son amigos de Doc Savage: Uno su ayudante Johnny; el otro su prima Patricia Savage. Cualquiera sabe cuándo se le ocurrirá a ese imbécil de Wapp matarles.

Salieron y, junto al agujero, hallaron al centinela la mar de desconcertado.

Su expresión llamó inmediatamente la atención del manco.

—¿Qué ocurre? —preguntó en el dialecto indígena.

—Se oyeron ruidos extraños abajo —explicó el hombre—, sonaban como si uno de mis compañeros se hallara en peligro. Eran de mi idioma. Bajé. Pero nadie había.

—Suena algo así como una estratagema —dijo el manco, lentamente—; pero no podía ser Wapp. Ninguno de sus hombres conoce el dialecto de los indios de la Patagonia. Ve con cuidado al investigar esos sonidos, si vuelves a oírlos.

—He usado cuidado —contestó el centinela—. Continuaré usándolo.

El indígena que había seguido a Doc, y el hombre blanco, que había vuelto a sujetarse el brazo para parecer manco, se marcharon, bajando por el pináculo de piedra.

El centinela les vio alejarse y luego escuchó, cuando hubieron desaparecido.

El lugar que guardaba era casi inaccesible, salvo por aquel punto y, desde allí, un solo hombre hubiera podido mantener a raya a todo un ejército.

Hay un gesto que parece indicar, en el mundo entero, que uno está intrigado: el rascarse distraídamente la cabeza.

El centinela lo hizo al mirar hacia abajo. Estaba intrigado por aquellos gritos que había oído. Escudriñó atentamente la oscuridad.

De vez en cuando se oían ruidos en las cámaras abiertas en las rocas tras él; pero no hizo el menor caso. Algunos de sus compañeros se hallaban allá dentro.

Había, sin embargo, una persona en las cámaras de piedra que no era uno de los indígenas, aun cuando, físicamente, el merodeador era aún mayor que los más altos y fuertes de los enormes indígenas.

Doc Savage se hallaba en el cuarto que contenía los aparatos químicos y daba muestras de gran interés en la mezcolanza hecha por el misterioso manco.

El indígena procedente de la caleta en que se hallaba el aeroplano de Doc y que había regresado tan convencido de haber despistado a Doc había sido mucho menos hábil de lo que se creía.

El hombre de bronce, después de fingir alejarse con Monk y Ham, no había hecho más que dar un rodeo, volver al punto de partida y aguardar a que el indígena se moviera. El seguirle había

sido difícil, pero no imposible.

El entrar en las cámaras de pináculo de roca había sido más difícil.

Había resuelto la dificultad alejando al centinela de allí con débiles gritos en su propio idioma. Luego, mientras el hombre investigaba, Doc entró sin ser visto.

El hombre de bronce, por segunda vez, repasó todo lo que veía, inspeccionando los ingredientes de la extraña mezcla. Éstos se hallaban en botellas, tubos y cajas y todos llevaban etiqueta.

Ninguno de ellos salía mucho de lo corriente. Todos hubieran podido ser adquiridos en cualquier almacén grande de productos farmacéuticos. Quien hubiese estado observando las facciones de Doc hubiera visto, por una vez, aparecer una expresión fácil de interpretar. Reflejaba su rostro comprensión y satisfacción.

Durante un momento, el extraño trino, la exótica nota peculiar de Doc en momentos de excitación, empezó a sonar.

Se oía de lejos y, allá en el fondo del laberinto de piedra, la voz de un indígena sonó, intrigada, haciendo que Doc cortara en seco el sonido.

No se había dado cuenta de que lo hacía, cosa que le ocurría con frecuencia.

Aquel sonido tenía siempre un significado determinado. Y, en aquel momento, significaba que Doc había hallado los eslabones que le faltaban para completar la cadena de sus deducciones, permitiéndole comprender el secreto del Cráter Fantasma.

CAPÍTULO XIV

LA TRAMPA

DOC Savage salió de la cámara y se dirigió a la salida. Una vez, cuando oyó moverse a un hombre por las profundidades, se metió en un cuarto que parecía vacío.

Era, evidentemente, un lugar de estudio de alguna clase, porque había varias estanterías llenas de libros y había un sillón grande, mal relleno, obra, aparentemente, de un hombre que tenía muy poco de carpintero.

En las paredes, en vitrinas de confección casera, había varios ejemplares disecados de fauna marina.

Doc Savage examinó uno de ellos a la luz que se filtraba del corredor. Era un ejemplar muy raro del género de los invertebrados.

No era una colección tal como tendría un vulgar aficionado. Demostraba más bien que Hezemiah Law, pues probablemente habría hecho él aquella colección, sabía más de lo corriente de la vida marina.

Había una vitrina grande en uno de los lados, cubierta de lona. Doc alzó la cubierta. Dentro había tarros de cristal, llenos de un líquido incoloro y una especie de excrecencias oscuras, que parecían tumores en varios grados de desarrollo. Algunas de aquellas excrecencias eran enormes.

Puesto que esperaba crearse la oportunidad de examinar todo aquello sin prisas, salió del estudio al corredor. Sintió bajo los pies arena suave.

Aquel pináculo de roca era de formación blanda y nada difícil de excavar.

Vio al centinela de la entrada. Aun estaba inclinado hacia abajo, escuchando, esperando oír los extraños gritos que tanto le habían

intrigado.

Doc se encargó de que viera realizados sus deseos. Echó la cabeza hacia atrás, puso en tensión los músculos de la garganta y emitió una imitación ventrílocua de un hombre que gritaba en la lejanía, usando el idioma de la Patagonia.

El centinela sufrió un brusco sobresalto, decidió que la llamada venía de abajo —de donde había parecido emanar—, cogió una potente luz y empezó a descender por el estrecho camino.

Dirigiendo la luz hacia delante, podía iluminarlo por completo. Sabía que nada podría pasarle.

El hombre cometió un error: no se le ocurrió mirar hacia atrás. Si lo hubiera hecho, tal vez hubiese visto a un gigantesco hombre de bronce, mucho más grande que él, resbalar por un delgado cordón de seda una de cuyas extremidades iba sujeta a un gancho plegable que había introducido en una hendidura de la roca.

Pero el centinela no miró hacia atrás y se pasó media hora buscando, en vano, la voz que creía haber oído llamar.

Doc Savage intentó seguir al misterioso manco y al indígena. Pero fue inútil.

Le llevaban demasiada delantera.

Se dirigió, a continuación, a la pequeña caleta en que se hallaban Monk y Ham con el aeroplano.

El misterioso manco y su compañero habían viajado aprisa desde que dejaran el pináculo. Pero al aproximarse al lugar en que Wapp y sus hombres estaban acampados, hicieron alto.

El manco se subió a un saliente de roca y observó el campamento.

Evidentemente, lo habría descubierto el día anterior, o alguno de sus indígenas habría visto acampar a la cuadrilla.

Wapp había usado discernimiento al escoger aquel lugar. En la cima de una pendiente colina había una pila de bloques de piedra de un tamaño enorme que probablemente habrían formado parte alguna vez de una peña gigantesca que el hielo de muchos inviernos quebraría.

Esto formaba un excelente refugio y, puesto que las laderas y la pendiente colina carecían de cubierta y estaban bastante bien iluminadas por la luna, era un lugar muy difícil de sorprender. Una hoguera ardía en las rocas, proyectando vacilante y rojizo

resplandor.

El falso manco bajó de su atalaya y habló con el indígena.

—Avanza y déjate coger —dijo—. Diles, después de un rato, dónde se encuentra Doc Savage. Es peligroso lo que vas a hacer, amigo mío, y no lo olvidaré. Tu casa será rica para siempre.

—Es cuanto pido —contestó el indígena, en su idioma.

Avanzó furtivamente. Parecía tener una buena idea de dónde se hallaban estacionados los centinelas de Wapp.

Logró ser capturado de una manera muy sencilla. Se limitó a dar un tropezón como si hubiera caído accidentalmente, mientras espiaba por los alrededores, y rodó bien a la vista.

—¡Quieto! —gritó una voz desde arriba. El indígena fingió temor y no se movió.

El centinela no estaba dispuesto a correr riesgos.

—¡Levántate y ven aquí! —ordenó—. Y… ¡cuidado con intentar treta alguna!

Era el endurecido hombrecillo Sass y tenía al cerdo *Habeas Corpus* atado a una peña enorme.

El indígena avanzó haciendo temblar sus miembros como si estuviera medio muerto de miedo. Se dejó hacer prisionero y no tardó en comparecer ante Wapp.

Éste no empleó procedimientos suaves para interrogarle. Dio puntapiés y golpeó al indígena, sin dejar de hacer preguntas.

Quería saber cómo introducirse en la verdadera fortaleza excavada en el pináculo de roca.

—No existe medio alguno —insistió el indio.

Lloraba ya como un niño. Estaba desempeñando a las mil maravillas su papel.

Wapp quiso saber dónde estaba Hezemiah Law —¿Figuraba entre los muertos del aeroplano incendiado en Blanca Garde? Parecía ser que Wapp no lo sabía.

Por fin, el capitán se puso a hacer preguntas acerca de Doc Savage.

El enorme indígena hubiera podido dar lecciones en el arte de fingir hasta al propio Ropes, que se hallaba allí cerca, con Braski.

Aterrado al parecer, confesó que había estado explorando en busca de Doc Savage y que regresaba con la información cuando había tenido la desgracia de caer prisionero.

—¿Dónde está ese Savage? —bramó Wapp.

El indígena describió la caleta.

Wapp empezó a dar órdenes. El campamento entró en actividad al prepararse una expedición para salir a liquidar al hombre de bronce, o por lo menos, a intentarlo otra vez.

Allá en la oscuridad, el manco misterioso había permanecido vigilando hasta ver el movimiento y los preparativos de una cuadrilla de Wapp. Quería estar seguro de que éstos caerían en la trampa antes de ir a avisar a Doc.

Mientras esperaba, se había soltado el brazo; pero antes de abandonar su otero volvió a sujetárselo. Expresó el desagrado que esto le producía.

—Espero que no tendré que seguir siempre así —gruñó. Bajó de la roca, suspiró de alivio al hallarse en terreno más llano, y apretó el paso. Tendría que ir aprisa para poder avisar a Doc y proponerle un sistema mediante el cual podría hacer caer en una trampa a los hombres de Wapp.

No dio más de media docena de pasos. Oyó un leve ruido; se detuvo.

Un instante después se oyó un ruido más fuerte, algo así como un silbido detrás de él. El cerebro pareció estallarle. Empezó a sumirse, al parecer, en un abismo profundo y negro.

En realidad, no cayó más que hasta el suelo.

El hombre que le había derribado se lanzó sobre él, esperando resistencia.

Pero el manco estaba sin conocimiento.

El desconocido rió, recogió a su víctima y la condujo al campamento de Wapp. Llamó al centinela y recibió orden de avanzar. Lo hizo con su cautivo a cuestas.

—Me parece que no ha sido mala la faenita, ¿eh? —rió.

El centinela le miró, boquiabierto.

—¡Rayos! —exclamó—. ¡El manco que ha tenido intrigado a todo el mundo! ¿Dónde le pescaste?

El hombre contestó a dicha pregunta en presencia de Wapp, unos instantes después.

—Estaba explorando los alrededores como me ordenó —dijo—. Oí a dos pájaros andar por ahí. Me acerqué todo lo que me fue posible; pero no pude echarme sobre ellos porque no tuve ocasión.

Pero les oí hablar.

—¿Qué decían? —inquirió Wapp.

—Tenían un plan. El indígena había de engañarle a usted para que atacara a Doc Savage. Éste iba a encargarse de avisar a Doc para que le estuviese esperando.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó Wapp.

Inclinándose, llevó a cabo su operación favorita: le dio al manco un terrible puntapié en el costado, y descubrió así que su prisionero tenía dos brazos.

Le soltaron el brazo escondido, lanzando exclamaciones de asombro.

Ropes había estado en segundo término con Braski, observando. Ahora los dos se adelantaron y se pusieron a trabajar sobre el prisionero.

Le quitaron al misterioso personaje una dentadura postiza y le borraron de la cara cierta cantidad de pintura, dejando al descubierto un rostro que no era, ni mucho menos, el de un joven.

Frotando con fuerza, se descubrió también que tenía el cabello cubierto de una sustancia grasienta que le hacía parecer más oscuro. En realidad, el hombre tenía la cabellera blanca.

Braski y Ropes se retiraron y miraron al capitán Wapp con gesto triunfal.

—¿Le reconoce? —inquirió Braski.

—Vaya sí le reconozco —respondió el capitán. Se inclinó sobre su prisionero—. ¿Qué pretendía usted con esto?

El cautivo parecía increíblemente viejo y su expresión era la de un hombre vencido.

—Desconfié de Braski desde el primer momento —dijo.

—¡De mí! —exclamó Braski—. ¿Desconfiaba de mí?

—Había estado usted vendiendo mi producto y quedándose con parte de los beneficios —dijo el hombre—. Investigué y averigüé eso. Me disfracé de manco y marché a Nueva York, para ajustarle a usted las cuentas como pudiera. Fue entonces cuando me enteré de que usted, el capitán Wapp y Ropes trabajaban juntos y que tenían la intención de matarme y quedarse con todo. No estaba satisfecho con lo que podía robarme, ¿eh?

Braski profirió una maldición.

Wapp le miró y dijo, burlón:

—No fue usted tan listo como creía, ¿eh?

El hombre que yacía en el suelo agregó algo más de información.

—Fui yo quien metió en el asunto a Doc Savage —dijo—. Le mandé un telegrama sin firma, diciéndole que investigara el barco ballenero *Harpoon*. Eso fue después de haberse apoderado usted de mi sobrina Nancy Law. Quería que Savage la salvase. No creí que se enterara de nada. La muchacha no sabía una palabra.

El capitán Wapp saltaba de un lado para otro como una fiera enfurecida y bramaba palabrotas que se oían por encima del rugido del viento.

—¡Va usted a pagar caro todo el daño que ha hecho! —aulló.

—Jamás podrá tomar usted mi cuartel general —aseguró el otro, sombrío—. Mis indígenas lucharán contra usted hasta el fin.

—Eso ya lo veremos —respondió Wapp, ominoso.

El pistolero pequeño y pálido llamado Sass había estado observándolo todo en segundo término. Ahora se adelantó, señalando al desconocido.

—¿Quién es éste? —inquirió.

Wapp soltó una maldición.

CAPÍTULO XV

WAPP APRIETA

SASS, distraído, dio un golpe a Habeas con la puerta, mientras miraba a Hezemiah Law. Luego se rascó la coronilla, sin disimulo.

—¡Pero... ¡si esa Nancy Law cablegrafió aquí cuando este tipo estaba en Nueva York y, sin embargo, recibió contestación! —dijo.

—¿Y eso? —preguntó Braski mirando a Hezemiah.

—¡Sí! —repitió Sass—. ¿Y eso?

—Estaba vigilando el despacho de Doc Savage —respondió el viejo, con hastío—. Me sorprendieron, pero pude escaparme. Sea como fuere, yo sabía que la muchacha había mandado un cablegrama. Conque me limité a cablegrafiar a mis hombres, diciéndoles que contestaran como si aun estuviese yo en la Patagonia. Tenía unos cuantos indígenas esperándome en Blanca Garde con un aeroplano, como bien saben ustedes.

—Pero... ¿por qué todas esas complicaciones? —insistió Braski.

—Sí —asintió Sass—; ¿por qué armó tanto lío?

—Para que todo el mundo creyese que estaba yo en la Patagonia —contestó Hezemiah Law—. No quería que supiera Doc Savage que estaba en Nueva York. Hubiera hecho preguntas acerca de este lugar y yo quería guardar el secreto. No quería que se enteraran ustedes.

—¡Sonría cuando hable con nosotros! —bramó Wapp, humorísticamente.

Y descargó un puntapié que debió de romperle una costilla al viejo.

Law se retorció, gimió; pero nada dijo.

Wapp miró Braski.

Éste dijo:

—Esto puede darse por liquidado. Tenemos a Law. Su sobrina está también en nuestro poder. Tenemos a la prima de Doc Savage y a uno de sus hombres y sabemos dónde está el hombre de bronce. Los dos hombres que le acompañan no están en condiciones de luchar.

—Así es —asintió Wapp—. En cuanto a mí, yo soy de opinión que debemos liquidar a todos los que tenemos en nuestro poder.

Braski movió afirmativamente la cabeza.

—Todos, menos Hezemiah Law —dijo.

—Y a él... ¿por qué no?

—Hemos de conocer los ingredientes de esa mezcla que hace para la alimentación —le hizo ver Braski—. Sin ello, no podemos trabajar en este sitio por nuestra cuenta.

—Es cierto —asintió Wapp—. Dejaremos con vida a Hezemiah; pero mataremos a los demás.

—De acuerdo.

Acabaron de reunir sus armas. Wapp dio órdenes. Cualquier observador se hubiese dado cuenta de que Braski y Ropes intentaban reunirse sin ser vistos.

Pero no lo lograron.

Wapp se separó a un hombre de los demás y le dijo que se quedara atrás.

—¿Cuánto valor tiene usted? —inquirió.

El pistolero escogido parecía una rata cubierta de costurones. No podía negar su profesión. Dijo:

—Tengo de sobra. Todo el que hace falta. Pruébeme.

—Cuándo regrese, tal vez no encuentre a nadie vivo más que a Hezemiah Law, ¿verdad? —dijo el capitán, expresivamente.

—Comprendo —replicó el otro—; a los demás pudiera indigestárseles un poco de plomo.

Así fueron dadas las órdenes para que consumara una serie de asesinatos.

El capitán Wapp formó a sus hombres en un compacto grupo. Bajaron la ladera de la colina con cautela y desaparecieron en la oscuridad.

No hicieron mucho ruido, porque al poco rato no se oía más ruido que el del viento. Había aparecido una nube cortada que pasaba por delante de la luna en pequeños trozos, de forma que se

sucedían los intervalos de luz y de oscuridad.

El hombre que había quedado atrás para asesinar, sacó una pistola y, tras unos momentos de vacilación, volvió a guardársela y sacó un cuchillo.

Empezó a afilarlo.

Estaba probando la hoja en un pelo arrancado de su propia cabeza, cuando oyó ruido y se volvió. Vio a la diminuta figura de Sass subir la ladera.

—¿Para qué ha vuelto? —preguntó.

Sass soltó una maldición.

—Ese imbécil de Wapp —gruñó—. Ha cambiado de opinión. Me ha mandado a que se lo diga.

—A que me diga... ¿qué?

—Que no mate a los prisioneros. Y, hermano, más vale que no lo haga, porque yo vuelvo a decirle a Wapp que están vivos y le despellejará como se los cargue. Ha decidido...

—¡Qué rayos! —gruñó el otro.

Sass se marchó.

El hombre que había quedado atrás, tenía unas entrañas bastante negras. Se acercó a donde se hallaban los prisioneros.

Sabía que éstos habían oído la orden de que se les matara a todos menos a Hezemiah Law, que yacía atado y amordazado en una hendidura de la roca.

Pero no creía que hubiesen oído volver a Sass y anular la orden. Conque pensó en divertirse un rato a su manera.

Afiló abiertamente el cuchillo un rato, luego se acercó, metió los dedos entre el cabello de Pat y le alzó la cabeza, destapándola el cuello, como para cortarlo.

—Si yo fuese un caballero, tal vez te dejara para la última, nena —dijo—. Pero yo no soy caballero.

Con la garganta muy seca, Pat respondió:

—Eso lo comprendía cualquiera.

El hombre soltó un rugido, volvió a cogerla del pelo... y ocurrió algo.

Algo salió de la oscuridad, le dio de lleno en la cabeza y rebotó. Era una roca, del tamaño de una pelota grande. El hombre cayó de bruces al suelo.

Todos los prisioneros se quedaron inmóviles. Aturdidos por

sorpresa.

Los labios de Pat estaban levemente entreabiertos. Se separaron aún más al volar un cuchillo por el aire y caer casi a su lado.

Pat no perdió el tiempo en pensar. Rodó un poco, asió el cuchillo con los dedos y se cortó las ligaduras. Puso en libertad después a los demás.

Johnny se levantó, exclamando:

—Que me superamalgamen!

Y corrió a ver de dónde habían partido roca y cuchillo.

—Insondable evento —murmuró.

—No todos hemos nacido con un diccionario en la boca —le dijo Pat.

—Acontecimiento que no se explica —dijo Johnny—. No encuentro a nadie.

Todos miraron por los alrededores; pero no hallaron rastro de su misterioso benefactor.

Mientras ataban a su ex carcelero, que sólo había perdido el conocimiento, Pat dijo:

—Tenemos que ayudar a Doc. ¡Es preciso que le avisemos! —Se volvió hacia Hezemiah Law—: Usted sabe dónde está. Enséñenos el camino.

—Sí que lo haré —respondió el viejo. Se puso en pie y gimió—: Ese Wapp me rompió una costilla al darme el puntapié.

Cogieron la pistola que encontraron en el bolsillo del que se había quedado atrás para matarles. Era la única arma que tenían.

Dejaron la colina y avanzaron por la oscuridad, cruzando el increíble bosque de piedra en dirección a la caleta.

Johnny se acercó más a Hezemiah Law.

—Exégesis consumada, es mandatoria una recapitulación —dijo.

Hezemiah soltó un gruñido.

Pat se acercó.

—Tal vez no entienda tu idioma, Johnny —. Se volvió al viejo—. Lo que queremos saber es qué se oculta tras todo esto. ¿Qué hay en el Cráter Fantasma de lo que todo el mundo se quiere apoderar?

—Temía que me preguntaran ustedes eso —gruñó Hezemiah Law.

—¡Que lo temía! —exclamó Pat—. Apuesto a que estaba usted seguro de ello. Conteste.

—No.

—¡Qué hombre es usted!

Hezemiah tenía suficiente sentido común para comprender que era necesaria alguna explicación.

—Lo que tengo aquí es producto de toda una vida de trabajo —dijo—. Desde la niñez, soñé con la posibilidad de lograrlo. Trabajé y estudié. Toda mi carrera iba dirigida a ese objetivo final. Ahora lo he conseguido.

—Y está usted decidido a no soltarlo —observó Pat, con sarcasmo.

—No es sólo eso —le dijo Hezemiah—. Es que si el mundo sospechara lo que tengo aquí, nada bueno se conseguiría y se haría mucho daño. En primer lugar, el precio de lo que tengo para vender bajaría en cuanto se enteraran en el mercado que existía un procedimiento para producirlo en cantidad.

—Ya… —dijo Pat.

Hezemiah Law agregó, como defendiéndose:

—Ya saben ustedes lo que ocurrió con el precio de las perlas en cuanto la ciencia aprendió a cultivarlas introduciendo granos de sustancias extrañas en las ostras.

—No será perlas lo que tiene usted aquí…

—Claro que no.

—Calle —avisó Pat—. Wapp pudiera oírnos.

Guardaron silencio y avanzaron con mayor cautela, porque se estaban aproximando ya a la playa de la laguna y a la caleta.

Oían el rumor de las olas de la laguna por entre el rugido, más distante, de las olas que se estrellaban en la playa exterior. Descendieron bruscamente y sintieron arena bajo los pies.

—Aquí está la caleta —susurró Hezemiah Law.

Hicieron uso de tanta cautela, que resultaba fatigante a más no poder.

Y registraron la caleta de una punta a otra. Johnny llegó incluso a meterse por el agua hasta el centro de la misma.

No encontraron a Doc, ni a sus hombres, ni al aeroplano.

Fue Hezemiah Law quien armó jaleo a continuación. O mejor dicho, su sobrina Nancy.

Los dos se habían apartado un poco en la oscuridad.

—¡No quiero! —exclamó Nancy de pronto, con vehemencia—. O

van ellos también, o no voy yo.

Pat se volvió, diciendo:

—¡Cállense ustedes! ¡Quieren que se acabe el mundo? ¿Qué pasa?

—Que no puedo decir que sientan mucho cariño por este tío mío —contestó Nancy Law, con ira.

—Yo sólo esperaba... —Hezemiah Law no pudo acabar la frase.

—Sólo esperaba que él y yo pudiéramos largarnos juntos y llegar a su fortaleza o lo que lo llame —dijo Nancy—. Quería abandonarlos a todos aquí.

Hezemiah Law murmuró:

—Estoy intentando impedir que Doc Savage descubra mi secreto.

—O mucho me equivoco, o Doc conoce su secreto ya a estas horas —respondió Pat.

Hezemiah guardó silencio unos instantes, y cuando habló lo hizo lentamente, como excusándose:

—Les llevaré a todos conmigo —dijo, como resignándose a algo que había esperado poder impedir.

La ira hizo que Johnny se olvidara hasta el punto de usar palabras pequeñas.

—Es usted muy amable —dijo con ironía.

Emprendieron el camino de la fortaleza del viejo. Johnny, haciendo uso de palabras cortas y de toda su persuasión, intentó sonsacar a Hezemiah Law, sin lograr absolutamente nada.

—Es desconcertante este secreto —le dijo Johnny a Pat—. No creo que haya pasado por tantas molestias antes y averiguado tan poco. La verdad, me da dolor de cabeza.

—Y a mí también —contestó Pat.

Al aproximarse al pináculo de piedra apretaron el paso. Johnny y Pat no perdían de vista al viejo, para que no se les escapara en el preciso momento en que se hallaran a punto de llegar a su refugio.

—Parecen desconfiar de mí —gruñó el hombre.

—Es que no pensamos correr riesgos —le respondió Johnny.

—Ni nosotros tampoco —dijo el capitán Wapp, saliendo de la oscuridad, con una pistola ametralladora.

Durante un largo intervalo reinó el silencio. El grupo de Johnny no se movió, pero miró a todo su alrededor.

Y menos mal que lo hicieron, porque los hombres de Wapp les rodeaban por completo y la expresión de sus semblantes demostraba que estaban dispuestos a hacer uso de las armas de fuego que empuñaban.

Wapp dijo:

—Yo y tres de mis hombres subiremos por ese camino con ustedes. Law: ordenará usted a sus malditos indígenas que nos dejen pasar.

Hezemiah Law respondió, entre dientes:

—Sí, como que voy a hacer yo eso. Ya puede esperar sentado.

Wapp declaró:

—Les mataré a todos aquí mismo.

Hizo esta aseveración sin alzar la voz y sin darle más vehemencia a su tono de la costumbre. Pero su voz expresaba una determinación fría e irrevocable.

Quitó el seguro de la pistola ametralladora y apuntó a Nancy Law.

Iba a matar. No cabía la menor duda.

—Haré lo que usted dice —dijo Hezemiah Law, con desaliento.

Lo que siguió fue terrible. Hezemiah Law caminó delante, camino arriba, aquel camino que ni un ejército hubiera podido tomar.

Y porque no tenía más remedio, llamó a sus indígenas para que dejaran acercarse a los hombres de Wapp.

Éstos se abalanzaron sobre los confiados indios, derribándolos a culatazos y haciendo unos cuantos disparos.

Hubo algo de lucha en las habitaciones interiores. Luego se acabó todo.

El capitán Wapp quedó dueño del campo. Estaba gozoso. Motivos tenía para estarlo.

—Soy un hombre feliz —dijo—. Me siento tan feliz, que quiero hacer algo bueno por los demás.

Eso se lo dijo a Hezemiah Law, que se limitó a mirarle como atontado.

—Les pondré a todos en libertad —prosiguió Wapp—. Conozco una islita donde les llevaré y pondrán vivir. Tal vez no puedan escaparse de ella; pero eso será siempre mejor que morir, ¿no?

Hezemiah murmuró:

—No lo creo.

Wapp sonrió.

—Claro está que tendrá que hacer una cosa para pagarme el regalo.

—¿De qué se trata? —preguntó Law.

—Dígame qué pone es esa mezcla con que alimenta a sus amiguitos de la laguna.

—¡No! —rugió Law—. ¡No lo haré!

—Eso ya lo veremos —dijo Wapp.

Y asiendo a Hezemiah Law lo arrastró hacia una cámara contigua, donde no tardaron en oírse golpes y ruidos de tortura.

Braski y Ropes aprovecharon la ocasión para reunirse.

Era la primera oportunidad que se les presentaba, desde hacía tiempo, para conferenciar. Habían sido prudentes.

Ropes dijo:

—Estamos ya a punto, ¿no?

Braski rió:

—Cuando Wapp averigüe cuáles son los ingredientes de la mezcla, nos enteraremos de ello. Luego nos cuidaremos del señor Wapp.

—¿Le meteremos un tiro? —inquirió Ropes.

—Los dos —asintió Braski.

—¿Y los otros?

—A los otros les tiene sin cuidado quién sea el jefe. Cuando les hagamos ver que va a tocarles mayor parte, se pondrán de nuestro lado. Conozco el paño.

—Opino lo mismo —asintió Ropes—. De acuerdo. Cuando Wapp sepa eso, no perderemos tiempo. Lo liquidamos.

Salieron del oscuro nicho en que habían celebrado su conferencia.

Un instante después, salió otra figura de más dentro del nicho. Era el delgado Sass. Había oído todo cuanto habían dicho los conspiradores.

Las facciones de Sass tenían una expresión satánica. Se fue derecho al capitán Wapp, interrumpiéndole cuando estaba a punto de pegarle a Hezemiah en la cabeza con la culata de un revólver.

—¿Qué quiere usted? —rugió el hombre.

Sass se lo dijo. Le repitió cuanto había oído, adornándolo,

incluso, con una cuantas palabras de su cosecha.

Al capitán por poco le dio un ataque. Logró dominarse, sin embargo, y cuando estuvo un poco más sereno, se limitó a decir:

—Vamos a verlo.

Sass se marchó. La entrada del pináculo estaba guardada, naturalmente, pero había algunas ventanillas por la parte de atrás, punto de observación que daba a otra parte de la isla.

Sass sacó una lámpara de bolsillo, se aseguró de que estaba solo y luego hizo una señal con la luz por una de las ventanas.

Vio brillar otra luz en contestación, casi inmediatamente.

Sacó una delgada cuerda de debajo de la ropa. La descolgó por la abertura.

Al poco rato sintió que le daba un tirón, y después el peso de un hombre que subía por ella.

Era Doc Savage. Experimentó cierta dificultad el pasar por la ventana.

Monk y Ham, entretanto, gateaban por la cuerda.

—Tu parte no salió muy bien —dijo Doc, dirigiéndose a Sass—. Estaba esperando que me radiaras un mensaje a Blanca Garde.

—No tuve ocasión de hacerlo —respondió Sass—. Ese Wapp es muy cauteloso. Pero pude encargarme de que no les pasara nada a Pat, Johnny y Nancy, sin embargo. Hace un rato, anulé la orden que había dado Wapp de que se les matase. Luego puede dejar sin conocimiento al guardián con una piedra y echarle a Pat un cuchillo. Volvieron a caer prisioneros, sin embargo, conque todos mis esfuerzos fueron en vano.

Ham entró. Monk apareció un instante después. Hizo falta que dos tiraran de él para meterle por el hueco.

Monk, aturdido, asió a Sass y le miró con atención.

—¡Rayos y centellas! —exclamó—. Si es Long Tom!

CAPÍTULO XVI

LUCHA GENERAL

HAM estrechó fuertemente la mano de Long Tom, exclamando:

—¡Sass y Long Tom la misma persona! ¿Cómo te las arreglaste? Pero… ¡sí esto resulta increíble!

—La idea fue de Doc —rió Long Tom—. Se enteró de que Wapp estaba reclutando pistoleros nuevos. Asustamos a un jefe de pistoleros para que me recomendara a Wapp. Fue muy sencillo. He estado, como quien dice, de guardia dentro de la cuadrilla, ayudando cuando me era posible.

—¡Sencillísimo! —exclamó Monk—. ¡Qué hombre!

Long Tom —nada hizo por quitarse el disfraz— les contó cómo estaban las cosas.

—Wapp va a meterse con Braski y Ropes —acabó diciendo—. Esa será nuestra señal para entrar en acción.

—Bien —dijo Doc—. Aguardaremos. ¿Dónde están los demás prisioneros?

—Los indígenas, Johnny, Pat y Nancy Law están en un cuarto lateral —explicó Long Tom, hablando inconscientemente, con el mismo acento que hubiera hablado Sass—. Wapp está interrogando al viejo Hezemiah.

Oían a Wapp aullar mientras llevaba a cabo el interrogatorio. Estaba casi loco de rabia y salpicaba sus palabras con maldiciones.

El gemido negativo de Hezemiah se iba haciendo menos vehemente. Por fin su voz se convirtió en un murmullo que resultaba ininteligible fuera del cuarto en que se encontraba.

Poco después, se oyó la risa triunfal del capitán Wapp.

Esto tal vez fuñe una señal, porque algunos de los antiguos marineros de Wapp, tripulantes del *Harpoon*, se reunieron en el

cuarto en que se hallaban Braski y Ropes. Esto no tenía nada de particular, salvo que llevaban todos la pistola en la mano.

Wapp salió del cuarto en que se había estado interrogando a Hezemiah Law.

Se quedó parado en el arco de la piedra.

Agitó una hoja de papel.

—Lo tengo ya —dijo—. Aquí está escrito todo, junto con las instrucciones para hacer la mezcla.

Braski miró a Ropes. Éste movió afirmativamente la cabeza. Echaron mano a las armas. Aquél era el momento más indicado para matar al capitán Wapp.

En el laberinto subterráneo ocurrieron muchas cosas. Los acontecimientos se sucedieron con tan terrible rapidez, que es dudoso que los participantes se dieran cuenta exacta nunca de todo lo que sucedió. El capitán Wapp les había preparado una trampa a Braski y Ropes. En el mismo instante en que echaron mano a las armas para asesinar a su jefe, los marineros del *Harpoon* entraron en acción.

Braski y Ropes murieron casi instantáneamente. Con toda seguridad creería el capitán Wapp que aquello liquidaría la cuestión. Se equivocaba.

Entró por la puerta más cercana un gigante de bronce, una furia luchadora lleno de habilidad e ingenio.

Pisándole los talones iban Monk y Ham y, por otra puerta, irrumpieron en la cámara Johnny y los gigantescos indígenas de la Patagonia, feroces como nunca y con daños que vengar.

Algunos de sus compañeros habían muerto aquella noche.

También se hallaba allí Long Tom, mago de la electricidad, hombre a quien Wapp conocía bajo el nombre de Sass.

Éste acercó a encontrarse cerca de Wapp y le dirigió un golpe con el que esperaba quitarle la cabeza de los hombros.

No lo logró; pero produjo tal sacudida al capitán, que éste dejó caer la pistola y cayó cuan largo era. Pero se levantó otra vez y se lanzó a la pelea sin más armas que las manos.

Alguien empezó a apagar las luces a tiros y las cámaras abiertas en la roca se convirtieron en un verdadero manicomio en la obscuridad.

Todos luchaban por la existencia y muchos murieron.

Las muertes no eran muy del agrado de Doc Savage, porque era enemigo de tomar una vida humana, por muy fuerte que fuera la provocación.

Había pedido a los indígenas que se abstuvieran de matar; pero éstos eran luchadores instintivos y en el calor de la lucha, se olvidaron de todo.

Antes de tres minutos, el capitán Wapp se batía en retirada hacia la salida, gritándoles a los supervivientes de su grupo que hicieran otro tanto.

El capitán logró llegar a la salida y bajar por el camino; pero, cuando llegó abajo, sólo le acompañaban cuatro hombres y los indígenas les perseguían de cerca.

Empezaba a clarear ya y los hombres luchaban en una especie de resplandor extraño que parecía estar en consonancia con los acontecimientos.

Los indígenas ganaron terreno y Wapp retrocedió. Era cuestión de momentos ya, el que fuera alcanzado, junto con sus secuaces. Y los indios se habían puesto a rematar a los que caían.

—¡Ríndanse! —gritó Doc Savage—, ¡podemos conseguir que los indios les perdonen la vida!

Pero el capitán Wapp no estaba en condiciones de razonar. Además, se le había ocurrido un plan. Había visto una embarcación pequeña en la playa: la misma que empleaba Hezemiah Law para llevarse los carburadores del aeroplano de Doc más temprano aquella misma noche.

Wapp fue retirándose en dirección a la misma. Él y sus hombres llegaron a ella. Con frenética precipitación desatracaron, golpeando a los indígenas.

Lograron hacerse al agua.

Wapp soltó un bramido de triunfo, cogió la pistola de uno de sus hombres, e intento derribar a Doc Savage de un tiro. Éste, sin embargo, pudo refugiarse sano y salvo tras una roca.

Wapp no se salvó. Había olvidado los monstruos de la laguna.

Se hallaba lejos de la playa cuando se produjo la catástrofe. La minúscula embarcación se alzó, empujada por un cuerpo oscuro y brillante de enormes proporciones.

El barco zozobró y, al mismo tiempo, una gigantesca cola salió del agua, cayó con fuerza y levantó una columna de agua.

La embarcación y los hombres que de ella colgaban desaparecieron.

Transcurrió un minuto completo, antes de que Ham mirara a Monk.

—¡Monstruos! —exclamó, con un resoplido.

—¿Cómo íbamos a saberlo en la obscuridad? —contestó Monk algo corrido.

—Ballenas vulgares —gruñó Ham—. Eso es lo que son: ballenas vulgares.

Las ballenas en cuestión no eran vulgares precisamente, según supieron en el curso de los días siguientes.

Eran ballenas vulgares; pero, en realidad, todas estaban enfermas, enfermas porque Hezemiah Law las había estado alimentando con una composición química que se había pasado la mayor parte de la vida perfeccionando.

Las ballenas enfermas, gracias a los alimentos de Hezemiah, producían ese tesoro marino ámbar gris.

¡Ámbar gris! Producto de fabuloso valor en los mercados europeos y americanos, debido a su utilidad en la fabricación de perfumes.

Las ballenas habían frecuentado aquella laguna desde hacía tiempo —explicó Hezemiah—, presentándose allí a veces en grupos numerosos. Había logrado encerrar allí a uno de aquellos grupos años antes.

Se negó a revelar los ingredientes de la mezcla que provocaba la formación del ámbar gris, hasta que Doc Savage, después de un análisis del bote mezclado últimamente por el hombre, le dijo cuáles eran.

Hezemiah Law había cambiado un poco. Los horrores de los últimos días le habían quebrantado en espíritu. También había perdido su avaricia.

Le ofreció a Doc una participación del cincuenta por ciento en el tesoro del Cráter Fantasma.

Era contrario a los principios del hombre de bronce aceptar recompensa monetaria alguna por sus servicios. Deliberó. Hizo varias investigaciones que demostraban que la producción del ámbar gris por el método de Hezemiah Law no era un procedimiento cruel. Después de eso, hizo una proposición.

Hezemiah Law la aceptó.

El producto de la venta del ámbar gris había de dividirse en cuatro partes.

Una había de ser para Hezemiah Law y otra para Nancy. De las dos restantes, una sería para los indígenas y la última para ciertas instituciones benéficas que se acordaran.

Con esto quedó liquidado el asunto del Cráter Fantasma.

Hezemiah Law devolvió los carburadores del aeroplano de Doc; pero éste y sus ayudantes no se marcharon enseguida, Hezemiah Law, según descubrió Doc, poseía, con toda seguridad, más conocimientos que ningún otro hombre vivo acerca de los peces, sus alimentos, su vida y sus costumbres.

Doc se pasó unos días en el Cráter Fantasma con el fin de agregar a sus ya vastos conocimientos todo lo que pudiera aprender del viejo.

En conjunto disfrutaron de unas cuantas vacaciones muy agradables después del movido asunto del capitán Wapp.

FIN

Título original: *Spook Hole*